HQÑ™

Tú BARMAN y yo ROBIN

Ángela G. Sanjuán



Tú BARMAN y yo ROBIN

Ángela G. Sanjuán

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2024 Ángela García Sanjuán
© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Tú barman y yo Robin, n.º 394 - agosto 2024
Todosslos derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 9788410628946

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Dedicatoria
Citas
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29
30
Si te ha gustado este libro…

A Andrea, por lo de siempre y por lo que todavía no nos ha pasado.
Por ser mi paracaídas en el vuelo y en la caída

«Los amores son como los imperios: cuando desaparece la idea sobre la cual han sido construidos, perecen ellos también».
MILAN KUNDERA, *La insoportable levedad del ser*

«Si nuestro afecto es recíproco, nuestros corazones se entenderán».
JANE AUSTEN, *Persuasión*

1

Little Moth – Chloe Moriondo
Ahora

Corren tiempos oscuros para el amor. No puedo evitar pensar en esa frase con voz de ministro de magia, pero que suene dramática no hace que sea menos cierta.

Tengo que confesar que nunca me ha importado demasiado tener pareja, no les veo sentido a los dramas románticos y, a estas alturas, sigo sin estar segura de si me ha llegado a gustar alguien realmente. He tenido mis historias, por supuesto, incluso han podido llegar a ser intensas, pero ese no es el tema…

El caso es que, aunque no me he pasado la vida esperando tener novio, sí es cierto que siempre esperé que, de alguna manera, un día llegara la persona con la que compartirlo todo. Pero el tiempo pasa, la vida avanza y…, bueno, sigo estando sola.

Siempre he defendido lo importante que es saber estarlo, disfrutar de tu tiempo, saber lo que quieres y apreciar lo que tienes. Es el único modo de evitar caer en los brazos de una relación abusiva, dependiente y tóxica. Este último concepto se utiliza tanto actualmente que casi ha perdido todo su veneno, pero sigue siendo importante tenerlo en consideración.

Sin embargo, disfrutar de tu soledad no te exime de tener tus propias metas. Y en ese punto me encuentro. Desde hace poco más de un año me propuse tener pareja, buscarla en serio. Va a sonar como lo menos romántico del mundo, pero era un objetivo con su

correspondiente estrategia. El tema es que no ha ido muy bien… Es más, casi se podría decir que empiezo a dudar de mi «amabilidad». No me refiero al término que estáis pensando, el concepto que tenéis en mente —aunque coincida con el que contempla el diccionario— no tiene nada que ver con el que propongo. Desde hace un tiempo pienso en si soy alguien con las características necesarias para ser amada, es decir, si soy «amable». La primera vez que me planteé la pregunta me resultó rematadamente estúpida, fue un pensamiento intrusivo y fugaz que deseché tan rápido como llegó. Sin embargo, pareció quedarse en una especie de planta de reciclaje habilitada en mi memoria y regresa cada cierto tiempo, cada vez más decidido a instaurarse. El hecho de que ya me cueste ignorarlo significa algo terrorífico, algo que no hubiera ocurrido de no haberme tomado en serio eso de «tener pareja». He depositado tanto esfuerzo en encontrarla, en moldearme para encajar con personas que cumplían casi todos los requisitos, que, cuando me he parado a pensar, resulta que la que ya no encaja aquí soy yo. He perdido mi molde. Poco a poco, lo he ido convirtiendo en algo un poco menos intenso, un poco menos firme, un poco menos espontáneo, menos genuino y, desde luego, menos valioso. Ese último es el que duele. Quizá sea porque es el que te abre los ojos. Ya no me quiero, no me valoro.

Sinceramente, me encuentro en medio del camino, entre lo que fui y lo que soy. Pero ahora mismo es como si solo fuera una sombra de lo que debería ser, de lo que seré. Es como si estuviera en esa bifurcación a partir de la cual, según el camino que escojas, te convertirás en un ser o en otro. Y siento que he dado unos cuantos pasos equivocados; siento que he estado cerca de esa oscuridad que me atormenta los domingos por la tarde, cuando la esclavitud de la rutina otea en el horizonte y el cielo, por azul que sea, parece más gris.

Así que, en vista del daño que me he hecho a mí misma con ese plan para conseguir algo que no depende de mí, ni de cómo sea o cómo actúe, me he propuesto algo diferente; algo que me encamine en la dirección adecuada, algo que me lleve de regreso a la esencia que tanto echo de menos y me presente a esa versión de mí misma

que ha logrado convertir todo ese pozo de culpa e inseguridad en aprendizaje.

He decidido salvarme.

2

Go Your Own Way – Fleetwood Mac
Entonces

Habíamos quedado a las siete en las escaleras del museo. Bien, eran las siete y diez y acababa de mandar ese mensaje trampa que tu amigo nunca cree, pero a ti te calma la conciencia: *estoy llegando.*

Sentía vibrar el móvil dentro del bolso. Estaba segura de que era James riéndose de mi mentira, pero prefería no verlo. Confiaba en que Ivana hiciera gala de su habitual puntualidad y lo entretuviera lo suficiente como para que no reparara en que yo todavía no había llegado.

El once pasaba cada veinte minutos, aproximadamente. Lo cual no era demasiado si tenía que esperar al siguiente autobús, pero cuando ya llevas un retraso considerable es mejor no jugar con la suerte. Así que corrí. Corrí en pleno julio, corrí en el verano más abrasador que recuerdo, corrí en plena era de ebullición global. Corrí y llegué a la parada con la suficiente ventaja como para echar un vistazo al móvil y comprobar que Bárbara acababa de salir de la ducha y llegaría aún más tarde que yo. Espero no sonar muy cruel si confieso que me sentí aliviada. Si finalmente había juicio por tardona aquel día, sería ella la que tuviera que sentarse en el banquillo de los acusados.

Cuando por fin subí al bus, se me aceleró el corazón al vislumbrar un sitio libre junto a la puerta de bajada. Era mi favorito. Y, además,

era tan inusual encontrarlo desocupado —sobre todo en el once— que empecé a pensar que quizá fuera mi día de suerte.

La ciudad era grande, aunque sus edificios —salvando la zona centro— no eran demasiado altos, hecho por el cual solía preguntarme dónde se metía esa cantidad ingente de personas con las que me cruzaba cada día. Era imposible que hubiera suficientes casas para todos. El cielo casi siempre estaba gris, pero cuando salía el sol… Era impresionante pasear por la calle, coger la bici o recorrer los canales. Poseía una dualidad que siempre me había maravillado.

El autobús se movía más despacio de lo habitual, el tráfico estaba siendo una auténtica pesadilla y yo empezaba a plantearme la posibilidad de bajar y caminar los treinta minutos que me separaban de mis amigos. Pero entonces, al otro lado del cristal, de pie y aferrado a una de las barandillas del número quince, me encontré con una sonrisa demasiado familiar.

—¡Bruce! —exclamé ignorando el hecho de que casi todas las personas del autobús se habían girado para mirar a la chica que le gritaba a la ventana.

Él sonrió aún más.

Supongo que se percató de mi situación porque, aunque no lo hubiera oído de todos modos, no leí que sus labios pronunciaran mi nombre. En lugar de eso, agitó discretamente la mano y me preguntó qué tal estaba. Sé que solo movió los labios porque ninguno de los que le acompañaban en el autobús lo había mirado como sí habían hecho conmigo los del once.

Estaba claro que solo yo quedaría como una loca aquella tarde.

Intentamos comunicarnos por medio de gestos, aunque cuando pasamos del: «¿Qué tal?», «Muy bien, ¿y tú?», «Bien también»; conversar se volvió complicado. Pero él era un chico con recursos.

Vi que su mano volvió a agitarse, era un movimiento demasiado familiar como para no reconocerlo al instante. No sabría argumentarlo, pero jugar a *piedra, papel o tijera* a través del cristal fue una de las experiencias más divertidas de mi vida. Aunque apenas durara unos segundos.

Mi autobús se puso en marcha sin haber podido zanjar el campeonato, estábamos empatados uno a uno y tuvimos que dejarlo

en la mejor parte. Expresé mi tristeza trazando una pequeña línea con el índice que descendía desde mi ojo a través de la mejilla. Nuestras habilidades comunicativas debían de estar mejorando, porque Bruce me entendió. No escuché su risa, pero sé que se le escapó porque una señora que viajaba junto a él lo miró del mismo modo que me habían mirado a mí al gritar su nombre.

Al final fuimos dos locos.

3

El Día de Huki Huki – La La Love You & Dani Dicostas
Entonces

Mis amigos estaban en el nuevo sitio favorito de James. Descubría un local cada dos meses —aproximadamente— y lo explotábamos hasta que se aburría de él. Esperaba encontrarlos a ambos con un par de cervezas, riéndose mientras planeaban citarnos a Bárbara y a mí al menos una hora antes la próxima vez. Y era justo lo que estaban haciendo, solo que no estaban solos.

Me acerqué con el ceño fruncido, estoy segura de ello.

Sabía que la chica sentada junto a Ivy era Selina, su novia, y que la que estaba frente a ella era Harleen, una amiga de Sel; sin embargo, no tenía ni idea de quién era el chico que los acompañaba.

Lo examiné ligeramente a medida que me acercaba. Tanto como era capaz de examinar a alguien, puesto que vivía con el miedo constante a ser descubierta. En aquella época estaba decidida a encontrar el amor, seguía con mi plan y todo eso, pero, por alguna razón que desconozco, lo que sentí al ver a aquel chico fue alivio. Alivio porque pensé que no me gustaría, que no tendría que poner mi plan en práctica con él.

Las presentaciones fueron rápidas. Siempre lo eran si James estaba presente. Además, estaba segura de que ya habían oído hablar de mí en los casi treinta minutos de retraso que acumulé.

Jack.

Se llamaba Jack.

Miré a Ivy al instante y agradecí que Bárbara no hubiera llegado todavía, porque con ella hubiera sido imposible aguantar la risa.

No podía llamarse de otro modo…

Hacía apenas un par de días, en una de nuestras meriendas mensuales e hipercalóricas, les había estado hablando a las chicas de mi vida sexual. Bueno, de la ausencia de esta. La verdad era que mi plan tenía sus lagunas: había pasado por alto el hecho de que se me daba de pena ligar; me había resultado indiferente durante demasiado tiempo.

—¿Seis meses? —había preguntado Bárbara escandalizada.

—Y subiendo… —añadí resignada.

—¿Qué hay del plan? —insistió ella.

—Sigue activo. Aunque todo lo demás, incluida mi vida sexual, esté como Jack Dawson.

Ambas fruncieron el ceño. Me miraban de ese modo que, aunque debería avergonzarme que se hubiera vuelto habitual, no lo hacía. Era el modo en que mirarías a un loco, solo que ellas me miraban a mí y, además, lo hacían sin miedo.

—Congelada.

Se miraron y tres, dos, uno… Se echaron a reír. Y yo me uní a ellas durante los maravillosos segundos que nuestras carcajadas llenaron la cafetería.

Me obligué a volver al presente antes de que se notara que me faltaba un tornillo. Era demasiado pronto y aquellas personas, demasiado desconocidas. El chico no me quitaba el ojo de encima, podía sentir cómo me observaba incluso cuando no le estaba mirando. Sabía que lo hacía. No sé, era como si pudiera notarlo.

Tenía la piel morena, la nariz grande y los labios perfectos. Sentí un tirón en la tripa cuando me descubrí estudiando su boca. Pero lo que más destacaba de él era el mechón de pelo verde que le cruzaba la cabeza surfeando su tupé.

Lo vi reírse.

—¿Te gusta? —preguntó mientras se pasaba la mano por el pelo.

Creo que sonreí.

—Es llamativo —fui sincera.

Vi la mirada que Harleen le dedicó a su amigo. Fue una mirada cómplice, de esas que entienden los que se conocen bien, de las que hablan e incluso bromean. Supe entonces, como seguramente todos en aquella mesa, que le había gustado a Jack.

Se me daban bien aquellas situaciones, sentía que tenía el control puesto que él, en principio, no me gustaba a mí. Siempre había necesitado algo más para fijarme en alguien. No sé… Era como si el físico solo cobrara importancia cuando ya había desarrollado un vínculo, como si mi atracción hacia alguien surgiera a raíz de conocerle, como si la pregunta «¿Te gusta?» dependiera de un millar de variables que tenía que estudiar detenidamente.

Pero Jack no debía de ser como yo.

A Jack le brillaban los ojos y no era por la cerveza.

Reparé entonces en la sed que tenía. Mis ojos, al contrario que los de Jack, brillaban en busca de la camarera, pero no fueron capaces de cruzarse con los de ella en ninguno de los diez minutos que me pasé siguiéndola con la mirada. Eran dos aquella tarde y el bar estaba lleno hasta los topes. Ignoraba si solían ser más o aquella era una circunstancia habitual, pero deduje pronto que, si quería mi cerveza, tendría que levantarme y pedírsela al chico que atendía tras la barra.

Arrastré la silla para levantarme.

—¿Dónde vas? —preguntó rápidamente Harleen cuando apenas había despegado el culo de la silla.

—A pedir —respondí y entonces me di cuenta de que la situación requería algo más de cortesía—. ¿Queréis algo?

—Sí, claro, para bebérnoslo dentro de un mes —bromeó ella.

Era de ese tipo de personas que no se andaban por las ramas, era directa e incluso me resultaba algo agresiva en su forma de hablar. Su tono de voz era alto, no tenía ningún tacto y debo reconocer que me costó encajar con ella al principio. La primera vez que Sel me la presentó, recuerdo que no tenía del todo claro si le caía bien, muchas veces no estaba segura de lo que pretendía; tan pronto podía pensar que se estaba metiendo conmigo como todo lo contrario. A veces, incluso, me dio la impresión de que le gustaba.

—¿Has visto cómo está la barra? —continuó—. Si vas ahora, tardarás media hora en pedirlas y las traerán media hora más tarde. Para entonces espero estar ya con una hamburguesa entre manos.

Resoplé.

—¿Y qué propones?

—Quieres cerveza, ¿no?

Asentí. Continuaba de pie entre la silla y la mesa.

Ella desvió la mirada hacia su amigo.

—¿Qué dices, Jack? ¿Le damos cerveza a la chica?

Él no respondió, simplemente cogió el vaso que le habían servido junto a su cerveza —y que no había tocado— y me lo acercó. Luego, entre los dos, lo llenaron hasta poco más de la mitad.

Di un trago.

—No puedo beber de vuestras limosnas eternamente, lo sabéis, ¿no? —bromeé.

—Pero nos vamos a ir pronto, Rob —intervino Sel—. Harleen tiene razón, tardarían demasiado en servirnos y no valdría la pena.

—Habrías podido beberte tu propia cerveza de haber sido puntual —acuñó James.

Detestaba que llegara tarde y, por supuesto, no podía perder la oportunidad de reñirme por ello. Era como si llevara el uniforme por debajo de la piel, siempre alerta, solo se relajaba cuando Bárbara lograba emborracharlo lo suficiente como para que pensara en otras cosas. En ella, probablemente.

—Al menos he llegado —respondí recalcando que Bárbara ni siquiera había hecho acto de presencia.

Pero, tan pronto como mencioné aquello, su brillante melena rubia cruzó el umbral de la puerta. Tenía un pelo precioso, liso, con un color tan característico que creo que ni el mejor peluquero sería capaz de recrearlo.

Había estado corriendo, podía adivinarlo por el brillo que le perlaba la frente. Se detuvo junto a la barra y recorrió el local con la mirada en nuestra busca. Se encontró con la mía. Iba a emprender el paso hacia nuestra mesa cuando algo captó su atención, estábamos lejos y había demasiado jaleo, por lo que no lo escuché, pero sí que lo vi. Me pregunté cómo no lo había visto antes.

Bruce.

Me quedé mirando su espalda mientras se abrazaban. Nunca me había percatado de lo ancha que era. Estaba sentado en la barra y tenía una baraja de cartas en la mano, se puso a jugar con ella mientras conversaba con Bárbara. Ella señaló en nuestra dirección y él se dio la vuelta para mirarnos.

Nos sonreímos.

—¿Quién es ese? —quiso saber Harleen.

—Un amigo de Bar —respondió Ivy como quien no quiere la cosa.

—¡Qué guapa es! —exclamó Harleen de repente—. Es que es guapísima —repitió con más énfasis.

Siempre decía lo mismo cuando venía Bárbara. Aunque solía ser así de efusiva cada vez que le gustaba una chica, que era muy a menudo, por cierto.

James la miró. No dijo nada, pero estaba segura de que no podía estar más de acuerdo con Harleen. Me preguntaba si algún día se lo diría a Bárbara.

Bar se despidió de Bruce y vino hacia la mesa. Ella no fruncía el ceño como yo, todo lo contrario. Bárbara era de esas personas que parecían haber nacido con una sonrisa pegada en la cara.

—¡Ya era hora! —exclamó James.

Ella resopló y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Era su cara de: «¡No sabes lo que me ha pasado!»*;* la conocía demasiado bien como para no reconocerla. Cogió una silla, la acercó a la mesa y se sentó mientras empezaba a relatar la cantidad ingente de contratiempos que habían provocado que llegara tarde aquel día.

Su vida era una película. Una de esas para las que prepararías una tarde de manta y palomitas, una de esas que se alargaría hasta la noche y tendrías que descorchar un par de botellas de vino, una de esas que te mantendría despierta de madrugada rodeada de pañuelos y ahogada por una soga de reflexiones sobre la vida.

Mientras nos lo contaba, crucé un par de miradas con Jack. No entiendo por qué, pero acabé por ponerme nerviosa. Tenía cierta desfachatez a la que yo no sabía hacer frente, era como si pudiera ver a través de mí, como si estuviera estudiando qué botones tenía

que apretar para conseguir aquello que quería. Por supuesto, en aquel momento, no entendí nada de eso. Solo me sentí halagada.

Entonces, la camarera trajo la cerveza de Bar.

Todos contemplamos sorprendidos aquel milagro.

Ella enarcó una ceja al percatarse.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo has conseguido que te sirvan tan rápido? —preguntó Harleen incapaz de ocultar la admiración que sentía por ella.

—Ah… —entendió Bar—. Se lo he pedido a mi amigo, el que está en la barra —señaló a Bruce—. Me ha dicho que os habéis visto en el bus, por cierto —dijo desviando la atención hacia mí.

Sonreí al recordarlo.

—Bueno, se podría decir que sí…

Noté como mis amigos se extrañaban ante aquella respuesta.

—¿El rubio de ojos azules? ¿El de los ojos achinados? —intervino Harleen.

Todos asentimos.

—¿No es el colega de Ozzy? —dijo dirigiéndose a Jack.

Él ladeó la cabeza dispuesto a observarlo con mayor atención.

—¿Ozzy? —preguntó Sel con interés—. ¿Ese no es el que organiza esas fiestas tan raras?

—¿Raras? —intervino Jack—. ¡Si son increíbles! ¿Es que nunca habéis ido?

Harleen le dedicó una sonrisa algo condescendiente.

—Estas chicas no van a ese tipo de fiestas…

Entonces, él pareció avergonzarse.

—Entiendo… —dijo mientras me dedicaba una dulce sonrisa—. Pero sí, creo que es colega de Ozzy.

—Yo conozco a Ozzy —comentó Bar antes de dar un trago a su cerveza.

—¿En serio? —se sorprendió Harleen, que siempre andaba atenta a cada palabra que Bar soltaba por la boca.

—Ella conoce a todo el mundo —bromeó Ivy.

—Incluso me ha invitado a alguna de esas fiestas, pero no es mi rollo —añadió.

En aquel momento, Bárbara reparó en la precaria situación en la que me encontraba. Sus cejas se alzaron.

—¿Qué estás bebiendo? ¿Por qué no vas a la barra? Si se lo pides a Bruce seguro que te la sirven en un momento.

No entendía cuál era el superpoder de Bruce en aquel local, pero si lo decía Bar, tenía que ser cierto. Además, una parte de mí tenía ganas de acercarse a él, aunque solo fuera para terminar el juego que habíamos empezado en el bus.

Sentí los ojos de Jack clavándose en mí durante todo el trayecto hacia la barra, pero, sinceramente, había tantísima gente aquella tarde que apenas le di importancia. Me preocupaba bastante más cuánto me costaría llegar hasta allí y en qué condiciones lo haría. Pero después, una vez que hubiera alcanzado mi objetivo de encontrarme con Bruce, todo pasaría. Pues, según Bar, él sería el salvador que me traería paz y cerveza fría.

Lo alcancé casi de milagro.

Estaba concentrado en sus cartas, en un juego que, a priori, parecía un solitario. Tenía que colarme entre la gente, ponerme de perfil para poder pasar y rezar por que a nadie se le ocurriera pensar que me estaba colando. Aunque podría decirse que era justamente eso lo que estaba haciendo.

Los ojos de Bruce se levantaron por un segundo de la pegajosa madera de la barra y se cruzaron con los míos. Él extendió el brazo para ayudarme a llegar, alargué el mío hasta que mis dedos rozaron los suyos, deslizó la mano sobre mi piel, se aferró a mi muñeca y tiró con tanta firmeza como suavidad hasta llevarme junto a él.

Respiré hondo.

—Gracias —dije aliviada.

Él sonrió y volvió a sus cartas.

—Demasiada gente, ¿eh? —comentó—. No sé qué diablos pasa hoy…

—¿Vienes mucho por aquí? ¿Trabajas cerca o algo?

Su sonrisa se amplió y sus ojos rasgados se estiraron más si cabe. Aun así, el azul de su mirada continuaba colándose a través de sus párpados.

—Sí, bastante cerca, la verdad…

Entonces, recogió las cartas que tenía sobre la mesa y comenzó a jugar con la baraja. Me sorprendió ver la habilidad con la que lo hacía, sobre todo, teniendo en cuenta que las cartas habían estado sobre aquella viscosa barra.

—¿Vas a pedir?

—Eso espero, Bar me ha dicho que puedes ayudarme con eso —confesé.

Él sonrió de nuevo girando el cuerpo hacia la barra.

—¿Qué quieres?

—Cerveza negra —respondí.

—¿Para tomar aquí?

Se refería a la barra. Tenía a mis amigos al fondo, al otro lado de aquella marabunta de gente, los busqué entre la multitud antes de responder, como si tuviera que pensarlo.

Él siguió mi mirada con un deje de seriedad en los ojos.

Volvió a observarme.

—¿Te cuesta decidirte? —preguntó divertido—. En ese caso, toma —añadió mientras me ofrecía una de sus cartas—. Por si te hace falta.

Observé el arlequín que me miraba desde aquel trozo de cartón negro, trazado en tinta blanca y con aquella llamativa palabra en rojo decorando su sombrero: *Joker*.

—Dudo que esto pueda ayudarme en algo, aunque… ¿acaso estás usando este comodín para librarte de terminar nuestra partidita del bus? —le reté.

—¿Insinúas que tengo miedo de perder?

—¿No es así? —bromeé—. Juguemos entonces.

Él se rascó la cabeza algo indeciso.

—Creo que no va a poder ser… —se lamentó con rabia.

Entrecerré los ojos.

—No te tenía por un cobarde.

Él se levantó del taburete, guardó las cartas en uno de los bolsillos de su pantalón y se ajustó la camiseta.

—Tengo que trabajar —dijo mientras se aproximaba peligrosamente a mí, creo que nunca lo había tenido tan cerca—. Pediré tu cerveza, es probable que, para cuando estés de vuelta en

tu mesa, ya te la hayan servido. De nada, por cierto. —Sonreí burlona ante la arrogancia de su comentario—. Y, cuando nos volvamos a ver, terminaremos esa partida.

Se dio la vuelta para acercarse a la barra, el chico que la atendía reparó rápidamente en él.

—¿Qué hago con esto? —dije poniendo el *joker* sobre la mesa.

Él la miró sin demasiado interés.

—Guárdatela —sus ojos ascendieron hasta encontrarse con los míos—. Como recordatorio.

4

Lo hice, te dejé – Daniel, Me Estás Matando
Ahora

Es curioso cómo cambia la vida en apenas un año. Recuerdo como si fuera ayer el día que conocí a Jack, aunque probablemente no estaría pensando en ello de no haber encontrado la carta que Bruce me dio aquel día.

Ni siquiera sabía cómo había sobrevivido tanto tiempo entre mis cosas y lo más curioso era que seguía resistiéndome a tirarla. Estaba allí, desgastada y marcada por el uso que Bruce debió darle en su día, pero parecía brillar en mi cajón de las bragas. Dios, ¿por qué la había guardado allí? O ¿por qué la había guardado a secas?

De vez en cuando, es bueno desprenderse de cosas que ya no utilizamos. En mi caso, sin embargo, puede resultar enfermizo. Me gusta tirar cosas, me gusta vaciar mi vida de elementos que solo sirven para recordarme que soy más vieja, que tengo un pasado, que hay una parte de mí que se ha consumido y jamás volverá.

¿Lo veis? Enferma. Estoy enferma.

No tengo fotografías ni las he tenido jamás. No he sido la típica adolescente que decoraba su habitación con murales en honor a la amistad, ni siquiera tengo más fotos en mi perfil de Instagram que la de una puesta de sol en el campo de mi abuelo. Y lo más triste es que esa foto no está ahí por los colores del cielo ni por el apego que pudiera sentir por mi familia. No, esa foto está ahí porque Carrie me obligó a subirla después de haberme creado un perfil a la fuerza.

Carrie es mi hermana. Carrie es todo lo que está bien en esta vida. Siempre ha sido todo lo perfecto que puede llegar a ser alguien y lo peor —o lo mejor, depende de a quien le preguntes— es que ni siquiera ha pretendido serlo. Quizá sea ese el motivo por el que cualquier mínimo inconveniente acaba frustrándola por completo. Nunca ha tenido que esforzarse. No lo hizo cuando todas sus notas eran sobresalientes ni cuando sus dibujos parecían obra de un Velázquez precoz y amante del rosa. Tampoco se esforzaba para que todos los amigos de nuestros padres elogiaran su belleza cada vez que la veían o para que su sonrisa resultara agradable a ojos de cualquiera. Le salía solo, era como un don.

No puedo negar que, en alguna que otra ocasión, había envidiado aquella capacidad de destacar sin esfuerzo. Cuando Carrie entraba en una sala todo el mundo se giraba a mirarla, sin embargo, cuando entraba yo… Bueno, yo era la hermana de Carrie. Puede parecer estúpido, pero mucha gente me trataba como si aquello fuera un título, un honor, algo que también tenía que agradecerle a ella. Si mi ego me lo hubiera permitido, lo hubiera llevado con orgullo. Pero yo quería mi propio papel, mi propio nombre, puede que por eso me independizara apenas cumplí los dieciocho.

Mi madre no lo aprobó porque, claro, ¿por qué no podía ser como Carrie? Ella había seguido las instrucciones, le habían dado el manual de la vida y se la estaba pasando. Así, sin más. Pero yo era la cruz que tenía que pagar a cambio de haber sido bendecida con otra hija tan perfecta.

Aquella tarde, mientras esperaba a que las galletas que había preparado para saciar mi apetito premenstrual terminaran de hornearse, alguien llamó al timbre con tanto ímpetu que me dio miedo abrir. No es broma. Dudé durante varios minutos si sería mejor fingir no estar en casa que afrontar lo que me trajera la vida aquel día.

Llovía, como siempre. Quizá por eso la persona que llamaba tuviera tantas ganas de que le abriera, quizá por eso no se cansaba de insistir por mucho que me estuviera haciendo la remolona y quizá por eso mantuvo su dedo sobre el botón del timbre el tiempo

suficiente como para que aquel ruido infernal me taladrara la cabeza y me decidiera a abrir.

Era Carrie. Estaba empapada, su melena dorada había perdido el brillo y su cabello sedoso se había convertido en los filamentos de una fregona que necesitaba que la escurrieran urgentemente. Tenía cara de haber perdido las instrucciones.

La dejé pasar y le ofrecí darse una ducha. Llevaba la ropa tan mojada que me entró frío solo de verla, pero me ignoró. Entró, caminó por el pasillo dejando un rastro de agua tras ella y se detuvo en el centro de mi salón. El mismo salón que tantas veces había insistido en decorar para mí. Las mismas veces que yo me había negado, no tenía intención de perder el tiempo decorando un piso que me moría de ganas de dejar.

—¿Estás bien? —pregunté desconcertada.

Ella no respondió. Avanzó un par de pasos, se dejó caer sobre mí y comenzó a llorar. Me quedé bloqueada, me estaba abrazando, me estaba sollozando en el oído y, además, me estaba empapando. Tenía los brazos tensos, agarrotados, era como si mi cuerpo no supiera reaccionar ante aquella situación. Tomé consciencia entonces de lo poco que solíamos abrazarnos mi hermana y yo.

Finalmente, tras un esfuerzo que me avergüenza admitir, respondí a su abrazo colocando mis manos en su espalda.

—¿Qué te ocurre, Ri? —Era como siempre la llamaba el abuelo, no sé por qué decidí hacerlo yo también ni por qué escogí aquel momento para ello, pero pareció calmarla un poco.

—H… Har… Harvey —logró decir por fin.

Algo se encendió en mi cabeza. Una lucecita que relacionaba el nombre de aquel capullo con una señal de alarma que llevaba tiempo parpadeando en mi mente. Pero Carrie apenas había empezado a hablar y yo tenía que ser más prudente.

—¿Qué pasa con él? ¿Qué te ha hecho?

Genial, lo había intentado. Una parte de mí sabía que haberme quedado con la primera pregunta hubiera sido más sabio, pero la segunda, la que no se fiaba un pelo del marido de mi hermana, había sido más rápida.

Si me equivocaba, si solo se había puesto enfermo, había tenido un accidente o había muerto electrocutado —por ejemplo—, tendría que soportar la reprimenda de mi hermana sobre por qué odiaba a su perfecto esposo con lo buenísimo que era. Solo por la existencia de esa posibilidad, por probable o improbable que fuera, debía haberme callado.

Pero Carrie no dijo nada. Apenas pregunté por él volvió a llorar como si algo estuviera desgarrándose dentro de ella. Mi hermana se encogía sobre mí y yo no sabía cómo aliviar su dolor. Quería hacer algo, tocar algún músculo, alguna tecla que la arreglara y volviera a ser la de siempre. Pero no la había, Carrie, la perfecta Carrie, estaba rota.

—Vamos —dije obligándola a separarse un poco de mí—. Tienes que quitarte esa ropa, te resfriarás.

Vi aquella versión maternal de mí a través de un cristal, como si fuera otra persona la que estuviera actuando por mí y no me reconociera en ella.

—Me da igual —sollozó.

Alcé las cejas.

—¿En serio? ¿Y cuando se te ponga la nariz roja y se te empiece a pelar porque no puedes parar de sonarte los mocos? ¿Y cuando te salgan ojeras y se te cuarteen los labios? —Era mentira, incluso enferma estaba guapa.

—¿Puedes parar? —me pidió.

Me encogí un poco de hombros. Estaba avergonzada, como si mi humor, esa válvula de escape para situaciones incómodas, me estuviera poniendo en aprietos aún mayores.

Me limité a asentir.

Se quitó el jersey y lo dejó caer al suelo. No me importó demasiado porque, en fin, ya me había mojado todo el piso con su entrada triunfal. Pero había tanta agua calando la lana de aquel suéter beige que cayó como si fuera el cadáver de algún animal de treinta kilos.

Vi que continuaba quitándose la ropa y entendí que, aunque a regañadientes, había accedido a ponerse algo que estuviera seco. Fui a mi habitación, cogí una buena sudadera, unas mallas negras y

algo de ropa interior. Ni me molesté en buscar un sujetador que le cupiese, en cuestiones de pecho, Carrie también había salido ganando.

Tenía que pasar por el salón antes de ir al baño a por una toalla, pero tuve que detenerme ahí cuando me encontré a mi hermana desnuda y de rodillas en el suelo. Se cubría la cara con las manos y su cuerpo no paraba de convulsionar entre sollozos.

Me incliné hacia ella.

—Ri —repetí—, ¿qué haces ahí? Levanta, vamos.

Ella se dejó hacer. Era como si no fuera dueña de su voluntad, como si todas sus fuerzas estuvieran centradas en algo más, en algo que estaba a punto de destruirla desde dentro.

La levanté y la senté en el sofá antes de ir corriendo a por las toallas. Cuando regresé, no se había movido, tenía la mirada perdida en la pantalla negra del televisor y respiraba tan despacio que, por un segundo, temí que hubiera dejado de hacerlo.

Empecé a secarla, le enrollé una de las toallas alrededor del pelo y la vestí con mi ropa. Creo que nunca antes le había quedado tan bien a alguien mi sudadera, pero no era momento de odiar a mi hermana por esa perfección con la que había sido maldita.

Como no volvió a abrir la boca, la dejé sentada en el sofá y me encogí en el sillón de al lado sin dejar de observarla.

Estuvimos así durante… Creo que no fueron más que un par de minutos, pero una temporada entera de *Homeland* se me hubiera hecho más corta. Me duermo con *Homeland*, por cierto.

—¿Cómo lo supiste? —dijo de pronto Carrie.

Giró la cabeza despacio y me miró. Si no hubiera estado tan triste, le hubiera dicho que me recordaba a la niña del exorcista.

Fruncí el ceño.

—¿Saber el qué?

—Harvey —dijo simplemente—. Nunca te cayó bien.

Me encogí de hombros.

—Era el típico capullo, supongo.

«Y me tiró los trastos después de que vinierais a verme actuar al teatro, solo que nunca te lo conté porque sabía que no me creerías». Eso fue lo que debí haberle dicho, que los mensajes que

me envió aquella noche ardían cada vez que cogía el móvil, pero no me atreví. Sería un error después de tanto tiempo guardando el secreto.

—¿Capullo? —se escandalizó ella—. Era trabajador, atento, cariñoso, guapo, educado…

—Prepotente, soberbio, básico… —la interrumpí—. Y un *tiracañas* de manual.

Ella frunció el ceño.

—¿Y cómo sabes tú eso? —inquirió.

Tragué saliva y evité pensar. Cuanto más lo hiciera, más sospecharía, así que dejé que un montón de respuestas prefabricadas salieran de mi boca.

—Ya sabes, es lo que decían en el instituto —dije restándole importancia—. La gente habla… Además, tú misma has dicho que es guapo, antes de estar contigo ya había estado con muchas otras chicas.

Usé sus propias palabras para darle algo más de consistencia a mi relato.

Ella pareció estar de acuerdo.

—Nunca lo vi como tal —dijo antes de volver a hundir la mirada en la pantalla del televisor.

—¿Puedo preguntar por qué hablas de él en pasado? —me atreví a decir por fin.

Carrie ni se inmutó.

—Tenía que trabajar esta tarde —empezó a decir—, los martes me tengo que quedar hasta las siete, ya lo sabes. —Asentí—. Pero me he empezado a encontrar mal, incluso he vomitado, pensaba quedarme igualmente, aunque Diana me ha dicho que me marchara a casa. —Su jefa, esa mujer sí que me caía bien, probablemente la única persona del círculo de Carrie con la que me interesaría tener una conversación—. Estamos intentando quedarnos embarazados, así que, de camino al piso, he pasado a comprar un test…

Su voz había empezado a quebrarse, pero calló un segundo para contener el llanto y continuó.

—Eran las cuatro, ni siquiera había comido porque tenía el estómago revuelto y, luego, solo podía pensar en que ese maldito

chisme diera positivo.

—¿Te la has hecho? —le interrumpí.

Ella me miró confusa.

—¿Te has hecho la prueba? —aclaré.

Sus ojos se desviaron hacia el bulto de tela blanca que descansaba en el suelo de mi salón.

—¿Lo tienes ahí? Tienes que hacerte la prueba cuanto antes. —No era mi intención, pero mi tono sonó urgente. Y en verdad lo era, no podía resistir la idea de que mi hermana y ese bastardo tuvieran nada más en común.

—Ni siquiera te he contado nada, Robin —me recordó ella.

Guardé silencio. A veces me costaba hacerlo, pero Carrie tenía razón. Tenía que desahogarse.

—¿Qué ha pasado? ¿Has ido a casa? —quise retomar su historia.

Ella estuvo de acuerdo, porque no tardó más de unos segundos en hablar.

—He llegado, he abierto y me he encontrado unas piernas desnudas apoyadas en el marco de la puerta de la cocina —dijo con voz temblorosa—. No me las quito de la cabeza, Rob. Esas malditas piernas, peludas y musculosas.

Alcé las cejas, aquello sí que no me lo esperaba.

—Entonces, Harvey ha salido de la cocina. Lo ha hecho tan rápido que casi no sé cómo me ha dado tiempo a verle la cara al tío que se folla mi marido. —No dije nada, pero la palabra «follar» nunca había formado parte del vocabulario de Carrie, de hecho, incluso había llegado a dudar que supiera de su existencia, pero ahí estaba—. Ha empezado a decirme que me tranquilizara, que no montara un drama de aquello, que solo era un amigo de fuera de la ciudad que no tenía dónde comer…

—¿Y ropa? ¿Tampoco tenía ropa? —pregunté indignada.

Mi hermana me miró con desaprobación, siempre había sido demasiado directa para ella. Inoportuna, sí, esa era la palabra que Carrie solía emplear para definirme.

—Me he enfadado mucho —admitió—. Me he enfadado tanto que he ido a mi habitación para tirar sus cosas por la ventana. —La historia era triste, pero una parte de mí, quizá una parte demasiado

mezquina, se alegraba de que mi hermana hubiera abierto los ojos por fin—. Pero ¿sabes qué había en la habitación? —no era una pregunta, no realmente—. Más piernas desnudas, pero suaves y depiladas, un culo forjado a base de gimnasio y mi camiseta de Queen cubriendo su espalda. Esa no era de fuera de la ciudad, Gilda trabaja con él y siempre he sido «demasiado celosa» al respecto.

—¿Un trío? —No pude reprimir mi sorpresa.

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos.

—No quiero llorar más por él —se maldijo a sí misma por ello—. No quiero soltar una lágrima más por ese desgraciado.

Quería decirle que no lo hiciera, pero sabía que lo haría de todos modos. Era lógico y, además, sería bueno que lo hiciera. Tenía que soltarlo todo para poder empezar de nuevo, para sanar y recuperar esa parte de ella misma que había perdido a costa de aquella relación.

—¿Cómo lo haces? —dijo de repente.

—¿Hacer el qué? —pregunté confusa.

—Que nada te importe. ¿Cómo haces para vivir sin amor? ¿Sin que nadie pueda hacerte daño? ¿Cómo consigues ser feliz estando sola? —Aquello fue como un puñetazo en el corazón, ese que mi hermana pensaba que no tenía—. Quiero arrancarme este dolor —dijo llevándose la mano al pecho—, quiero pasar de todo y olvidarme de Harvey y de cualquier cosa que tenga que ver con él. —Entonces, me miró—. Quiero que me ayudes.

Quise contestarle, contarle que empezaba a salir de una de las etapas más dramáticas de mi vida y que, en algunos momentos, incluso dudé de que fuera capaz de hacerlo. Quería compartir con mi hermana que yo también había sufrido, hacerle ver el dolor que había experimentado, lo minúscula que me había sentido… Pero ella creía que no tenía sentimientos. Es más, necesitaba creer que no los tenía para poder aferrarse a algo. O, mejor dicho, a alguien. Alguien fuerte en quien apoyarse, alguien que no cayera con ella al derrumbarse, alguien a quien pudiera desear parecerse, aunque solo fuera para sufrir un poco menos.

Y, pese a que ese alguien no era más que una idea que no podía alejarse más de la realidad, decidí interpretar su papel. Así que,

cuando el timbre del horno tintineó en mi oído, solo se me ocurrió una pregunta.

—¿Quieres una galleta?

5

Antiaéreo – Arde Bogotá
Entonces

Iba a quedar con Jack.

Tenía bastante miedo. Terror, mejor dicho. No sé por qué, pero aquella sensación de control que tuve nada más conocerle, había desaparecido. Seguía sintiéndome al mando, aunque eso, al mismo tiempo, hacía que dudara de la viabilidad de nuestra posible relación. ¿Por qué? Bueno, una parte de mí creía que, si me encontraba tan segura, era porque él no me producía aquello que debía producirme. No era «la persona». Porque así funciona el amor, ¿no?

El caso es que, cuanto más lo pensaba, más miedo me daba hacerle daño. Todo había sido demasiado fácil, había fluido y todas mis amigas parecían estar de acuerdo en que era un buen chico. Nunca había dudado de su criterio, por lo que no empezaría a hacerlo entonces.

La noche que nos conocimos, Jack se tuvo que ir antes; tenía que madrugar al día siguiente. Recuerdo que, apenas se encontró fuera de nuestro campo visual, Harleen me interceptó para preguntarme por su amigo. Tenía esa mirada, esa sonrisa de casamentera por la que no es necesario preguntar.

—¿Qué te parece? —dijo mientras sus ojos me invitaban a jugar.

Lo pensé unos segundos. No era mi tipo, quizá en otro momento de mi vida lo hubiera descartado de plano, pero entonces tenía un

plan. Había decidido tener novio y no podía seguir desaprovechando cada oportunidad que se me presentara.

—Me ha hecho gracia.

No era del todo mentira. Jack tenía cierta seguridad en sí mismo, de lo contrario, jamás me hubiera percatado tan rápido de que le gustaba. No tenía miedo de mostrar lo que quería, iba a por ello y, después, se preguntaba por las consecuencias. Eso me agradaba, me gustaba cómo se había colocado a mi lado de camino al restaurante y que me hubiera acariciado la mejilla después de apartarme un mechón de pelo de la cara.

Sí, me había hecho gracia.

—¿Estás abierta al amor?

¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Harleen pensaba someterme a una especie de test de disponibilidad emocional antes de ejercer de celestina? Bueno, a decir verdad, todo el mundo debería evaluar sus intenciones antes de lanzarse a conocer a alguien.

—Sí —respondí rápidamente—. Es decir… —comencé a dudar apenas pensé en que quizá Jack no me gustara lo suficiente, ¿y si salía mal? Dios, es que iba a ser un desastre—. Estoy abierta a intentarlo. A fluir.

Fluir. Había escuchado aquella palabra unas cuántas veces antes, no siempre salía de mi boca, pero, generalmente, cuando lo hacía, solía significar justo lo contrario. Era como un chiste, una burla. A mi entender, funcionaba como una contraseña, una especie de palabra clave como las que se usan en el sadomasoquismo; apenas la pronunciabas, todo dejaba de «fluir».

Si se habla de fluir, las personas se paran a pensar: ¿cómo se fluye?, ¿no es eso lo que estaba haciendo?, ¿qué tengo que hacer para fluir? Y entonces, idean un plan, organizan sus actos y lo titulan: «Lista de cosas que hacer para fluir». Es como darse cuenta de que estás respirando, tomar consciencia y tener que respirar pensando. Empezar a pensar cuándo volverás a inspirar, si alguna vez volverás a respirar sin preocuparte por ello o si, por el contrario, pasarás el resto de tus días controlando tu respiración para no morir a causa de la ineptitud de tu cuerpo para hacerlo por su cuenta.

Quizá no sea un ejemplo válido, no sé a cuánta gente aparte de mí le pasa eso, puede que no esté bien de la cabeza y acabe de confesarlo. Sea como sea, fluir en términos de relaciones, es el fin de algo que podía estar fluyendo.

A Harleen no le disgustó mi respuesta.

—Entonces, ¿puedo darle tu número? —preguntó con sonrisa pícara.

No sé por qué, pero miré a Ivy. Ella caminaba delante de nosotras, aunque estaba atenta a la conversación. Di por hecho que Harleen ya había hablado con ella, no llegué a preguntárselo, aunque tampoco hizo falta. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, pude ver aprobación en sus ojos. No es que la estuviera buscando —creo —, pero me calmó ver que Ivy estaba de acuerdo en que conociera a Jack.

Asentí también con una sonrisa.

—Vaya…, Jack y tú, nunca se me habría ocurrido —reflexionó Harleen en voz alta.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, pero supongo que tiene sentido.

Y debió de tenerlo, porque apenas dos días después de darle el beneplácito a Harleen, me escribió.

Hola, soy Jack. Harleen me ha dado tu número, espero que no te importe. Es que el otro día pensé: «me ha encantado conocerla»; y quería seguir hablando contigo.

Bueno, decía eso con muchísimas faltas de ortografía. En los dos meses que pasamos hablando antes de acordar un encuentro, me di cuenta de que Jack no se esforzaba en escribir bien ni tenía ningún interés en hacerlo. En otro tiempo, lo hubiera tomado como una *red flag*, pero me había propuesto no ser tan puntillosa.

Aquellas conversaciones eran odiosas. No por el hecho de que se tratara de Jack, sino porque empezar a entablar relaciones era algo que detestaba, personalmente. Sobre todo si había alguna intención romántica detrás. Todo me resultaba forzado, falso, falto de

emoción. Sí, nos gustábamos lo suficiente como para conocernos, pero teníamos que provocarlo; buscar el camino, los huecos, descubrir los recovecos de unas almas que, antes de darnos cuenta, envejecerían lo suficiente como para no tomarse nada en serio.

Era verano y, cuando empezamos a hablar, ya teníamos nuestros planes hechos. Él había comprado las entradas de dos festivales y yo había planeado un viaje con mis amigas. Curiosamente, todas aquellas cosas sucedían en fines de semana alternos, por lo que no pudimos acordar una cita hasta pasado un tiempo.

Mientras tanto, Jack me hablaba cada día. Y lo más sorprendente de todo es que no me resultaba molesto. Es complicado decidir cuánto se tiene que hablar con la persona que estas conociendo, existe un límite muy fino entre mostrar interés y resultar pesado. Igual que lo hay entre la indiferencia y dejar claro que tienes una vida plena. Siempre me ha parecido agotador ese juego, con apenas un par de partidas decidí que hablaría cuando me apeteciese. No pensaba andarme por las ramas ni hacerme la interesante. Si resultaba pesada para alguien, es que no sería «la persona».

Creo que Jack, por el contrario, sabía jugar. Durante aquel tiempo en el que lo único que hacíamos era chatear, enviarnos fotos y algún que otro vídeo, me quedó claro su interés por mí. No pasaba un día sin que supiera algo de él, aunque fuese lo justo para no aburrirme. No forzaba ni atosigaba. Aparecía, me recordaba su existencia y se preocupaba por la mía. Era lo justo y necesario para que no me agobiara ni tampoco pensara que estaba ignorándome.

Supongo que mi percepción sobre él cambió bastante en aquel tiempo. Se convirtió en alguien presente en mi vida, alguien a quien le contaba cualquier estupidez de mi día a día, esas cosas que no consideras dignas de contar hasta que te topas con alguien dispuesto a escucharlas. Así que, sin darme cuenta, Jack había entrado. No sabía cuántas puertas había atravesado ni cuánto tiempo llevaba ahí, pero estaba dentro.

Quedamos en las escaleras del teatro. Aquel día no llovió, por raro que parezca. Los días grises eran lo habitual en Gotherdam y la población parecía multiplicarse cuando salía el sol, aunque no fueran más que cuatro tímidos rayos.

Él llegó primero. Se había cortado el pelo, pero su mechón de pelo verde continuaba ahí, brillando sobre los demás. Creo que intentó arreglarse, llevaba unos vaqueros y una camiseta azul de manga corta, todo parecía limpio y planchado, impoluto, como si se hubiera esforzado en lucir así de pulcro pese a lo «casual» de su indumentaria. Lo comparé con el primer día, cuando no sabíamos que íbamos a conocernos, cuando llevaba aquellos pantalones cortos de montaña y su camiseta bien podría haberse usado de pijama.

Yo también me había arreglado, aunque el día que nos conocimos, no sé por qué, me había sentido mucho más guapa. No quería que se notara el esfuerzo, así que procuré no pasarme de la raya. Recurrí a mi conjunto de confianza, una falda larga con un sugerente corte hasta mitad del muslo y una camiseta básica que, sumada a los tonos neutros, atenuaba lo explosivo del conjunto.

Él sonrió. Yo sonreí. Y sé a ciencia cierta que ambos nos sentimos extraños.

Llevábamos dos meses hablando. Sabía lo que había hecho cada día desde que nos conocíamos, tenía la galería llena de fotografías suyas, un vídeo cantando mi canción favorita, promesas de planes que haríamos en un futuro y, sin embargo, ahí estábamos. Muertos de vergüenza.

Caminamos hacia el centro. No fue complicado empezar a hablar, teníamos tema de conversación, los dos. Era como si tuviéramos que pedir turno para poder intervenir antes de que el otro saltara de un tema a otro sin contemplaciones. Eso me gustaba. De algún modo, me hacía pensar que conectábamos.

El plan era tomar algo, algo inocente para la primera toma de contacto. Y, para que todo resultara aún más cómodo, no salimos de nuestra zona de confort. Quedamos en el mismo lugar que la primera vez, solo que aquel día no estaban ni Ivy, ni James, ni Selina, ni Bárbara, ni Harleen…, ni siquiera estaba Bruce.

No pude evitar acordarme de él cuando observé la barra. Aquel día había tanta gente que no hubiera podido sacar sus cartas.

Encontramos un hueco al fondo, una pareja se iba justo en aquel momento y Jack corrió para que no se nos escapara su mesa. Iniciativa. También me gustó.

Me senté frente a él y pedí una cerveza. Él se sumó. Creo que los dos la necesitábamos, algo de alcohol para ayudarnos a romper el hielo. O a terminar de romperlo. Era cierto que no nos habíamos callado en ningún momento, no hubo silencios incómodos ni tuve el imperioso deseo de acabar rápido y volver para casa. Nada de eso. Sin embargo, me encontraba tensa, como si mi cuerpo necesitara una buena sacudida para poder moverse con normalidad. La cerveza me la daría.

Continuamos hablando. Me habló de su familia, de la cantidad de médicos que había en ella y de la carga que suponía para él no haber continuado con la tradición. Me confesó su pasión por la botánica, lo mucho que le hubiera gustado estudiar algo relacionado con ella, pero que le faltó motivación desde el principio. Aunque sí pudo hacer algo al respecto, algo no muy ortodoxo y que, seguramente, tampoco aprobarían sus padres, pero también me relató anécdotas de su etapa como camello. Aquello pudo haber sido otra *red flag*, pero lo tomé como un destello de malicia, una pequeña muestra de rebeldía por parte de aquel chico dispuesto a dar buena imagen. Me contó muchas otras cosas, habló de su última relación y de cómo, al terminar todo, el mundo cayó sobre él; su vida, sus intereses y motivaciones… Todo se desvaneció e incluso él mismo estuvo a punto de desaparecer. Llegados a aquel punto, mi corazón había empezado a encogerse un poco. Y para cuando me habló de su familia desestructurada y de cómo había tenido que criarse en casas de acogida hasta que sus padres decidieron hacerse cargo de él, ya había decidido hacerle un hueco.

Fue fácil. Buen chico, relato conmovedor y, como resultado, una Robin rendida. Dios, creo que nunca, en mis veintiocho años de vida, había resultado tan sencilla para nadie. Me habían repetido hasta la extenuación lo complicada que era, lo mucho que costaba entenderme y lo difícil que era tratar conmigo. Pero yo sabía la verdad, también lo sabían mis amigos, en realidad, no era más que simple fachada.

De otro modo, no hubiera acabado confesando en una primera cita lo cansada que estaba de mi familia, lo duro que era vivir a la sombra de una hermana perfecta y lo frustrada que me sentía por

haber tenido que abandonar mis clases de interpretación. Por aquel entonces, seguía en el grupo de teatro, sentía que moriría si lo dejaba, pero las facturas no se pagaban solas y solapaba un curro de mierda tras otro con tal de no sacrificar mi independencia.

Me sentí mal al quejarme delante de él. Sus problemas eran más graves, su vida había sido más dura… Y ahí estaba yo, envidiando a mi propia hermana. Patético.

Jack pagó las seis cervezas. Tres para cada uno. Tres pintas tan grandes como mi propia cabeza, la misma que empezaba a percibir el entorno como algo difuso e intrascendente.

Cuando salimos, me empeñé en pagar la mitad. Mi incansable necesidad de independencia me lo exigía, sabía que me perseguiría en sueños si consentía que me invitara. Así que saqué el móvil, abrí la aplicación del banco y busqué su número para enviarle mi parte. Él se negó, por supuesto, pero me conocía muy poco si pensaba que serviría de algo.

Apenas tuve tiempo de leer: «la operación ha sido un éxito»; los dedos de Jack tamborilearon sobre la pantalla de mi teléfono. Cuando levanté la mirada, estábamos muy cerca. Peligrosamente cerca. Él, igual que hizo el día que nos conocimos, me recogió el pelo detrás de la oreja y dejó caer su pulgar con suavidad sobre mi mejilla. Y entonces, acostumbrada a llevar la iniciativa, lo besé.

Y creo que ya no dejamos de hacerlo.

Recorrimos las calles de Gotherdam, los canales estaban atestados de gente y el calor era sofocante, así que nos escondimos por aquellos lugares en los que no solían proliferar los turistas. Nos besábamos sin parar, a cada paso, caminar era casi secundario. No me di ni cuenta de cómo llegamos al nuevo destino, otro bar por el que también pasamos el día en que nos conocimos.

Era como si estuviéramos reviviendo aquel día, como si hubiera sido demasiado increíble como para que no pudiera repetirse. O quizá solo nos faltaba imaginación.

Pedimos un par de cubatas. No sé muy bien por qué, puesto que hacía rato que habíamos cruzado todas las barreras. O, bueno, casi todas.

Creo que las cervezas nos habían inducido a ello, el alcohol que ya llevábamos dentro nos había abierto camino y yo no sabía si aquello era una cita o uno de esos planes improvisados que acaban siendo el fiestón de tu vida.

Tampoco dejamos de besarnos entonces. Había pausas para contarnos una nueva historia, alguna que se nos hubiera quedado en el tintero, fue como si quisiéramos abrirnos el uno con el otro en una sola noche. Pero mientras uno hablaba de lo suyo, el otro no hacía más que mirarle los labios. Nos interrumpíamos con besos y, sinceramente, casi no recuerdo nada de lo que me estaba contando.

Nos relajamos. No sé en qué punto, pero lo hicimos. Borrachos como cubas, decidimos volver a casa. Jack se ofreció a acompañarme y, entre beso y beso, accedí a que lo hiciera.

Caminábamos por el «callejón de los pillos», así era como los nativos de Gotherdam llamábamos a la callejuela paralela a la avenida más turística de la ciudad. La gente paseaba por el lugar donde el pecado parecía manifestarse con impunidad; prostitución, hierba y demás sustancias psicotrópicas. Se suponía que la sociedad debía castigarlo, pero ahí estaba todo el mundo, maravillándose y capturando el momento con sus *smartphones*. Había un par de calles paralelas que te facilitaban evitar la avenida, pero estaban igual de concurridas porque todas llevaban a la plaza donde se ubicaba la catedral de Santa Ana. Por suerte, existía un pequeño callejón, uno que, a simple vista, parecía decir: «no entres si no quieres morir»; pero, para nosotros, era el paso más descongestionado hacia la zona este de la ciudad. Hacia mi zona.

El callejón de los pillos estaba lleno de pequeños bares como el que acabábamos de abandonar. Bares, cafeterías y *pubs* que solo frecuentábamos aquellos que conocíamos la ciudad.

Jack volvió a retenerme. Me abrazó en medio de aquel callejón bajo la cálida luz de una solitaria farola. Nos dio igual quién nos viera, ni siquiera nos importó que alguien pudiera estar mirando. Me acercó a él con violencia, como si necesitara más de mí, como si no pudiera contenerse. Nuestros labios chocaron unos contra otros y nuestras lenguas se enzarzaron en una frenética batalla que parecía capaz de durar siglos. Mis manos ascendieron a través de sus

brazos, de su espalda… Hasta entonces, no me había dado cuenta de lo tonificado que estaba. Enredé los dedos en su pelo y hundí mis caderas en la dureza de su pantalón.

Se separó un instante, apenas unos centímetros, sus ojos me miraban fijamente, como si no quisieran perderse un solo detalle de los míos.

—Lo sabía —susurró.

Le acaricié la cara.

—¿El qué? —pregunté en un tono igual de bajo.

Él apoyó la frente sobre la mía en un gesto tierno que me conmovió.

—Que estabas hecha para mí —dijo incapaz de esconder la sonrisa.

Fue un momento precioso. Un momento que viví sin ser consciente de que se quedaría grabado en mí. La verdad es que, en aquel momento, sentí tanto que sentí miedo. Una vez más, temí hacerle daño.

Caminamos de vuelta a casa perdidos en nuestro mundo. Uno que habíamos creado aquella misma noche para nosotros solos. No me soltó la mano ni un segundo y yo tampoco deseé que lo hiciera. Era raro en mí, el contacto físico me ponía nerviosa, tenía que estar muy tranquila, muy a gusto, para que pudiera funcionar. Una parte de mí estaba temblando, ya no sabía qué era lo que me daba miedo, pero estaba claro que había algo.

No sé si fue el alcohol, mi impulsividad o el tiempo que llevaba sin acostarme con alguien, pero cuando Jack se detuvo frente al portal de casa volví a tomar la iniciativa. Él esperaba un beso, quizá unos cuantos más, pero no dijo que no cuando lo agarré de la camisa y, prácticamente, lo obligué a entrar. Claro que, ¿quién lo hubiera hecho?

Subimos las escaleras, infinitos peldaños diminutos que escalamos sin esfuerzo empujados por un irrefrenable deseo. Por una ardiente necesidad. Vi la incredulidad en la mirada de Jack, sus ojos me observaban como si no pudiera ser cierta y aquella sonrisa volvía a delatarle. Muy a su pesar. Abrí la puerta de mi piso, un diminuto

tercero sin ascensor con una habitación y graves problemas de humedad. Aunque, ¿qué casa de la zona este no los tenía?

Hubiera dado igual tener dos, tres o cuatro habitaciones; hubiera dado igual tener la mismísima *suite* presidencial del Fortz dentro de mi piso, porque ni siquiera llegamos a la cama.

Antes de que pudiera darme cuenta, mi ropa y la de Jack se desperdigaba por los dispares muebles de mi salón. Nuestros cuerpos desnudos se dejaron caer en el sofá, el uno sobre el otro, sin contención. Mis manos recorrieron su espalda acariciando cada lunar, cada cicatriz, cada mísera huella de vida que alguna vez hubiera marcado su piel. La calidez de nuestros cuerpos era como un edén del que no quería volver a salir jamás.

«Apenas una noche. No puedes estar así con solo una noche», me repetía.

Sé que mi cabeza pensaba mucho, sé que había voces dentro de ella discutiendo sobre lo que era correcto y lo que no; sobre deseo y arrepentimiento; sobre moralidad y libertad… Como también sé que no las escuché.

Jack, por primera vez desde el principio de la noche, parecía estar nervioso. Yo era quien llevaba la iniciativa, la que había decidido aquello, la que conducía. Así era siempre, en todo. Así era yo.

—No suelo acostarme con nadie la primera noche.

No sé si esperaba que le dijera lo mismo, pero no lo hice.

—¿Por qué? —quise saber.

Él sonrió antes de pellizcarme la nariz con suavidad.

—No suelo acostarme con nadie con quien no tenga confianza —aclaró.

Me separé un poco de él, aunque sus brazos continuaban rodeándome, aferrándose a mí como si temieran que pudiera escaparme en cualquier momento.

—Si quieres paramos —propuse en serio, aunque sin demasiado ímpetu. Me resultaba desmoralizadora la simple idea de tener que explicarle a mi cuerpo que tendríamos que rebajar aquel fuego por nuestra cuenta.

Volvió a reír y me dio un beso en la frente.

—No es eso —respondió—. No quiero parar, ¿entiendes? No me explico lo que me ha pasado contigo, pero sabía que sería así. Justo así.

Volví a experimentar aquel pellizco de terror. Un pequeño tirón en el pecho. ¿Cómo podía saberlo? Es decir, yo ni siquiera me había parado a pensarlo.

—¿No te pasa lo mismo? —preguntó.

Por primera vez, atisbé inseguridad en él.

Rocé mi nariz con la suya. No sabía bien qué contestar y siempre se me había dado mal mentir.

—Suelo ir más despacio.

Él miró hacia abajo, contempló nuestros cuerpos desnudos, pegados el uno contra el otro y volvió a mirarme con las cejas arqueadas.

Me reí.

—Hablaba de… Me refiero *con* los sentimientos. Voy despacio con ellos —aclaré.

Él me observó durante unos segundos, como si estuviera evaluando si creerme o no. O quizá estuviera evaluando otra cosa, quizá se preguntara hasta qué punto podía ser sincero conmigo.

Al final, me dio un beso.

—No me creo lo que está pasando —dijo.

Yo tampoco. Por sus palabras, me sentía cien revoluciones por debajo de él, pero cada vez estaba más convencida de que era el candidato idóneo para mi plan. Jack era dulce, sincero, honesto, divertido y yo le gustaba muchísimo. Me sentía tan bien con él, tan inexplicablemente cómoda que… ¿por qué tener miedo?

—Tendrás que tener paciencia conmigo —le advertí.

—La tendré.

La seguridad desbordaba a través de sus ojos.

Y la verdad es que la tuvo, la paciencia, porque aquella primera cita nos mantuvo despiertos toda la noche, ocupados en descubrir cada secreto oculto en nuestra piel, cada deseo de nuestras almas… Aquella primera cita nos mantuvo ocupados más de veinticuatro horas después.

6

She's Electric – Oasis
Ahora

El drama de Carrie se extendió más allá de los muros de mi piso. Mi familia, sus amigos e incluso los míos acabaron por enterarse de lo capullo que había sido Harvey. El perfecto Harvey. Creo que a mi madre se le partió el corazón casi más que a Carrie al descubrir la cara oculta del que ya consideraba su hijo.

Dos Caras. Así fue como empecé a llamarle.

Sufría por mi hermana, nunca había visto a nadie tan destrozado. No estaba acostumbrada a ser la víctima, la desgraciada. Había visto pasar por eso a gente de su entorno, se imaginaba cuánto podía doler y odiaba a las personas —por decir algo— capaces de hacerle tantísimo daño a alguien. Pero jamás se imaginó en el rol principal. No. Esas cosas no le pasaban a ella.

Y Harvey… él no era capaz de hacerle algo así. Nunca, ni en mil vidas, se le hubiera cruzado aquella idea por la mente. Es más, se hubiera reído en la cara de cualquiera que lo hubiera mencionado siquiera. Pero ahí estaba, tumbada en mi cama, vistiendo mi ropa, esa que tanto odiaba, y comiéndose mis helados. Esa parte no la llevaba tan bien.

Carrie ni siquiera había querido volver a su casa. No podía. Él estaría ahí, quién sabe si también sus amantes, ahora que no tenían que preocuparse por ser descubiertos.

El duelo estaba siendo duro, no podía ser de otra forma después de once años y medio de relación. Primero, negando incluso lo que sus propios ojos habían visto, trató de justificar lo que le había hecho el idiota de Dos Caras. Se culpó, por supuesto, él también se encargó de que lo hiciera. Sus mensajes y llamadas eran continuos, quería saber dónde estaba para poder venir a comerle el tarro. Me mantuve pegada a Carrie durante los primeros días para que ni se le ocurriera contestar, pero Harvey era demasiado insistente y pronto cayó en la cuenta de que solo había un lugar al que podría haber huido. Por mucho que Carrie detestara mi casa, mi escaso interés por la decoración o el hecho de que ningún mueble tuviera que ver con otro, sabía que aquel piso sería el mejor lugar para hablar o, mejor dicho, para no hacerlo. Yo no preguntaría más de la cuenta, no me llevaría las manos a la cabeza por el hecho de que su relación idílica se hubiera terminado, no montaría un drama por que se hubiera quedado soltera con treinta años ni intentaría convencerla de que igual había una explicación para lo ocurrido. No la había. Ninguna más allá de que Dos Caras era un auténtico capullo.

Quizá por eso, el día que se plantó en mi casa me faltó llamar a la policía. Amenacé con hacerlo, desde luego. A ojos de cualquiera, parecía que fuese a mí a quien le habían puesto los cuernos. Le grité tantos insultos que ni me acuerdo, de hecho, agoté los existentes y me inventé otros muy buenos. Él, que siempre estaba tan pendiente de la opinión de los demás, no elevó el tono. Desde el portal, desde la calle, desde el otro lado de la acera… Cada vez que le obligaba a retroceder, se limitaba a repetir lo mismo: «Déjame hablar con ella». Yo sabía lo que quería decir eso, igual que sabía que mi hermana no estaba preparada para entenderlo. Ahora que se le había caído la venda, tenía que asegurarme de que se mantuviera en el suelo. Y él no era tonto, sería muchas cosas, pero no era tonto. Harvey y yo, en aquel momento, nos encontrábamos en el mismo punto, solo que remábamos en direcciones opuestas. Él quería aprovechar la vulnerabilidad de mi hermana para volver a manipularla, para llevarla a su terreno. Yo quería que aquel corazón roto aprendiera a soldarse antes de aceptar conformarse con los parches de cualquiera.

—Déjame hablar con ella —dijo con voz queda.

Casi parecía que le daba vergüenza pedirlo, como si dejarse ver como alguien al que acababan de dejar fuera la mayor de las vergüenzas. Pero no, lo que le daba vergüenza era otra cosa. Y no pensaba dejar pasar la oportunidad de recordárselo.

—¿Hablar? ¿Qué quieres decirle exactamente? —mi voz andaba unos siete tonos por encima de la suya—. ¿Cuánto tiempo llevas montándotelo a sus espaldas? —prácticamente grité cada palabra—. ¿Es eso lo que quieres explicar? ¿Quieres darle detalles? —puede, solo puede, que empezara a sonar algo histérica—. ¡Ya le ha visto la polla a tu amante! ¿No crees que no necesita más información? ¡UN TRÍO! —exclamé—. Y en su propia casa… Sí, señor, muy elegante.

Él extendió las manos hacia mí, como si intentara calmarme.

Di un paso atrás.

—Ni se te ocurra —amenacé.

—Entiendo que estés enfadada, pero…

No. A mí no, Dos Caras.

—¡PERO MIERDAS! —grité.

Era consciente de que empezábamos a captar la atención de varias miradas, pero me dio igual. Bueno, en realidad, no. Creo que incluso me crecí.

—Robin, tienes que relajarte… —dijo en tono conciliador.

Me exasperaba su necesidad de quedar bien, ese cinismo para actuar como si no tuviera derecho a estar enfadada con él.

—Márchate —ordené.

Había tanto odio en mi voz que me sorprendí incluso a mí misma.

—No puedes dejar que lo tire todo por la borda —insistió.

No sé qué me dio más rabia, si el «lo» con el que pretendía responsabilizar a mi hermana o las lágrimas de cocodrilo que empezaba a derramar el muy hipócrita.

—Haberlo pensado antes —dije con frialdad—. ¿Piensas que me voy a creer que te levantaste aquel día con la idea de hacer un trío y que justo encontraste a dos personas dispuestas a chuparte la polla? —Necesitaba hablar mal, soltar palabrotas y demás insultos para que la gente quisiera escucharnos, sabía que el hecho de que todos nos miraran lo abochornaba, así que, si no había sentido vergüenza por

haber engañado a mi hermana, que la sintiera por el deterioro de su adorada imagen pública—. Como mínimo fue premeditado.

Él guardó silencio, pero sus ojos seguían empañados en lágrimas. Me creía que quisiera llorar, aquella humillación en plena calle lo estaba llenando de rabia.

—Pero tú nunca has sido de mínimos, ¿eh? —di un paso hacia él —. ¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo? —otro más que le obligó a retroceder—. ¿Quién fue primero? —me detuve a escasos centímetros de su cara intentando, con todas mis fuerzas, contener las ganas de escupirle—. ¿Ella o él?

Se inclinó hacia mí en un movimiento tan rápido como violento, arrugó el labio y, cuando pensé que iba a morderme, solo ladró.

—Volverá conmigo —murmuró rabioso—. Y me encargaré de que no vuelva a verte en la vida, maldita zorra.

Pensad lo que queráis, pero le escupí.

—Lárgate —repetí—. Lárgate o llamo a la policía.

Él se limpió con el puño de la chaqueta mientras torcía los labios en una sonrisa maliciosa.

—Vas a morir sola.

Lo dijo como si fuera una maldición. Como si eso fuera peor que vivir junto a alguien como él.

Entonces, fui yo la que me reí.

—Me das mucha pena —el tono fue suave en aquella ocasión.

Aquello no lo esperaba. ¿Él? ¿Darme pena a mí? Yo era la que iba a morir sola, yo era la que tenía que estar llorando tras escuchar algo así de duro, por no tener una pareja como él había tenido tantos años y como seguro que no tardaría en volver a encontrar. Por desgracia.

Su gesto se torció, no estaba muy seguro de cómo reaccionar, pero sabía que no podía dejarme ganar. Su ego jamás se lo permitiría.

—¿Va todo bien?

Aquella voz…

Era una voz que no entraba en mis planes en aquel momento, tampoco en los de Harvey. Mi excuñado se giró hacia un Bruce cargado con bolsas de la compra. Estaba segura de que no

arriesgaría su preciada reputación con una pelea en la calle, pero me preocupaba lo impertinente que pudiera llegar a ser con Bruce.

—Todo bien, claro —le contestó Dos Caras.

Pero Bruce no lo escuchó, me estaba mirando a mí.

«No, claro que no va bien».

—Sí, no te preocupes —dije por fin.

Por el modo en que frunció el ceño, sospeché que no me creyó.

—Valeee… —alargó la *e* como si estuviera dándose tiempo para maquinar algo—. Entonces, ¿subimos? —dijo alzando las bolsas hacia mí.

Harvey me miró.

Intentaba que no se notara que no entendía nada de lo que estaba pasando, pero Bruce acababa de dejarme completamente descolocada.

—¿Él se queda a comer? —continuó—. Porque no he comprado suficiente para uno más.

Echó un vistazo a lo que llevaba en la bolsa como para cerciorarse de ello.

—No —reaccioné por fin—. Por supuesto que no.

Se encogió de hombros con desinterés y empezó a caminar en mi dirección.

—Toma —dijo tendiéndome una bolsa—, no voy a cargar con todo yo. Ya es suficiente con que me hayas hecho ir a comprar solo.

Cogí la bolsa algo confusa. Aunque entendía lo que estaba haciendo, continuaba sin saber cómo reaccionar.

Dos Caras se irguió, respiró hondo y, de repente, volvía a ser Harvey.

—Buen provecho —nos deseó.

Entonces, antes de que siguiera a Bruce hacia mi portal, deslizó sus asquerosos dedos e hizo pinza en mi barbilla.

—Acuérdate de mí cuando no tengas a nadie —susurró—. Recuerda que te lo advertí, *hermanita*.

Me guiñó un ojo y un escalofrío recorrió mi espalda. Era siniestro. Espeluznante. Y que siguiera llamándome así, me helaba la sangre, ¿cómo podía ser tan insensible? Se comportaba como un maldito psicópata.

Él quería recuperar a mi hermana solo para que nadie se enterara de lo que había hecho —era un poco tarde de todos modos—, aunque sabía que, si volvía con ella, encontraría el modo de hacer que todos lo olvidaran o, al menos, le restaran importancia. Pero, en caso de que no lo consiguiera, encontraría otra víctima, otra persona con la que jugar a «la familia perfecta» y colgarse la medallita de «logro alcanzado».

Puede que tuviera razón, puede que nunca llegara a tener a alguien, pero si tenerlo suponía fingir, conformarse, soportar, renunciar… No. Nunca me acordaría de él como esperaba que lo hiciera. Todo aquello sonaba demasiado mal comparado con vivir, sentir, ser, liberar… Y esperaba que mi hermana lo tuviera tan claro como yo.

Por desgracia, antes de llegar a la fase de aceptación, antes de empezar a sanar, tenía que venir la ira. Y, seamos sinceros, ¿quién mejor para volcar la ira que tu propia hermana? Creo que nunca había hecho tantos planes como cuando Carrie sufrió esa etapa. O, mejor dicho, cuando la sufrí yo. Pero comer con Bruce aquel improvisado *risotto* mientras mi hermana compartía su drama con un desconocido fue algo que jamás hubiera podido planear.

7

I Fall in Love Too Easily – Chet Baker
Entonces

No sé en qué punto hice *clic*, pero mi mente pensaba de otro modo. Lo mío con Jack quizá no hubiera sido lo que se dice un flechazo —al menos, no para mí—, pero quizá se tratara de eso, de ir poco a poco, de elegir con cabeza.

Empezaba a entender por qué la gente quería tener pareja, era como tener un amigo más, solo que había caricias, besos, deseo… En realidad, no tenía nada que ver con un amigo. Aunque, por el momento, no fuéramos más que eso.

Desde la primera cita prácticamente nos habíamos visto cada día, incluso en aquellos días que creíamos que no nos íbamos a ver. Si eran las seis de la tarde, estaba sola en casa y se me ocurría proponerle que viniera a visitarme, él lo hacía acompañado de una botella de vino blanco. Si eran las diez de la mañana y me decía que hacía un día fantástico para pasear por el parque, yo me plantaba en su casa con un par de cafés para el camino. Supongo que eran parte de las ventajas de que él tuviera un trabajo con horario flexible y yo no encontrara nada más allá de la pequeña obra que representaba con mi club de teatro cada miércoles por la tarde en el Romeo Club. Un pequeño teatro establecido en el sótano del edificio más alto de la zona este, nada que ver con el Monarquía, el teatro de mis sueños, el que visitaba cada Navidad, cuando había ahorrado suficiente dinero como para autorregalarme una entrada.

No había abandonado el sueño de ser actriz, aunque debo admitir que andaba muy cerca. Mi madre siempre lo tomó como un *hobby* y no hacía más que preguntarme cuándo conseguiría «un trabajo de verdad». Siempre me había negado a escucharla, había alzado el mentón y me había repetido a mí misma que no podía entenderme, que ella no tenía una pasión como la mía. Sin embargo, aunque una parte de mí no estuviera orgullosa, confieso que llevaba un par de semanas buscando «un trabajo de verdad».

Hasta entonces había podido subsistir con mis actuaciones del grupo de teatro y los monólogos que organizábamos para el Romeo Club. Incluso había cantado alguna que otra noche en el restaurante Gael, uno de esos sitios en los que jamás podría permitirme tomar siquiera una bolsa de patatas. Suponiendo que la tuvieran, claro. Harvey y mi hermana solían cenar ahí al menos una vez al mes, después se pasaban semanas recordándonos a todos lo exótico, único y caro que era todo lo que habían comido. Pero, aunque estaba orgullosa de mí misma por haber subsistido a base de hacer aquello que me gustaba, llevaba un tiempo planteándome hasta qué punto estaba haciendo aquello que me gustaba. Yo quería interpretar, quería ser Christine Daaé, Carmen Sotillo o parte de la familia de Bernarda Alba, la manida Julieta o la prostituta asesina que representaba cada miércoles en el Romeo; en realidad no importaba, solo quería sentir la adrenalina, el nervio antes de salir al escenario, la expectación, el eco, la improvisación… Y quería vivir así. El resto de mi vida.

Pero, aunque pudiera vivir así, no podía vivir de ello. Necesitaba dinero y lo necesitaba ya. La simple idea de volver a casa con mi madre me aterrorizaba, después de tantos años por mi cuenta, a mi aire, tenerla encima controlando cada uno de mis pasos me generaba una ansiedad para la que no estaba preparada.

—No te preocupes, ya encontrarás algo —había dicho Jack mientras caminábamos por el paseo marítimo de Altuan.

Habíamos decidido salir de la ciudad para variar, Gotherdam resultaba tan gris que todos realizábamos una escapada mensual obligatoria a los pueblos de alrededor. Y Altuan era mi favorito. Resultaba increíble que, a tan solo una hora de la ciudad, existiera

un pueblecito costero sobre el que el sol cayera con semejante gracia.

Íbamos de la mano, tenía los ojos cerrados y disfrutaba de las caricias que me brindaba la brisa marina mientras los rayos de sol me abrazaban con su calidez.

—Supongo que sí —respondí algo desanimada—. Es solo que… Ojalá no tuviera que hacerlo.

Nuestros dedos entrelazados eran como una cuerda de seguridad. Aquella sensación me producía un vértigo desconocido hasta entonces, pero, en cierto modo, me gustaba.

Si tropezaba, Jack estaba ahí.

Si caía, Jack estaba ahí.

Si me desviaba del camino, Jack estaba ahí.

Simplemente, estaba ahí. Y me gustaba que lo estuviera.

—Quién sabe, quizá algún día consigas triunfar como actriz.

Abrí los ojos y lo miré fijamente.

—¿Tú crees? —había algo de desesperación en mi voz, como si necesitara escuchar que alguien creía en mí porque yo misma había dejado de hacerlo.

—Claro —sonrió—. Tienes todo para poder hacerlo: eres guapa, atractiva, tienes buena voz…

Enarqué una ceja.

—No recuerdo haber cantado para ti.

Él se rio.

Dios, aquella carcajada me recorrió el cuerpo. De nuevo, ese maldito vértigo.

—¿Ah, no? ¿Tan concentrada estabas en el coche cuando ha sonado *Fly Me to the Moon*?

Mierda. Adoraba esa canción.

Mi cara debió de ser todo un poema porque Jack rio aún más fuerte.

—No te preocupes —dijo—. Ha estado muy bien. Me pregunto si algún día tendré el honor de que des un concierto para mí.

Me moría de vergüenza, jamás había hecho algo así para nadie. Pero, al mismo tiempo, sentía ganas de hacerlo con él.

Quizá tener pareja era bueno y era justo así. Quizá sí pudiera salir bien.

—Podrías venir a verme cantar —le invité con timidez, me di cuenta de que me aterraba que rechazara la oferta casi tanto como imaginarlo sentado entre el público.

—Eso está hecho.

Se llevó mi mano a la boca y la besó.

No sabría cómo explicarlo, pero algo se alojó en mi pecho, una sensación efervescente, una euforia repentina que me producía unas ganas inmensas de sonreír. Me sentía tan estúpida, era como si fuera incapaz de reconocerme en aquel estado.

—Pero soy mucho mejor en el teatro —dije con algo más de confianza.

Él alzó las cejas.

—¿Ah, sí?

—Ajá —respondí asintiendo—. También deberías venir.

—No sé si tendré tiempo para todo —bromeó.

Fue una broma.

¿Verdad?

Dios, ¿qué me pasaba? ¿Es que era incapaz de ver las cosas por mí misma? ¿Qué era esa inseguridad que parecía estar apoderándose de mí?

—Era broma —dijo al cabo—. Iré.

Él estaba ganando seguridad y yo empezaba a dudar de las cosas más simples. No era algo en lo que fuéramos a la par. Jack siempre se había mostrado seguro y, hasta la fecha, yo lo había sido también. Pero ese miedo a hacerle daño había empezado a mutar, era como si ya no tuviera miedo por él, como si tuviera que empezar a tenerlo por mí.

Continuamos paseando de la mano. Me gustaba que fuera tan normal para el resto del mundo, que nadie se nos quedara mirando, que dieran por hecho que éramos una pareja. Me gustaba que, a ojos de los que no saben, resultase tan fácil dar por hecho algo que todavía no éramos. Me gustaba pensar que era una señal de que podíamos serlo.

Por primera vez, imaginarme como la pareja de alguien me resultó, no solo aceptable, sino casi un deseo.

El corazón me golpeaba en el pecho. Era una advertencia.

«Cuidado, Robin».

—¿Qué dicen tus amigas de esto? —dijo él de pronto.

Fruncí el ceño. Había estado demasiado ocupada con mis propios pensamientos como para entender a qué se refería.

Él miró hacia nuestras manos entrelazadas.

—De esto —aclaró—. Se lo has contado, ¿no? A Selina, Bárbara y Ivy.

—Y James. —No sé por qué sentí la necesidad de remarcarlo, tampoco sé por qué pareció molestarle que lo hiciera—. Claro que se lo he dicho.

—¿Y? ¿Qué dicen? —insistió interesado.

Ladeé la cabeza.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Son tus mejores amigas, ¿no? Quiero saber qué les parece.

Me detuve frente a él.

—Se mantienen expectantes —dije haciéndome la interesante.

Él se acercó a mí, sus manos en mi cintura.

—Vaya… ¿he hecho algo mal? —ronroneó Jack.

—Digamos que es solo *por si lo haces* —le seguí el juego.

Sus manos tiraron de mí para acercarme a él.

—¿No les gusto?

Su cara cerca de la mía, sus labios a escasos milímetros de los míos.

—Me gustas a mí.

Volvimos a besarnos. Sus brazos rodearon mi cintura y los míos se apoyaron en sus hombros mientras mis dedos se perdían en su pelo.

Se separó un segundo.

—¿No vas a decírmelo?

Me había perdido en el beso, en la pausa en medio del trajín del paseo. Él, sin embargo, estaba realmente preocupado por lo que dijeran mis amigas.

—No dicen mucho —contesté por fin—. No te conocen.

—Selina sí —me recordó.

Cierto.

—¿Sois muy amigos? —pregunté.

Sabía que se conocían, que Harleen era su amiga en común, pero no sabía hasta qué punto llegaba su relación.

Él se encogió de hombros, tomó mi mano y volvimos a caminar.

—Me cae muy bien.

Aunque no fue una respuesta clara, entendí que no eran íntimos.

—Es genial —lo pensaba de veras—. Creo que no existe persona con más buen rollo que ella.

Él sonrió.

—Es verdad —admitió.

Entonces, se quedó unos segundos en silencio, como si estuviera meditando sobre algo. Sobre si decirlo o no.

—Ivy no tiene nada que ver, ¿verdad? —dijo por fin.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Qué parece muy distinta —trató de explicar—. No sé, me da la impresión de que es demasiado intransigente, demasiado… inflexible. Es como que no pega nada con Sel.

Aquello era… raro. Sí, un poco raro. Aunque Ivy solía dar esa impresión, era una persona seria, bastante independiente y con férreas opiniones. Pero también era leal, con un sentido de la justicia intachable y la mujer más protectora que conocía.

—Eso es que no la conoces —dije.

Él chasqueó la lengua.

—¿Qué? ¿No me crees?

Se encogió de hombros.

—Sigo pensando lo que pienso.

—Ya lo verás. —Sí, me encargaría de eso—. Yo soy mucho peor.

Él alzó las cejas en un gesto de incredulidad.

—Tú no eres para nada así.

«¿Así cómo? ¿Como una persona que no conoces? ¿Como la mejor persona que conozco?», pensé.

—Tú irradias luz —dijo—. Desde que te conocí, pensé: «No puedo dejar que se me escape». No sé, me volví loco. Lo que decías, lo que hacías, tu actitud… Eres perfecta para mí.

Nos habíamos quedado quietos en medio del paseo. Había olvidado cualquier cosa que hubiéramos dicho antes de aquello. El sol empezaba a bajar y el atardecer pronto nos sorprendería en aquella hermosa playa y no podía dejar de mirarle, quería estar ahí, con él, tan cerca como fuera posible. No, un poco más. Más cerca todavía. No tenía suficiente.

Resultaba aterrador.

8

Clar que t'he trobat a faltar – The Tyets & Julieta
Ahora

Necesitaba salir. Necesitaba salir y no volver a entrar en mi maldito piso nunca más. O, por lo menos, hasta que Carrie hubiese vuelto a ser la persona medio normal que medio soportaba. Por suerte, el bendito test de embarazo salió negativo, de lo contrario, no sé lo que hubiera sido de mí.

James pasó a por mí. Habíamos quedado en el centro para tomar unas copas, no había planes más allá de las dos cervezas de rigor, pero yo tenía claro que aquella noche no volvería pronto a casa.

Gotherdam rugía. Aquella ciudad podía ser gris, estresante, lluviosa…, podía ser de todo, menos aburrida. La noche era su especialidad. Había tantos *pubs*, clubs y discotecas como pudieras imaginar, tantos lugares en los que perder la noción del tiempo y tan diferentes. Elegantes, vanguardistas, sórdidos… Todo tenía cabida en Gotherdam.

A medida que nos acercábamos al centro, empezaba a embriagarnos el clamor de la multitud. Las risas, las conversaciones intensas, las explosiones de amor típicas de los beodos… El ambiente era otro. El que yo necesitaba.

Bárbara, Selina y Ivy nos estaban esperando.

—Aleluuuuuuyaaaa… —cantó Bar mientras entonaba la canción de Leonard Cohen.

Sí, también nos llevaban unas cervezas de ventaja.

—¿No deberías morderte la lengua? —le dijo James—. Siempre eres la última en llegar.

Ella, en lugar de mordérsela, se la sacó.

Siempre había tensión entre ellos. Una tensión que, aunque no nos afectaba a los demás, podíamos percibir. Era como un hilo que los mantenía unidos, pese a que ambos trataban de escapar continuamente. El hilo se tensaba; cuando James corría, Bar tiraba; cuando ella huía, él la retenía.

—Bueno, Rob, ya nos tienes a todos aquí —dijo Ivy—. ¿A qué se debía tanta urgencia?

Realmente, no estaba escuchando, mi mente solo tenía un objetivo en aquel momento: establecer contacto visual con el camarero.

—¡Eo! —exclamó Ivy.

—¡Eeeeo! ¡Eeeeo! ¡Eoeoeoeoeo! —canturreó Bar de fondo, que se había convertido en Freddie Mercury.

James se rio.

—Creo que está perdiendo la cabeza —dijo antes de darme un golpecito en el brazo.

Volví en mí.

—¿Qué? —pregunté.

—Ivy quiere saber qué diablos te pasa —dijo James al tiempo que arrastraba la silla para levantarse—. Iré a pedir. Dos por aquí —nos señaló a ambos—, ¿algo más?

—Otra por aquí, maestro —pidió Bar.

—Pide otra ronda y acabaremos antes —concluyó Selina.

Me di cuenta de que todas me miraban fijamente, especialmente Ivy. Todas menos Bar, que seguía a James con la mirada. No sé si por aquella fuerza de la naturaleza que los atraía irremediablemente, o por el anhelo de verlo regresar con un cargamento de cervezas bien frías.

—O no le interesa lo que tienes que contar —dijo al tiempo que volvía la vista hacia mí—, o ya le has aburrido bastante por el camino, ¿me equivoco?

—¿Cuándo te has equivocado tú?, ¿eh? Listilla… —le seguí la broma.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó Ivy.

Eso siempre me había gustado. Para mis amigos, Carrie no era Carrie, sino mi hermana. En aquel mundo, en el diminuto universo que había construido para mí, Carrie no era el personaje principal.

—Mejor —dije con hartazgo—. Ya me grita como antes. Creo que incluso está a punto de volver a odiarme.

Ellas se rieron, aunque Ivy lo hizo con algo más de ternura. Su sonrisa compasiva solo me dejaba claro lo mucho que me conocía.

—No te puede odiar —determinó Bar—. Con todo lo que has hecho por ella estos meses, debería construirte un altar.

—¡De acuerdo con eso! —exclamó James al tiempo que dejaba un par de jarras sobre la mesa.

Bar observó las cervezas. Primero la mía, luego la de James y, después, sus ojos recorrieron uno por uno los huecos vacíos que había frente a cada una de ellas hasta que se detuvo en el suyo y, despacio, su amenazante mirada ascendió hacia nuestro amigo.

—Ahora te la traen… —se excusó él sin apenas mirarla, como si supiera perfectamente lo que estaba pasando por la mente de ella.

Mi mundo. Mi gente. Mi familia.

—El camarero es tu colega —continuó James.

Bárbara lo miró con gesto interrogante.

—El de los ojos azules, ese que siempre anda haciendo cosas —explicó.

Un pellizco en el pecho.

—¿Bruce?

Tanto Bar como James me miraron. No es que la descripción hubiera sido muy completa, por lo que resultaba sorprendente que hubiera respondido tan rápido.

—Justo —dijo James sin dejar de mirarme.

Sé lo que pensó incluso antes de que sus cejas se alzaran. Él siempre era el más rápido, su mente captaba cada detalle y lo convertía en conclusión; la mayoría de las veces acertada. Y yo…, bueno, mi mente siempre sabía lo que pasaba por la suya.

Bar, por el contrario, se giró en su silla y buscó a su amigo con la mirada. Al otro lado de la multitud, saliendo por la puerta con la

bandeja sobre su cabeza, un concentrado Bruce venía dispuesto a servir el resto de las cervezas de nuestra mesa.

Cuando por fin nos localizó, sacó a pasear su gigantesca sonrisa y yo, no sé muy bien por qué, me encogí en la silla. Bueno, en realidad sí que lo sabía, no podía quitarme de la cabeza aquella tarde en la que mi hermana lo confundió con un cura y comenzó a confesarse.

Bárbara se levantó para abrazarlo. Por suerte, él apartó la bandeja antes del impacto, porque ella iba lo suficientemente bebida como para no ser capaz de rebajar su ímpetu.

—Aquí tienen —dijo él con fingido respeto.

Las cervezas llegaron sanas y salvas. Todo un héroe.

Se quedó ahí de pie hablando con Bárbara mientras ella, con su labia desatada, le contaba que habíamos quedado porque yo me estaba volviendo loca por culpa de mi hermana.

Nuestras miradas se cruzaron.

Él sonrió de nuevo.

—¿Está mejor?

Todos callaron de repente. Claro, no les había contado nada.

Asentí.

—Ya incluso me grita y todo —bromeé.

Él me miraba con la bandeja, ya vacía, en las manos. El resto observaba en silencio sin dar crédito.

—Siento lo de aquel día, en serio.

Había pensado tantas veces en escribirle para decírselo que no podía creer que por fin lo hubiese hecho. Lo había soltado.

Él negó con la cabeza.

—No hay nada que sentir, fue divertido —comentó—. Triste, deprimente y desgarrador, pero también divertido. ¿Suena muy raro?

Me reí.

—No tanto como debería.

Nos quedamos en silencio. Creo que fue tan poco tiempo que no podría medirse, pero no miento si digo que sentí que el mundo se paraba en aquel instante.

—Bueno, tengo que volver —dijo encogiéndose de hombros—. Hay demasiada gente.

James asintió.

—Cómo me alegro de haber librado hoy… —reflexionó en voz alta.

Bruce le dio una palmada en la espalda.

—Eso es, tío. Justo el empujoncito que necesitaba —bromeó.

James soltó una carcajada.

—Lo siento, me ha salido del alma —se disculpó todavía entre risas.

Bruce y su sonrisa entraron de nuevo al bar y una tormenta de ojos inquisitoriales cayó sobre mí.

—¿Qué-ha-sido-eso? —quiso saber Bárbara. Casi parecía ofendida.

Ivy asintió. Se había inclinado hacia delante y había cierta diversión en su mirada.

Selina y James, por su parte, aguardaban reclinados en sus respectivas sillas, aunque igual de expectantes.

Suspiré.

—No es nada, no exageréis.

—Si no es nada —empezó a decir Ivy—, ¿por qué no nos lo habías contado?

—*Touché* —apostilló James.

—Fue el día que Dos Caras vino a buscar a Carrie —empecé a decir—, el que me peleé con él a gritos en plena calle.

—¡Vaya! —me interrumpió Bar—. Mira por dónde, eso sí que lo sabíamos…

—¿Puedes parar? —le pedí—. Lo estoy contando, ¿no?

Me señaló con el índice.

—Llevo más de veinte años aguantándote, Robin Gray —su dedo, igual de firme, pasó a señalarla a ella misma—, tengo el derecho constitucional de conocer cada mísero detalle de tu vida.

Selina se inclinó hacia Ivy.

—¿En qué parte de la Constitución dice eso? —murmuró.

—¡Shhh! —le chistó Bar—. Y tú —volvió a apuntarme con el índice —, desagradecida, tienes el deber de informarme si te lías con un amigo mío.

—¿Qué? —me reí del asombro—. ¡No me he liado con él!

Ella ladeó la cabeza y sonrió con picardía.

—Pero querrías, ¿eh? —sus cejas se movieron de manera sugerente.

James volvió a reír.

Resoplé.

—A mí no me engañas, perra —Bar continuó viniéndose arriba—. Ese culito tan trabajador te mola. Y bastante.

Ahora era su pulgar el que señalaba hacia la puerta del bar.

Puse los ojos en blanco. Por mucho que fuera su derecho constitucional, no estaba preparada para decir en voz alta que Bruce me gustaba. Creo que ni siquiera estaba preparada para admitírmelo a mí misma. Hacerlo sería el primer paso, el primero para volver a caer por un precipicio del que no estaba segura de haber salido.

—El caso es que llegó en el mejor momento, la verdad —continué ignorando el comentario de Bar—. No sé si hubiera podido deshacerme de Harvey de no haber sido por él.

Bárbara sonrió con orgullo.

—Mi querido Bruce es todo un héroe.

Asentí.

—En aquel momento lo fue, desde luego —admití—. Actuó como si hubiéramos quedado para comer y eso hizo que Dos Caras volviera a su papel habitual. El de persona responsable y encantadora.

Ivy alzó las cejas algo impresionada.

—Parece un buen tío —reflexionó James.

Aquello, por ordinario que pueda resultar, era todo un logro. James se pasaba la vida analizando a la gente, su veredicto era el más severo y, la mayoría de las veces, la sentencia no era positiva. Sin embargo, Bruce había pasado la prueba sin proponérselo.

Bárbara frunció el ceño ofendida.

—¿Y por qué no iba a serlo? ¡Es mi amigo! —le defendió.

James alzó las manos en señal de tregua.

—Solo estaba confirmándolo. Tranquila, fiera.

Ella soltó un pequeño gruñido y sus miradas mantuvieron un intenso duelo de escasos segundos. Otra vez el hilo.

—El caso es que, como no le quedó otra más que subir a casa para que la historia colara —expliqué—, se quedó a comer. Bueno, a

cocinar, porque preparó un *risotto* riquísimo.

—Qué apañado… —comentó Selina con retintín.

Bárbara continuaba orgullosa, aunque sus ojos no dejaban de brillar con diversión.

—¿Y qué pasó? —quiso adelantarse.

La miré.

—Que pilló a Carrie en plena fase «voy a soltarlo todo» —respondí con cierto hartazgo—. Le contó toda la historia, desde el principio. Creo que incluso rememoró el día en que se conocieron cuando ella llegó al instituto.

Ivy puso los ojos en blanco.

—Entiendo que lo esté pasando mal, pero tu hermana tiene que parar.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —respondí con ironía—. Me dio vergüenza que el pobre Bruce tuviera que tragarse aquel monólogo. Que me toque a mí vale, al fin y al cabo, soy su hermana y parece que también su nueva compañera de piso, pero, ¿él? —negué con la cabeza antes de dar un trago—. El pobre no merecía semejante castigo.

—¿Piensa quedarse a vivir contigo? —se interesó James.

Me encogí de hombros.

—No me ha informado, aunque hace semanas que lo dejaron y todavía la tengo en casa —comenté—. Si la echo, me da miedo lo que pueda hacer.

—¿Y por qué no se va a casa de tu madre? —preguntó Selina.

—Porque, para Carrie, su vida está patas arriba y le da vergüenza admitirlo ante mi madre —expliqué.

Bárbara estaba bebiendo, pero al escuchar aquello dejó rápidamente la jarra sobre la mesa.

—¿Vergüenza por qué? Él es quien lo ha hecho mal —intervino indignada.

—Pues sí, pero para mi madre siempre hay una solución —me sonó raro en cuanto lo dije—. Quiero decir que está de parte de Carrie, claro, pero su mente es incapaz de aceptar que su querido Harvey sea un capullo. En la única conversación entre las dos en la

que he estado presente tuve que largarme para evitar acabar a gritos con mi madre.

—¿En serio? —preguntó Bárbara incrédula.

—Entonces, mejor que esté contigo —reflexionó Ivy.

Asentí.

—Mi madre podría llegar a convencerla de que lo perdone —dije —. Y pienso evitarlo a toda costa.

—Haces bien —dijo James—, aunque para mí es una putada.

Enarqué una ceja.

—¿Para ti? ¿Por qué? —pregunté intrigada.

—Mi casera ha vendido el piso —respondió de pronto—. Tengo lo que queda de mes para encontrar otro o me iré a la calle. Tenía pensado quedarme en tu casa, como tantas otras veces, en caso de que se complicara demasiado lo de encontrar un nuevo alquiler.

La cerveza aún discurría fría por mi garganta y no había terminado de lamer el rastro de espuma que se había alojado en mi labio superior cuando lo vi.

James se percató de que no le había escuchado, al menos, no realmente.

Cuando detectó mi mirada perdida al fondo de la calle, se giró. Todos lo hicieron en realidad.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Ivy.

Eran tres, no conocía demasiado a los otros dos, aunque, para ser sincera, tampoco los estaba mirando. Toda mi atención la captaba él. Así que tuve que forzarme a desviar la mirada para dejar de contemplar con perturbadora fijeza el mechón de pelo verde que venía directo hacia mí.

9

Beso – Jósean Log
Entonces

Había pasado el fin de semana de fiesta con las amigas de Carrie. Había pasado el fin de semana. Por fin. Había terminado y podía regresar a mi vida normal con mi gente normal. O quizá no tan normal, pero mía, al fin y al cabo.

Era una despedida de soltera posboda. No sé si existe como concepto, pero no habían podido hacerla antes de que se casara y la habían organizado ahora. Un fin de semana de playa, masajes, *spa*, restaurantes caros y fiesta para las que quisieran apuntarse. Me dejé un dineral que no tenía, pero mi madre se ofreció a pagarlo con tal de que no fallara al acontecimiento del siglo. No podía hacerle algo así a mi hermana. Por desgracia, mi orgullo me impidió permitir que lo hiciera, así que saqué mis ahorros y los gasté en aquel fin de semana de los horrores. Sí, para mí fue más bien una experiencia de supervivencia. Durante cuarenta y ocho horas las conversaciones giraron en torno a sus maridos, sus embarazos, sus hijos y lo preocupadas que estaban por haberlos dejado a cargo de sus padres. Eran hombres, hechos y derechos, no pasaba nada por empezar a asumir responsabilidades. Especialmente, si se trataba de sus propios hijos.

Por suerte, había un par de solteras en el grupo. Estaban tan aburridas como yo, aunque les costara un poco más admitirlo. Sus amigas hablaban de cosas en las que ellas no podían participar, de

hecho, ni siquiera tenían interés en hacerlo. Querían hablar de ellas mismas, de sus vidas, de sus problemas… Querían hablar de lo que habían hablado siempre. Pero todo era distinto, sus amigas eran otras. A ratos, auténticas extrañas.

Al final, salí de fiesta con Margot y Sarah. Es decir, salimos todas, pero pasada la medianoche, quedamos solo las tres. Y eso que a mí me tocó lidiar con la cabezonería sobreprotectora de Carrie. Decía que no podía consentir que su hermana pequeña se quedara sola de fiesta, como si no me conociera cada mísero *pub* que abrían —o habían abierto alguna vez— en Gotherdam. Lo peor no fue que ella lo pensara, sino que el resto de sus amigas lo secundara. Margot y Sarah se comprometieron a cuidarme y a mí me entraron ganas de arrancarme la piel a tiras.

Creo que eso era lo que le estaba contando a Jack mientras paseábamos por el barrio del Artista. Él no era muy fan de aquella zona; los libros, las pinturas o el teatro le traían sin cuidado. Y yo, «por pura casualidad», siempre acababa desviando nuestros paseos hacia la zona más bohemia de la ciudad.

—Me trataron como una cría —continuaba quejándome, no había dejado de hacerlo desde que se terminó la maldita despedida—. Tenías que haber visto sus caras cuando Sarah ligó y yo fui la única que tenía preservativos para dejarle.

Él sonrió. Nuestras manos estaban entrelazadas mientras trazaba perezosos círculos con su pulgar sobre mi piel.

—¿Llevaste preservativos a la despedida? —preguntó algo molesto.

Lo miré, alcé el mentón y sonreí con suficiencia.

—¿Por qué? ¿No debería?

Él se encogió de hombros.

—Ya veo cuáles eran tus intenciones…

Al principio, había pensado que estaba de broma, sin embargo, su tono había cambiado ligeramente y empezaba a sentirme mal por dejarle creer que él no suponía un factor a tener en cuenta en caso de querer acostarme con otro. Un factor determinante, además.

—Venga… —mi tono fue juguetón, pero también suplicante—. Es solo que estoy acostumbrada a llevarlos.

Nos detuvimos. La librería de Ophelia estaba justo a nuestras espaldas, un maravilloso lugar de paz y tesoros escondidos. Tenía libros de segunda mano en perfectas condiciones, ediciones de coleccionista a precios asequibles y novedades de autores noveles de la ciudad. Ophelia era, como a mí me gustaba llamarla, el hogar de las oportunidades.

Jack me miró con fijeza, su rostro estaba serio y parecía que no se atreviera del todo a dejarme ver lo que ocurría. Estoy segura de que jamás había puesto un pie en Ophelia, estoy segura de que ni siquiera había oído hablar de ella y también estoy segura de que, si lo hubiera hecho, si le hubiera dicho lo increíble que me resultaba aquel lugar, lo hubiera olvidado pronto.

—Eh, no pasa nada —trató de restarle importancia—. Puedes hacer lo que quieras…

Aquello me cruzó el pecho tan rápido que la sangre tardó unos segundos en brotar.

—¿Ah, sí? —el tono de mi voz me delató, ahora era yo quien estaba molesta—. Ignoraba que así fuera.

—¿Cuándo hemos dicho lo contrario? —sus labios se torcieron en una sonrisa que me resultó casi un insulto.

—Está bien.

Comencé a caminar sin esperarle, sin saber si vendría detrás, pero su mano encontró la mía y me detuvo.

—Espera… —un tono meloso—. ¿Quieres que lo hagamos?

Fruncí el ceño sin entender, todavía estaba demasiado molesta como para pensar en otra cosa y, para colmo, mi mente se preguntaba qué demonios hacía enfadándome si él tenía razón, nunca habíamos hablado de eso.

—No necesito estar con nadie más —dijo acercándose peligrosamente hacia mí—. Ni quiero hacerlo.

Una calma desconocida hasta entonces me abrazó el corazón.

—¿Y tú? —quiso asegurarse.

Negué con la cabeza.

—Solos estamos bien —susurré a escasos centímetros de sus labios.

Él sonrió.

—Juntos mejor.

Nos besamos. Nos besamos frente a Ophelia, su aura especial se escapaba a través de aquella puerta de cristal y nos abrazaba en medio de una calle adornada con tapices en los balcones y murales en miniatura plasmados en cada mísero adoquín. Pensé que quizá fuera aquella mi oportunidad y, por primera vez desde que conocía a Jack, no sentí ningún miedo.

10

Elephant Gun – Beirut
Ahora

Ozzy. El bajito de cuerpo rechoncho, pelo pobre y nariz aguileña era el famoso Ozzy. El tipo que organizaba esas fiestas que yo había empezado a detestar hacía apenas un par de meses. Me quedé el tiempo suficiente como para ver cómo él y Bruce se saludaban, pero no esperé a que Jack me viera.

O eso creí.

Porque después de obligar a mis amigos a apurar sus cervezas para largarnos a otro lugar donde no tuviera que encontrarme con él, Jack se saltó las normas y me escribió.

Hoy estabas preciosa.

11

Where's My Love – SYML
Entonces

—No son para mí.

Creo que nunca había respondido tan rápido ni tan claro a una pregunta. A Jack pareció agradarle la respuesta y a mí me gustó notarlo. Al principio, cuando había sacado el tema de las relaciones abiertas, no había podido evitar preocuparme.

Era algo que estaba de moda. Y, en el fondo, algo que me parecía no solo lícito, sino lógico. Es imposible que te guste una sola persona a lo largo de toda tu vida, quien diga lo contrario, miente. Somos animales, se trata de feromonas, de atracción, de puro instinto. La monogamia nace del raciocinio. Para mí, de la parte más romántica de la mente humana, la que idealiza la existencia de la persona indicada, la que disfruta con eso de «la media naranja». Y una relación monógama me resultaba tan válida como otra en la que las personas fueran libres de relacionarse y experimentar. Siempre que las cartas estuvieran sobre la mesa, claro. No había comodines.

Sin embargo, en la práctica, no sería capaz de vivir un tipo de relación así. Habría demasiado que deconstruir, demasiados pensamientos que desarraigar, habría que desarrollar una confianza y seguridad que, sin duda, no poseía. Y, por otro lado, si lo pensaba bien, tampoco me apetecía. Me gustaba la parte racional del amor, la que implicaba elegir y priorizar, darle a otra persona la importancia

suficiente como para anteponer su bienestar —el de vuestra pareja— a tus deseos carnales.

—Pero funcionan, ¿sabes? —continuó diciendo él—. Tengo amigos que la tienen y lo llevan genial. Creo que mejor que otros que son monógamos.

Di un sorbo a mi copa de vino blanco. El mar estaba tranquilo aquella tarde, Altuan era un remanso de paz y tranquilidad, el lugar perfecto para pasar nuestra… Sinceramente, había perdido ya la cuenta de la cantidad de citas que habíamos tenido Jack y yo. Todo parecía fluir, pero no quería ni pensar en esa palabra.

—Puede ser, mientras estén las cosas claras —dije sin mostrar excesivo interés.

—Ellos tienen sus normas, por supuesto —continuó diciendo él, había cierta efusividad en sus palabras, como si le fascinara el tema —. Ya solían acostarse juntos antes de salir, pero desde que lo formalizaron, él se ha vuelto algo… celoso.

Enarqué una ceja.

—¿Y cómo compagina eso con una relación abierta?

—Bueno, ella no puede acostarse con nadie sin que él lo sepa.

—¿Y él? —continué indagando.

Se encogió de hombros.

—A ella no le importa.

Arrugué los labios.

—¿Qué? —preguntó él con una sonrisa, mi actitud parecía divertirle.

—No estoy segura de si es algo equilibrado o no —intenté explicar —. Creo que las personas, cuando hablan de tener una relación abierta, piensan sobre todo en la parte de acostarse con otros. Pero cuando caen en la cuenta de que su pareja también puede hacer lo mismo, empiezan a ponerse *nerviositos*.

El ligero retintín que empleé en la última palabra me delató.

—Sí, eso les digo yo. No estoy seguro de que pudiera llevar bien esa parte, aunque ellos insisten en que sí.

No pude evitar fruncir el ceño. ¿Por qué *insistir*? Sonaba más bien a *convencer*.

—Dicen que no sería tan distinto de lo que tengo con… —de pronto, calló.

Ladeé la cabeza interesada. Algún tipo de alarma había empezado a sonar en mi cabeza.

—¿Lo que tienes con quién? —pregunté rápidamente.

Él sonrió como restándole importancia y me pellizcó con suavidad la mejilla.

—Era antes de conocerte —aclaró—. Mi grupo de amigos… En fin, tenemos una relación *atípica*.

Guardé silencio sin dejar de observarle. Iba a tener que ampliar su explicación si quería que lo entendiera.

Suspiró como si una parte de él se resistiera a contarlo. Como si temiera que estuviera mal, que yo lo tomara a mal, mejor dicho.

—Estamos solteros y nos encanta tontear, ya sabes.

Seguía siendo demasiado escueto.

—¿Os acostáis?

«Al grano, Jack». Pensé.

Se rascó la cabeza.

—A veces —admitió—. Es decir, solo me he acostado con un par y desde hace un año solo lo hago con una de ellas. Alexis y yo siempre nos hemos llevado muy bien, así que…

Me acordé del día en que nos conocimos. De la amiga que me lo presentó.

—¿Y Harleen? ¿Vuestra relación también es *atípica*? —quise saber.

Él estalló en carcajadas.

—Por Dios, ¡claro que no! —exclamó—. Nos enrollamos una vez, creo que teníamos dieciséis años, pero nunca más.

No es que estuviera más tranquila, solo estaba… descartando.

—¿Y qué hay de Alexis?

—Bueno, cuando los dos estamos solteros nos acostamos. Siempre que nos apetece, claro —especificó.

Apuró su copa de vino. Tragó tan rápido que me dio la sensación de que la conversación empezaba a incomodarle.

—¿Solteros como ahora?

Me costó preguntarlo. Sentí que mi voz había temblado en algún punto, sentí que el miedo se había alojado en algún lugar de mi

pecho.

Él me miró con cierta ternura, aunque no sabría decir si el destello de lástima que vi en sus ojos fue real o un simple reflejo de lo que podían estar transmitiendo los míos.

Lástima de mí misma.

—Estoy soltero, Robin —lo dijo como si yo no lo supiera, como si fuera necesario recordármelo.

Y quizá no lo sabía. Quizá fuera tan idiota que no lo sabía. Pero, técnicamente, tenía razón. Los dos lo estábamos. Teníamos citas, dormíamos juntos, lo hacíamos a todas horas, paseábamos de la mano y nos besábamos por el camino; pero no éramos novios.

Respiré hondo.

Me bebí de un trago la copa.

—No me he acostado con ella desde que estoy contigo —dijo con intención de tranquilizarme.

Su mano tomó la mía y yo no podía evitar sentir que estaba siendo una dramática, una niña enamoradiza que no tenía derecho a enfadarse ni a llorar pese a tantas ganas como tenía.

—¿Dejaste de acostarte con la otra por Alexis?

No sé muy bien por qué lo pregunté. Había empezado a ponerme nerviosa y el vino no me ayudaba a seguir el hilo de la conversación ni de mis pensamientos.

Él negó con la cabeza.

—Dejamos de hacerlo porque contrajo sífilis —explicó—. Me lo dijo para que me hiciera las pruebas y, cuando comprobé que estaba limpio, preferí cortar por lo sano.

Me eché hacia atrás en la silla. Demasiada información y demasiadas dudas.

—Si te acuestas con alguien —empecé a decir—, espero que me lo digas.

Él frunció el ceño y se inclinó hacia delante para acercarse a mí.

—Creía que ya lo habíamos hablado —dijo—, solo nosotros.

Alcé las cejas.

—No lo tenía del todo claro, como estamos solteros.

Había rabia en mis palabras. Una rabia que probablemente no fuera justa, pero la sentía tan dentro, tan real, que ella sola decidió

salir.

Él volvió a suspirar.

—Y lo estamos —recalcó—. No estoy… No estoy preparado para eso, ¿vale?

¿Y por qué demonios yo tenía la impresión de que sí? ¿Tan estúpida era?

Respiré hondo.

Tenía que calmarme. Jack solo estaba siendo sincero y eso era importante. Quizá me estuviera precipitando, quizá era yo la que se había confundido, quizá yo también necesitara tiempo. Ir más despacio.

—Pero no estoy con nadie más —continuó—, solo contigo.

Puede que no fuera suficiente, que no fuera exactamente lo que quería oír, pero decidí conformarme con aquel pequeño bálsamo.

Estaba conmigo, con nadie más.

Así que fue eso lo que me repetí, lo que mi mente decidió etiquetar como lo más importante. Mientras tanto, el verdadero problema se quedó levitando, rebotando en alguna parte de mi cerebro como un eco perdido en mi subconsciente.

Jack lo había verbalizado por primera vez: él no estaba preparado.

12

Por tu olor – El Kanka
Ahora

El once pasó por delante de mi cara. Iba tan lleno que el conductor ni siquiera se detuvo en la parada. Salí a la carretera y corrí hasta el semáforo con la esperanza de que hiciera una excepción y me abriera la puerta. Tenía prisa, maldita sea. Pero él tenía otros problemas, los míos no eran su prioridad. Ni tenían por qué serlo, por otro lado.

Carrie tenía cita con el psicólogo. Por fin la había convencido para ir después de meses insistiéndole, solo que había puesto una condición: yo tenía que acompañarla. No podía consentir que por llegar tarde el proceso de sanación de mi hermana se interrumpiera durante semanas. Porque estaba claro que no iba a entrar sin mí. Y estaba más claro todavía que reparar la decepción de no haberla acompañado me llevaría más tiempo que volver a convencerla para concertar una cita con el psicólogo.

Se me encendió la bombilla.

El siete me dejaba un par de calles antes de la consulta. Solía pasar cada quince minutos y tenía una parada al otro lado del puente, si corría, podía llegar a tiempo. Era complicado, pero era la única oportunidad que tenía.

Estaba raso, había algo lúgubre en la atmósfera, pero ni una nube en el cielo. Aun así, daba igual que fuera el primer día sin lluvias después de una semana de continua tormenta. Daba igual porque

las calles estaban mojadas, llenas de charcos, y cruzar el puente sin empaparse en el intento era misión imposible. Los coches pasaban a toda prisa, los límites de velocidad en Gotherdam eran tan útiles como un balcón sin puerta ni ventana. La gente los ignoraba como harían con un tallo de apio frente a un buen filete. Excepto Ivy, claro, ella siempre escogería el apio.

Cuando alcancé la parada del siete, el bus se acababa de marchar.

No se puede decir que me importara mucho, sé que debería haberlo hecho, que debería haberme puesto histérica por haber perdido mi última oportunidad de llegar a tiempo a mi cita con Carrie, pero la verdad es que me alegré.

No. No soy tan mala persona. No me puse contenta por perder el bus ni por librarme del psicólogo, me puse contenta porque algo rematadamente estúpido estaba despertando dentro de mí y una preciosa sonrisa me había detectado desde la parada.

Bruce.

Él acababa de bajar del bus.

—¿Qué haces por aquí? —se extrañó.

—Tengo que llegar al centro —dije todavía con la respiración entrecortada.

Intenté disimular para que no se percatara de la pésima forma física en la que me encontraba, pero fue casi peor.

—¿Por qué no has ido en el once? —quiso saber—. Es el que pasa por tu zona, ¿no?

Asentí.

—Así es, pasa… pero de largo.

Él frunció el ceño.

—Iba hasta los topes. No he tenido opción —aclaré.

—¿Por qué no te llevo yo?

Alcé las cejas.

—Y… ¿en qué autobús piensas llevarme?

Él volvió a sonreír. De verdad que había algo de magia en aquella forma de hacerlo, no podía ser legal el efecto que producían en mí aquellos ojos azules al rasgarse.

—No siempre voy en bus —dijo simplemente.

—Acabas de bajar de uno, Bruce —insistí.

—¿Quieres que te lleve o no?

Me callé. Él comenzó a andar y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Obedecí.

Llevaba un chándal negro, el pelo cubierto con un gorro de lana y las manos metidas en los bolsillos. Tenía una manera de andar atractiva. No sé si es algo normal o un aspecto de las personas en el que solo me fijo yo, pero Bruce andaba de un modo que hacía que te lo quedaras mirando. Irradiaba seguridad y misterio. Como si nadie fuera lo suficientemente bueno para él, como si nadie nunca fuese a descubrir nada de él.

Llegamos al portal número ocho. Un gigantesco portón de acero forjado se alzaba ante nosotros. Bruce sacó las llaves del bolsillo, abrió la puerta y esperó al otro lado sujetándola para que yo pasara.

Lo hice.

El eco de mis pasos reverberó en aquel inmenso portal de mármol. Un preocupado portero salió a paso raudo de algún tipo de cuarto de contadores, como si le hubiéramos pillado escaqueándose.

—Tranquilo, Miles —dijo Bruce con apabullante serenidad—. Está todo bien.

El hombre asintió y tomó asiento en el escritorio de la entrada.

Seguí los pasos de Bruce hacia el ascensor, un enorme monstruo de roble enjaulado en hierro negro. Él se giró hacia mí.

—Vamos a tener que subir un segundo, si no te importa.

Yo continuaba admirando las molduras, el suelo, la barandilla de la escalera… No me había sentido tan pobre jamás. Ni tan avergonzada. ¿Qué pensaría el día que lo dejé subir a mi casa? La pintura de la pared descascarillada, las puertas de papel, la madera de las escaleras a punto de pudrirse… Por primera vez en mi vida, deseé haberle hecho caso a Carrie.

—Como si me encierras aquí dentro para siempre —respondí.

Él volvió a reírse.

Subimos arriba, muy arriba. El ático constituía la humilde morada de mi amigo el camarero. Algo no cuadraba.

Abrió la robusta puerta de madera, el pomo dorado reflejaba mi cara de estupefacción al descubrir aquel apartamento remodelado

que conservaba sus ventanales decimonónicos y sus techos de infarto.

—Espera aquí, no tardo.

Me dejó abandonada en un salón tres veces más grande que mi piso entero. Mis pies andaban solos, ni siquiera era del todo consciente del irrefrenable impulso que me movía a curiosear, sabía que no me daría tiempo a descubrir ni una décima parte de todo lo que podía esconder aquel lugar, pero quién sabía si volvería a tener otra oportunidad de hacerlo.

Había demasiados objetos, demasiadas cosas gritándome para que las mirara, para que las tocara. Sin embargo, había que estar muy ciego para no reparar en el precioso piano de cola sobre el que caía la oscura luz de Gotherdam.

Un piano.

Mi madre nos llevó a clases a Carrie y a mí durante años. Me encantaba, creo que fue la única cosa que me obligó a hacer mi madre que también quería hacer por mí. Y creo que también fue el único momento de mi vida en el que la hice sentirse orgullosa.

Cuando me di cuenta, la inercia de mis recuerdos me había llevado hacia el banco de aquella obra maestra. Mis dedos acariciaron las teclas; frías, desconocidas… pero no extrañas. La melodía llegó a mis oídos antes de ser consciente de que estaba tocando.

El recuerdo de una noche de lluvia, una emocionante tarde de nervios, un vestido blanco y un pomposo lazo en el pelo. El recuerdo de un escenario vacío, un foco sobre el piano, centenares de butacas llenas y un par de miradas orgullosas. El recuerdo de mi primera actuación en un teatro, la convicción de que pertenecía a aquel lugar, el corazón lleno de felicidad y el fin de todo.

La melodía se interrumpió de repente.

Mis manos temblaban, un chirriante sonido se había alojado en mis oídos y la cicatriz de mi alma ardía.

—Eso ha sido precioso.

Una voz. Esa voz.

Me sobresalté al descubrir a Bruce apoyado en una de las columnas del salón, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y me

observaba de un modo que me trajo de vuelta a la realidad. Una realidad en la que llegaba tarde.

Me levanté deprisa, cogí la chaqueta que me había quitado durante el trance y, al hacerlo, acabé tirando todas las fotos que había en la mesita junto al piano.

—Ya la has puesto nerviosa.

Aquello sí que no lo esperaba. No reconocí la voz que provenía del sofá, la que recriminaba a Bruce su interrupción, la que me había estado espiando.

—¿Cuánto hace que estás ahí? —pregunté incapaz de ocultar mi nerviosismo.

Un chico moreno, de nariz alargada y mirada profunda, me observaba desde el otro lado del salón. Era altísimo, se le veía enorme incluso sentado.

Él enseñó las palmas de las manos en señal de tregua.

—Iba a saludar, te lo juro —comenzó a decir—. Solo que te has puesto a tocar y me ha sabido mal interrumpirte.

Bruce se separó de la columna.

—Él es Alfred, mi compañero de piso.

—Su esclavo —puntualizó él.

—¿Esclavo?

Quizá no debería haberlo hecho, pero me reí.

Alfred dio un paso hacia mí.

—¿Qué te parece el piso?, ¿te gusta? —preguntó mientras extendía los brazos hacia el precioso salón.

Asentí. ¿A quién en su sano juicio no le iba a gustar?

—De nada.

Alfred se irguió y sus labios se torcieron en una sonrisa orgullosa.

—Estás en paro —le recordó Bruce—, en algo debes ocupar tu tiempo.

Alfred lo miró desafiante. Bruce aguantó el tipo.

Finalmente, Alfred se encogió de hombros.

—Supongo que sí —admitió—. Pero no puedes negar que te tengo como un rey.

—Y yo te lo agradezco —recordó Bruce.

«Yo también lo haría», pensé.

—Aunque el hecho de elegirte la ropa hace que me sienta como tu madre.

Intenté contener la risa, pero se escapó a través de mi garganta.

Bruce se sonrojó y Alfred pareció satisfecho.

—Robin es amiga de Bárbara —dijo por fin Bruce tratando de salir del apuro—, por eso nos conocemos.

Alfred alzó las cejas y se acercó, como si aquel dato hubiera sido lo suficientemente importante para presentarse debidamente, por fin.

Di un paso al frente para aproximarme a él, pero algo crujió bajo mis botas. El cristal de aquellos marcos que había tirado segundos atrás, cuando había quedado como la torpe que era.

Me agaché a recogerlos. Todas las fotos eran de Bruce. Es decir, había fotos de él con Alfred, pero no había fotos de Alfred a solas. Sin embargo, había imágenes de Bruce graduándose, bañándose en la playa y una de pequeño disfrazado de un adorable pirata. La que tenía en mis manos, por ejemplo, era de Bruce esquiando. Me levanté despacio con todas aquellas imágenes entre mis dedos y me di la vuelta para observar el mural de aventuras que tenían colgado en la pared: Bruce escalando, Bruce haciendo *puenting*, Bruce saltando en paracaídas, Bruce practicando taekwondo…

Me percaté de que tenía la boca abierta y me forcé a cerrarla.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —pregunté volteándome hacia él.

No sé cómo ni cuándo, pero se había movido. Se había movido lo suficiente como para estar justo detrás de mí. Sus manos se encontraron con las mías y no respondió a mi pregunta. Nunca lo hizo.

—Te has hecho sangre.

Miré hacia abajo. Un minúsculo corte sobre el índice derecho del que brotaban lo que parecían litros de sangre. Un charco sobre el mármol del suelo. Otro en la banqueta del piano. Una mancha imborrable en mis pantalones nuevos.

Bruce tomó el dedo y se lo llevó a los labios. Quise detenerlo, hablarle de bacterias e higiene, pero una parte de mí solo quería sentir la calidez de su aliento, el tacto de su boca.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos.

Un fugaz pellizco de terror me forzó a retirarme.

Alfred llegó justo a tiempo con una caja de tiritas y algo de desinfectante.

—Tenemos que irnos —dije mientras limpiaba la estúpida herida que había provocado el recuerdo que evocaría aquella noche antes de… *acariciarme*.

Bruce se acercó a la puerta y se agachó para coger algo que yo no alcanzaba a ver.

—Yo arreglaré esto —se ofreció Alfred—. Dale recuerdos a Bárbara de mi parte, es una chica encantadora.

Mi mirada se desvió de Bruce por un segundo. Había muchas maneras de describir a Bar, pero «encantadora» resultaba algo demasiado fino, demasiado moderado para alguien tan explosivo como ella.

—¿La has visto borracha? —sonreí.

Él respondió a mi sonrisa.

—No recuerdo haberla visto de otro modo…

—¿Nos vamos? —le interrumpió Bruce, que había cogido un par de cascos del armario de la entrada.

—Estás de coña.

Me salió de dentro.

Él se rio.

—Solo cojo el bus por conciencia ecológica —dijo lanzándome uno de los cascos—, pero estás a punto de descubrir mi verdadera pasión.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. El casco golpeó el corte que acababan de hacerme aquellas fotos y yo sentí que aquel molesto escozor se propagaba por todo mi cuerpo.

—¿Qué haces ahí parada? —insistió—. Tenías mucha prisa, ¿no es así?

Alfred me dio una suave palmada en el hombro.

—No sabes lo que has hecho —me advirtió—. Se vuelve loco cuando la saca a pasear.

—Deja de asustarla. Volverás de una pieza, Rob —era la primera vez que me llamaba así y me gustó—. Y, quién sabe, quizá incluso

nos dé tiempo de avisar a Bar para tomar algo. Puede que mi esclavo haya terminado sus tareas para entonces y esté dispuesto a acompañarnos.

Le guiñó el ojo a Alfred.

Sentí vibrar mi teléfono. No me hacía falta mirarlo, era Carrie.

—Vámonos —dije emprendiendo el paso hacia la puerta como empujada por una fuerza tan repentina como sobrenatural.

Bruce apenas pudo despedirse de Alfred, el ascensor casi se cierra antes de que pudiera entrar y yo me reí al ver cómo se preocupaba más por salvaguardar su casco que su propia pierna.

Aproveché los segundos de ascensor para enviarle un mensaje a mi hermana.

De camino.

No del todo cierto, no del todo mentira.

Bruce suspiró.

—No escoge mi ropa, ¿sabes? —dijo sacándome de mi ensimismamiento—. Es que siempre es bueno tener una segunda opinión cuando no te decides…

Se estaba justificando. Ya casi había olvidado aquella parte de la conversación, pero él se estaba justificando. Lo cual solo indicaba que, de algún modo, lo que yo pensara era importante para él.

13

Maldita dulzura – Vetusta Morla
Entonces

Los amigos de Jack eran… peculiares. No quiero decir que eso fuera malo, mis amigos también lo eran, solo que se trataba de un tipo de peculiaridad con la que me sentía cómoda. Sin embargo, con ellos… Con ellos no funcionaba así.

De todas formas, estaba con Jack. Estar con él me hacía sentirme a salvo, como si pudiera permitirme ser yo misma sin preocuparme. Me había sorprendido que me invitara a salir con sus amigos, aunque, al mismo tiempo, me había parecido lógico. Como si fuera el siguiente paso.

Ivy y Selina estaban allí.

Eran mis faros en medio de aquel mar extraño.

Estábamos en uno de esos locales de Gotherdam que preferiría no conocer. Y, también, en uno de esos locales de Gotherdam que más te valía conocer si no querías acabar inconsciente abandonada en cualquier callejón.

Jack estaba encima de mí.

Yo estaba encima de él.

Bailar no era lo suyo, pero a mí me encantaba hacerlo. No me importaba que sus caderas fueran incapaces de emanciparse del resto de su cuerpo, no pasaba nada porque pareciera una especie de espantapájaros mecánico. Ni siquiera me detuve a pensar en cómo se nos vería desde fuera porque yo estaba dentro.

All in.

Nuestros cuerpos pegados el uno al otro. Sentía su calor más incluso que el mío propio. La dureza oculta entre sus pantalones se apretaba contra mis caderas y nuestros labios eran incapaces de despegarse. Sus brazos rodeaban mi cintura y mis manos ascendían a través de su nuca hasta perderse en su cabello.

Harleen también estaba allí esa noche.

Estaba y no estaba. A veces era así.

Su estado de ánimo siempre dependía del momento en que se encontrara, le daba igual guardar las apariencias, le daba igual que pudiera hacer daño. Si estaba triste, lo estaba con todos. Si estaba feliz, lo estaba con todos. Y, si estaba enfadada, también lo estaba con todos.

Aquella noche se encontraba frustrada. Harleen y yo no nos conocíamos desde hacía mucho, pero siempre se movía en coche y en más de una ocasión me había llevado a casa. Lo curioso era que, pese a lo poco que habíamos coincidido, en todas y cada una de las ocasiones en que me llevó a casa en su coche, acabamos manteniendo profundas conversaciones sobre sentimientos.

Había pasado poco más de una semana desde la última *terapia*. Era extraño como, en aquellos instantes de intimidad, Harleen se convertía en alguien sensible y… *blandito*. Llevaba unas semanas hablando con su ex, una chica con la que había compartido casi diez años de su vida y con la que parecía que quisiera compartir diez más. Aunque, bueno, eso fue lo que pensé en el coche, cuando me habló de lo mucho que la quería y de lo intensas que estaban siendo aquellas conversaciones; cuando me dijo que quería demostrarle que valía la pena volver a estar juntas y que sentía con cada fibra de su ser que ambas querían estarlo.

Yo también hablé del amor. Fue raro porque no lo hice del modo pragmático en el que solía hacerlo. No. Hablé del amor más romántico y emocional, del que la gente suele comparar con mariposas en el estómago y dolor en el pecho. El tipo de descripciones que nunca llegué a entender, descripciones que se asemejaban más a correr una maratón cuando tu forma física es

deplorable, descripciones que cada vez cobraban más sentido, descripciones que yo misma empezaba a utilizar.

Aquella noche, de fiesta en aquel antro, la Harleen del coche había desaparecido. No había ni rastro de ella. Nada de sensibilidad o blandura. Todo era efusividad e intensidad. Podía ver la cara de Ivy, su expresión de hartazgo cuando Harleen le recriminó por octava vez que no bailara. Ivy no era de las que se dejaban influir por las palabras de nadie, la presión social no la afectaba, ella hacía las cosas cuando quería. Si quería beber, lo hacía. Si quería comer, lo hacía. Si quería sentarse y no hablar con nadie, lo hacía. Y, por supuesto, si quería bailar, lo hacía.

El problema era que no quería. Aunque no hubiera sido realmente un problema si Harleen no se hubiera puesto tan pesada, si la negativa de Ivy a obedecer no hubiera desencadenado una lista de unos cinco insultos. Insultos dóciles, casi inofensivos, pero insultos.

Sosa.

Aburrida.

Muermo.

Coñazo.

Estúpida.

Cloc. Cloc. Eran como gotitas. Gotitas golpeando el cristal de un vaso que se esforzaba por encontrar el agujero que lo mantuviera vacío.

Me acerqué a ella dispuesta a ser su agujero.

Puso los ojos en blanco y suspiró con alivio al tenerme con ella.

—La quiero mucho, pero qué pesada es Harleen… —murmuró con hartazgo.

Me encogí de hombros. Sí que era pesada.

—Ha bebido demasiado —comenté tratando de encontrar una justificación válida.

Ivy negó con la cabeza.

—No ha bebido tanto.

Me reí.

—No me pongas más difícil defenderla —bromeé.

—Pues no lo hagas —dijo siguiendo la broma.

Entonces, apareció Sel con cuatro trozos de *pizza* en las manos. Ni siquiera estoy segura de cómo se las había arreglado para que le cupieran, pero ahí estaba, repartiendo comida para paliar los efectos del alcohol en nuestros cuerpos.

Cuatro quesos para Ivy, hawaiana para mí, salami para Harleen y, por supuesto, la de atún para ella.

Ivy y yo nos quedamos bailando junto a la barra, algo alejadas del resto. Ella lo necesitaba para no responder las —involuntarias— provocaciones de Harleen.

Entonces, algo me acarició la cabeza. Una ligera sacudida en mi cabello.

Cuando me di la vuelta, Bruce estaba ahí.

—¿Qué se os ha perdido en este sitio de mala muerte? —buscó algo detrás de mí, probablemente a Bárbara.

—No está —sonreí.

Él frunció el ceño al principio, aunque, en cuanto comprendió lo que quise decir, sus cejas se alzaron sorprendidas.

—¿Y cómo es posible? ¿La han secuestrado o algo? —bromeó—. ¿Desde cuándo se pierde Bar una fiesta? O, mejor, ¿desde cuándo salís separadas vosotras?

Me encogí de hombros.

—Yo también tengo una vida, ¿sabes? —dije antes de darle un bocado a la *pizza*.

Él sonrió. Maldita sea. Ya me gustó entonces.

Jack, me gustaba Jack.

—Disculpe usted —dijo alzando las manos en señal de rendición—. No quería importunarla, Doña Vida Propia.

Ignoré su conato de burla y le ofrecí la *pizza*.

Creo que había bebido algo más de la cuenta porque jamás hubiera actuado tan decidida con él. Bruce era…, él tenía un efecto especial en mí. Un efecto paralizador y fascinante. No era como con Jack, no era yo misma con él, sino alguien incapaz de actuar sin sentirse como una auténtica estúpida. Pero estaba borracha, gracias a Dios.

Él observó el gesto durante unos segundos, como si se estuviera preguntando si aquello estaba bien. Segundos que me resultaron

eternos. No había bebido tanto como para no darme cuenta de que, si me dejaba con la *pizza* en la mano, sería una humillación.

Una parte de mí respiró hondo cuando por fin mordió. La otra sintió cosquillas por todo el cuerpo.

Ivy nos estaba mirando.

Aunque no era la única.

No sé cuánto tiempo llevaba allí, pero Jack estaba de pie a mi lado observando fijamente a Bruce. No tenía una actitud agresiva ni violenta, era más como si hubiera llegado allí por casualidad, como si la fiesta le hubiera guiado hacia el sitio en el que me encontraba.

Saludó a Bruce.

—Eres amigo de Ozzy, ¿verdad? —dijo.

Él arqueó una ceja.

—Es mi primo —respondió desviando algo la mirada—. Si nos ves juntos, créeme, es por compromiso.

Era una broma. Al menos, Jack lo tomó así.

—Me llamo Jack —se presentó extendiendo la mano.

—Bruce —respondió tomándola—. Creo que me suena tu nombre, ¿de qué conoces a mi primo?

Jack se encogió de hombros.

—Ya sabes, de aquí y de allá… Al final, Gotherdam es un pañuelo.

Y tenía razón, la mayoría de las veces lo era.

De pronto, unas manos finas con perfecta manicura acariciaron los hombros de Bruce. Escalaron por su espalda y se anclaron a las cimas de aquella musculosa montaña.

—Aquí estás —le sonrió al oído.

Era una chica rubia de nariz respingona y labios gruesos. Una chica con los ojos grandes y pestañas infinitas. Una chica preciosa.

Él no pareció sorprenderse. La miró, la reconoció y sonrió levemente. No era su sonrisa de siempre, era otra más tímida, más sugerente.

—Vamos, nos están esperando —dijo ella.

Bruce asintió.

—Me reclaman —le tendió la mano a Jack que la apretó con firmeza y, después, me miró a mí—. Nos vemos pronto.

Asentí.

No quería admitirlo entonces, pero estaba celosa. Sentí celos por el modo en que ella podía tocarlo, por la cercanía con la que se dirigía a él, pero, sobre todo, por la forma en la que él la había mirado.

—Salgamos —dijo Jack de pronto.

—¿Por qué? —preguntó Ivy.

—Harleen está… —pareció pensárselo un segundo—. No está bien —dijo por fin.

Y no lo estaba.

Apenas salimos del local, la encontramos sentada en un portal con Selina acuclillada frente a ella.

Nos acercamos, Ivy se arrodilló junto a Sel para hablar con Harleen, para preocuparse por ella. Apenas duró unos segundos. Harleen no quería hablar con ella, simplemente, no quería. Aquella noche había decidido odiar a Ivy.

Selina se levantó para consolar a Ivy. Ella no había abierto la boca, no había mostrado que el rechazo de Harleen le dolía, sobre todo cuando era así de gratuito, pero Selina la conocía tan bien como yo. Quizá ahora le tocaba a ella actuar de agujero.

Llegó mi turno. Me senté junto a Harleen en el portal. Jack nos observaba de pie frente a nosotras. Él no gestionaba bien las explosiones emocionales, ver a alguien llorar, gritando o expresando más de la cuenta le estresaba. Quizá por eso mantuvo las distancias con Harleen. Quizá por eso me tocó a mí consolar a su amiga.

—¿Qué ha pasado? —me interesé.

Ella lloraba. Se esforzaba por contener las lágrimas, por mantener aquella imagen de mujer fuerte e indestructible, pero lloraba. Aquel dolor, fuera el que fuera el origen, era más poderoso que ella.

—Alexis me ha contado —aquel nombre fue como una aguja en mi pecho, pero me obligué a ignorarlo— que ha hablado con Dinah.

Hablaba a trompicones incapaz de dejar fluir el llanto, prefería hacer pausas cada dos palabras para seguir manteniendo su imagen. Hice un tremendo esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

«Llora, maldita sea». Pensé.

Dinah era su ex, no sabía lo que vendría después, pero cuando se habla de un ex, una de dos: o se grita o se llora. La mayoría de las

veces ambas cosas.

—Dice que me he emocionado más de la cuenta —confesó con voz temblorosa—. Que en ningún momento me dijo de volver, que solo hemos hablado como viejas amigas… —Me miró—. Me ha hecho quedar como una loca, Robin.

Sus ojos titilaban empañados por las lágrimas.

Me puse seria.

Me daba igual que no quisiera llorar, que no quisiera revelar esa parte sensible y emocional que, por otro lado, era la única que me había hecho sentir ganas de acercarme a ella. Tomé su barbilla con el pulgar y el índice y la miré fijamente.

—No dejes que *nadie* —enfaticé aquella palabra— te haga pensar que estás loca. Tú sabes lo que has vivido, Harleen. Que nadie te haga dudar de ti misma.

No me gustaba la gente cobarde. No me gustaba que Dinah le hubiese hecho creer que seguía queriéndola, que la hubiese invitado a fantasear con otra oportunidad y ahora, de repente, no solo se lo arrebatara, sino que jugaba al *nunca dije eso*.

El *nunca dije eso* es el peor juego de todos. Es el juego de los que no tienen las cosas claras, el juego del que apuesta sentimientos y, cuando llega el momento de pagar, nunca tuvo nada. Pero para jugar al *nunca dije eso* hacen falta dos, uno que apuesta y otro que iguala. Y el que apuesta es el que pierde, simplemente porque es el único que tiene algo que perder. Al final de la partida, cuando llega el momento de levantar las cartas, el que apuesta tiene mano ganadora, pero, al reclamar el premio, el que iguala no solo no tiene nada que ofrecerle, sino que, además, realmente nunca apostó nada. *Él nunca dijo eso*. Él solo seguía el juego.

Y eso había hecho Dinah. Seguir el juego y abandonar la partida cuando tocaba pagar. Harleen había apostado, había hablado y había perdido.

Selina se acercó y se agachó junto a nosotras.

—Vámonos a casa, ¿vale? —dijo en tono dulce—. Mañana mataremos a quien haya que matar, pero creo que por hoy es suficiente.

Harleen asintió.

Se levantó y se dejó acompañar por Sel y Ivy. Yo me quedé atrás con Jack.

Caminaba junto a mí en silencio. Era uno de esos molestos silencios en los que algo hablaba a gritos. Algo que no conoces, pero intuyes. Algo que, casi siempre, resulta ser culpa tuya.

—¿Estaba buena la *pizza*? —habló de pronto.

Lo miré algo perpleja. Sinceramente, casi ni recordaba haberme comido una *pizz*a.

—Aunque, claro, quizá debería preguntárselo al tío ese… —continuó—. Bruce.

Hubo desprecio en su tono. Ni rastro de la camaradería con la que se habían presentado. Jack entrecerró los ojos y apretó la mandíbula al pronunciar su nombre. No era exagerado, él, al igual que Harleen, quería fingir que no le importaba. Así que hablaba medio en broma, medio en serio. Aunque yo nunca hacía esas bromas.

Me reí.

No sé si hice bien, pero decidí que era mejor seguirle el juego. Creerme que solo estaba divirtiéndose.

—¿Estás celoso? —pregunté con tono juguetón—. ¿Por una *pizza*?

Él me miró por el rabillo del ojo.

—Por una *pizza* no, por la forma en la que se la has dado —puntualizó—. ¿Quién es para que lo alimentes? Y luego está esa forma de mirarte, de despedirse, «Nos vemos pronto», ¿quién se cree que es?

Se delató con aquella pregunta, con la rabia que dejó ver cuando la formuló. Pero, apenas se dio cuenta, me rodeó la cintura con su brazo y me atrajo para sí. Sus labios se acercaron a mi oído, sentí la calidez de su aliento rozando mi oreja y se me erizó la piel.

—Y lo peor es que no le has dicho que no —susurró.

Me dio un mordisco en el cuello. Uno intenso. Lo justo para que, aunque doliera, me gustara.

Puse los ojos en blanco mientras continuaba besando mi cuello.

—Pero estás conmigo. Eres mía.

Lo dijo en un segundo, así de fácil. Con la boca pegada a mí, los dientes marcándome el cuello y su lengua lamiendo mi piel. Con los

brazos rodeando mi cuerpo y las manos deslizándose más allá de mi espalda.

«Estás conmigo» eran palabras prohibidas, normalmente. Palabras para las que no estaba preparado todavía. *Todavía*. Y las dijo con tal rapidez, tal facilidad, que pensé que era cierto. Estaba con él. Era suya.

Quizá más tarde, cuando el sol volviera a salir, me daría cuenta de que no eran sus sentimientos por mí lo que sacó a relucir aquella luna. Quizá más tarde, cuando la vida recobrara su claridad habitual, descubriría que no hay nada más instintivo que la territorialidad entre dos machos alfa. Ni nada más reactivo que un ego herido.

Pero eso sería *quizá* más tarde. *Quizá*…

14

Fade Away – Susanne Sundfør
Ahora

La espalda de Bruce era lo más fuerte a lo que me había agarrado jamás. El aire frío de Gotherdam nos golpeaba a toda velocidad mientras su moto se colaba entre coches atravesando callejones en dirección contraria para llevarme a tiempo a la cita con mi hermana.

Dios, era tan ancha que casi no podía agarrarme.

Bueno, miento. Me agarré bien. Muy bien.

Por debajo de su chupa de cuero, mis brazos rodeaban aquel cuerpo cálido y trabajado. Podía sentir sus músculos incluso a través de la ropa. Agradecí el frío que hacía, el viento congelado que impactaba contra mi piel; agradecí lo rápido que conducía Bruce y el miedo con lo que aquello lograba distraerme.

Me dejó frente al portal del psicólogo.

Carrie estaba allí, de pie, esperándome. Y me hubiera esperado con gesto torcido y cara de pocos amigos si la aparición de Bruce no la hubiera fascinado por completo.

Bajé de la moto sintiéndome como la protagonista de una película para adolescentes.

—Ya era hora —dijo mucho menos enfadada de lo que lo hubiera estado si quien me hubiera traído fuese un conductor de autobús cincuentón con cara de querer acabar cuanto antes su jornada laboral.

—Culpa mía —se disculpó Bruce al tiempo que se quitaba el casco —. La he obligado a ver mi álbum de fotos personal.

Bruce me guiñó un ojo y agradecí llevar pantalones, porque creo que se me cayeron las bragas.

Aquello pareció pillar desprevenida a Carrie.

Le di un ligero golpe en el brazo.

—Anda, vete —pedí, necesitaba recuperar la palidez habitual en mis mejillas—. Seguro que tienes mejores cosas que hacer.

—Tengo cosas que hacer —dijo mientras se preparaba para volver a ponerse el casco—, aunque no sé si *mejores*.

Se despidió y se marchó tan rápido como habíamos llegado.

Carrie se quedó embobada mirando la estela de *sex-appeal* que había dejado tras él.

—Me encanta ese chico —murmuró embelesada antes de voltearse hacia mí—. Dime que no le has contado lo que venimos a hacer aquí.

Puse los ojos en blanco, odiaba que perpetuara el estigma. Pero mi hermana era de esa corriente de pensamiento, los psicólogos eran para los locos. No sé cuál me parecía peor, si esa o la de «son unos sacacuartos, no sirven para nada». El caso es que, la mayoría de las veces, lo mejor era dejarlas correr. Tenía la suficiente experiencia como para saber que discutir con alguien sobre eso era como darse cabezazos contra una pared.

Pero mi hermana estaba tan desesperada por mejorar, por dejar de sufrir, de obsesionarse con Harvey, con lo que estuviera haciendo y con la idea de volver con él, que incluso terminó accediendo a mis peticiones, pese a sus innumerables reservas al respecto.

—No hablo de ti con la gente. No eres el centro de mi mundo.

Mentira. A medias. Hablaba de ella con mis amigos, pero no lo había hecho con Bruce. Y por supuesto que no era el centro de mi mundo.

Carrie me sacó la lengua.

Pero pronto apareció su sonrisa y en su rostro se formó un divertido gesto.

—¿Y de qué hablas con él? Si puede saberse…

Picardía. Era buena señal.

Quería jugar, así que acepté la partida.

—De sexo —apenas lo dije, la cara de mi remilgada hermana cambió—. De lo que me hará esta noche cuando estemos desnudos el uno frente al otro, de los sitios por los que pasará su lengua y meterá su…

—¡Para! —gritó escandalizada—. ¡Serás cerda!

Me reí.

—¡Tú querías saberlo! —exclamé.

Ella me dio un golpecito en el hombro.

—Anda, cállate y vamos. Llegamos diez minutos tarde.

Había sido una broma. Un juego con Carrie en el que había ganado. Pero creo que todavía me temblaban las piernas mientras subía las escaleras de aquel edificio antiguo de la zona norte. La simple idea de imaginar a Bruce desnudo sobre mí, acariciándome, lamiéndome y… No. Carrie tenía razón, era mejor parar.

♥

Aquella noche, después del psicólogo, la invité a cenar.

Acabamos medio borrachas por culpa de un delicioso vino tinto que me había empeñado en probar. Y el alcohol fue el empujoncito que le faltaba a mi hermana para empezar a preguntar.

A ella solo le interesaba Bruce; desde cuándo lo conocía, dónde, cómo, cuántos años tenía, si tenía novia, si la había tenido, a qué se dedicaba… Con tanta preguntadera me di cuenta de lo poco que sabía de él.

—Deberías enviarle una foto —dijo de repente.

Alcé las cejas.

—¿Quién dice que no lo haya hecho? Mira —traté de hacerme la interesante y fingí buscar en mi teléfono unas fotografías inexistentes—, ¿las quieres con ropa o sin?

Ella apuró la copa.

—Lo roja que te has puesto esta tarde te delata, hermanita.

Sentí tanta vergüenza…

Carrie quizá no me conociera mucho, pero verme reaccionar ante Bruce era algo evidente a ojos de cualquiera.

—Vale, no le mandes una foto —continuó—. Pero debería ver cómo estás ahora mismo.

Enarqué una ceja.

—¿Bebida? —solté con ironía.

—Preciosa.

Carrie lo dijo en serio.

Cogió su móvil y se movió hacia mí.

—Ven, acércate. —Extendió el brazo.

—No. Venga, Carrie, ahora no —me negué leyendo sus intenciones.

—Vamooos… —pidió en tono infantil—. Hazlo por tu hermanita que va a terapia.

Chantaje emocional, su especialidad desde que éramos pequeñas.

—Ni siquiera tienes que compartirla, es solo para mis redes sociales.

Al final, la complací.

Y un par de copas más tarde, volví a hacerlo cuando me convenció para compartirla.

—Verás como reacciona —dijo refiriéndose a Bruce.

Pero no fue de él el mensaje que recibí.

Quiero verte.

Jack, por lo visto, no pensaba marcharse. Y yo estaba a una copa más de responder a sus mensajes.

15

Canción de Pop de Amor – Cariño
Entonces

Recuerdo cuando Harleen me preguntó qué tres cosas le pediría a un hombre. Yo seguía con mi plan, así que lo había pensado bastante y lo tenía claro.

—Que sea divertido, honesto y valiente.

Ella frunció el ceño. Como si hubiese dicho algún tipo de locura.

—¿Valiente?

Asentí.

Estábamos sentadas en la azotea de casa de Sel, tenía un par de sofás, otro de sillones y decenas de cojines. Ella había ido a por bebidas y el resto nos habíamos quedado hablando. Ivy me observaba, paciente, como si también quisiera escuchar mis explicaciones.

—Ya sabes, alguien que no tema darlo todo —dije—. Intentarlo sin miedo al: «¿Y si no sale bien?»; porque, ¿y si sí?

Ella tomó la cerveza que le acababa de ofrecer Selina, tenía la mirada fija en la mesa donde Ivy apoyaba los pies y asentía como si aquello hubiera sido algo que no hubiera escuchado nunca.

—Bueno, otra cosa no, pero Jack es divertidísimo —dijo antes de dar un trago.

Todavía no había tenido mi primera cita con Jack por aquel entonces, solo hablábamos cada día de cada cosa, pero sabía que

Harleen no daba puntada sin hilo. Había querido ejercer de casamentera desde el día en que nos presentó.

No sé por qué me acuerdo de aquella conversación, igual que tampoco supe por qué la recordé aquel día. El día que la venda se empezó a caer.

Era mi cumpleaños.

Mi madre nunca celebraba los cumpleaños con nosotras porque le recordaban que se hacía mayor. Vieja. Era, quizá, lo único que Carrie era capaz de recriminarle. Siempre había sido la típica persona que esperaba su aniversario con ilusión, como si fuera el mejor día del año. Su día. Pero todos los días eran el día de Carrie, lo habían sido siempre, aunque ella no lo supiera.

A mí, sin embargo, no me resultaba tan importante cumplir años.

El año que conocí a Jack, no entiendo bien por qué, sí me apetecía celebrarlo. Mis amigos estaban acostumbrados a que me negara en rotundo, a que aceptara salir a cenar y poco más. Por lo que en aquella ocasión no fue diferente. Bueno, quizá sí lo fuera un poco. Quizá fuera por él.

Jack llegó, me besó y se unió al grupo como uno más.

James me dio un ligero codazo mientras los demás debatían hasta qué punto era legal el uso de las inteligencias artificiales. Jack era su férreo defensor, por lo que la discusión estaba asegurada con Bárbara y Selina.

—¿Te gusta? —me preguntó James aprovechando el barullo que tenían montado los demás.

Asentí.

—¿Mucho? —insistió.

Miré a Jack un instante. No sabía qué era, pero había algo en él con lo que conectaba. Algo que me hacía sentir que siempre estaríamos unidos. De alguna forma.

Asentí efusivamente y una sonrisa escapó de mis labios.

James lo observó también. Fue casi un análisis, mejor dicho. Y yo lo conocía lo suficiente como para saber que nuestros sentimientos hacia Jack eran tan opuestos como luz y oscuridad. Pero no dijo nada.

Jack apoyó su mano en mi muslo y apretó mientras se reía de algo que había dicho Selina. El mero contacto de nuestra piel desprendía electricidad.

No pudimos contenernos más de diez metros después de despedir a mis amigos. Jack se dio la vuelta en plena calle y se paró frente a mí. Me abalancé sobre él rodeándole el cuello con los brazos y lo besé.

El frío de la calle no era nada para nosotros. Sus mejillas estaban congeladas, igual que mi nariz, pero la calidez de nuestros cuerpos nos mantendría vivos aquella noche. Las ganas lo harían.

Tardamos media hora más de lo habitual en llegar a su piso. Había bebido un poco, por lo que tenía demasiada energía que liberar. Encendí el altavoz y me puse a buscar música en su móvil, él fue a por una botella de vino que conservábamos de la cita número…

—¿Cuántas citas llevamos ya? —dije.

Él se echó hacia atrás y rio.

—No lo recuerdas, ¿eh? —negó con la cabeza—. Muy mal por tu parte…

Se disponía a servir un par de copas cuando lo detuve. Mis dedos rodearon el cuello de la botella y me la llevé a los labios.

Él observaba cómo el vino pasaba a través de mi garganta. Una gota escapó por la comisura de mis labios, resbalando por mi cuello y cayendo más allá… Mucho más allá.

Jack puso ambas manos sobre mi cintura, me atrajo hacia él y apretó su boca contra mi piel. Su lengua acarició mi esternón mientras sus dedos jugaban con mis pechos.

Un gemido se ahogó en mi garganta.

Él me levantó con ímpetu y me sentó sobre la mesa del comedor. Le ofrecí el vino y le di de beber. Nuestros ojos no se miraban, se comían. Dio un trago y me arrebató la botella para dejarla sobre la mesa con tanta fuerza, que creí que el cristal se partiría.

Pero fui yo la que se partió cuando comenzó a devorarme despacio. Me eché hacia atrás, su mano rodeándome el cuello, mi espalda arqueada y el frío vidrio besando mi piel.

Jack apoyó las manos en mis muslos incrustando sus dedos en mi carne. Descendieron al tiempo que me hacían abrir las piernas. Y

entonces, él se arrodilló. Su lengua jugó con mi cuerpo tocándolo de una forma que agitó mi respiración. Sus brazos rodeaban mis piernas y sus manos me mantenían presa de su agarre.

No podría ir a ninguna parte.

No *quería* ir a ninguna parte.

Bebía de mí, de cada parte de mi ser que en aquel momento se concentraba entre mis piernas. Mi mente no reaccionaba, todo era puro escalofrío, pura excitación. Mi voz se había perdido en algún lugar y solo había caos, éxtasis, locura…

Hubo gritos y, de pronto, vacío.

Su mechón verde todavía asomaba entre mis piernas cuando comenzaron a temblar. Él me miró orgulloso y yo…

Yo me reí.

Nos sonreímos.

Me incorporé, él se levantó para besarme y, después, dejé que el vino viajara por mi garganta en busca de mi voz perdida.

Me levanté de la mesa mientras Jack observaba cada uno de mis pasos.

Lo agarré por el cuello de su camiseta, con la botella en la otra mano y lo conduje hasta su habitación. Continuaba hambrienta.

Él no opuso resistencia alguna. Creo que, incluso antes de que lo hiciera, lo había imaginado. Puede que no estuviéramos preparados para muchas cosas todavía, pero para eso lo estábamos. Dios, creo que nadie estaba tan preparado para eso como nosotros dos.

Nos detuvimos frente a su cama, le di la botella para que la sostuviera y, mientras él bebía, comencé a quitarle la ropa. Besé la parte baja de su abdomen mientras me dejaba abrazar por el calor que emanaba de ella, mis manos descendieron a través de su espalda y dejé que mi lengua acariciara la parte más dura de su cuerpo.

Jack puso los ojos en blanco y yo me reí contra su piel.

Cuando su corazón latía más allá de su pecho, cuando mordía su labio inferior en el inútil intento de contenerse, cuando su respiración se entrecortaba y su boca solo era capaz de maldecirme por un placer que escapaba de su control… Me levanté.

Nos quedamos de pie el uno frente al otro.

Le sonreí con malicia y Jack me respondió.

Su mano se deslizó a través de mi vientre y sus dedos se hundieron en la humedad que aguardaba para él. Solo para él.

Su sonrisa se ensanchó.

No sé qué macabras ideas cruzaron su mente en aquel momento, porque el destello de malicia fue un auténtico relámpago en sus ojos, pero no le di tiempo de actuar. Lo empujé sobre el colchón, coloqué mis rodillas a ambos lados de su cuerpo y dejé que se hundiera dentro de mí.

Los dos gemimos.

Llenos como estábamos, unidos, conectados… Gemimos una y otra vez mientras me movía sobre su cuerpo en busca de un placer aún mayor. Si es que existía.

El vino continuaba con nosotros, acompañándonos en cada vibración, en cada estremecimiento…

Cuando no bebía él, bebía yo.

—Nunca lo he hecho así —susurró mientras su propio placer le interrumpía.

No contesté.

Volví a beber con mi cuerpo completamente dueño del suyo. Era mío. Solo mío.

Su mirada empezaba y acababa en mí. Yo era todo cuanto podía ver en aquel momento. Todo cuanto existía.

El universo se había reducido a nosotros dos en aquel preciso instante. A nuestros cuerpos, a nuestro olor, al calor que irradiábamos, al deseo, a las ganas…

Cada vez más contenido, cada vez más compacto. Toda la energía concentrada en un punto que no queríamos soltar, queríamos quedarnos ahí para siempre.

Pero estalló.

Estalló liberándonos de una realidad que nos oprimía.

Estalló condenándonos a un regreso a lo anodino, a lo mundano.

Estalló sentenciándome a una verdad para la que no estaba preparada.

Pero esa es otra historia…

16

Tutto per me – Michele Merlo
Ahora

Cada vez era más complicado evitar contactar con Jack. Daba igual que le hubiera pedido que no me hablara, que necesitaba cicatrizar, daba igual que hubiera establecido ciertas normas porque él ya había demostrado que no le importaba. Se las iba a saltar.

Tenía actuación aquella tarde. Agradecí tanto poder meterme en la piel de alguien más, escapar de la tentación de volver a verlo y luchar contra la esperanza de que las cosas pudieran ser diferentes ahora.

El local tenía capacidad para cien personas, creo que se habían vendido solo trece entradas. Para alguien supersticioso sería mala señal, para mí eran muchas. Sobre todo tal como estaban yendo las cosas últimamente.

Tenía una pinta horrible cuando me miré al espejo. Había hecho lo posible por maquillarme como una prostituta asesina decente, pero no lo había conseguido. Casi parecía más una madre de trillizos que, pese a haber experimentado una sorprendente recuperación tras el parto, continuaba muy cansada. Cansadísima.

En realidad, no estaba mal. Es decir, creo que cualquiera que me hubiera visto aquella tarde no hubiera notado nada fuera de lo normal. Estaba tan guapa como podía estarlo alguien de rasgos anodinos y cuerpo normativo. Alguien así, aunque maquillado, claro, que siempre era un poco más. Sin embargo, yo podía ver más allá.

Más allá del corpiño verde, más allá del vestido de gasa, más allá de la sugerente raja que dejaba entrever mis muslos… Era como si, allí de pie, frente al espejo, pudiera ver a través de mis ojos. Como si pudiera ver el aspecto de mi alma; consumida, humillada, agotada…

Como si acabara de cruzarme con un *dementor* por la calle.

Aunque era extraño, porque Gotherdam estaba tan lleno de *muggles*…

Cuando salí a escena. O, mejor dicho, cuando Betsy lo hizo, no había ni rastro de la inseguridad que me había invadido segundos atrás. Betsy era decidida, descarada, valiente y una auténtica *sincericida*. Quizá eso fuera lo único que no me gustaba de ella, no era necesario decir siempre lo que piensas, no cuando no va a aportar nada. Betsy… Solía pensar que la vida sería más fácil si nos permitieran fusionarnos en una.

A la gente también le gustaba mi pequeña loca homicida. Se vengaba de los hombres que trataban como escoria a sus compañeras prostitutas, se vengaba de la vida que le había tocado vivir tras el asesinato de sus padres una noche, cuando salían del teatro Monarquía.

Algo se encogía en mi pecho cada vez que tenía que interpretar aquella parte, algo terroríficamente familiar, tan enterrado en el fondo de mi recuerdo que no era más que un eco traducido en escalofríos.

Todas. Absolutamente todas las personas que acudieron aquella noche al Club Romeo, las trece, aplaudieron como locas cuando bajó el telón. Incluso el viejo que se anclaba a la barra todas las tardes, excepto los domingos y los lunes. Lo de los domingos no sé por qué era, pero los lunes estaba cerrado.

Cuando los focos se apagaron y el ambiente tenue del Romeo se descubrió ante nosotros, la luz de una sonrisa me robó el aliento.

Estaba ahí.

Bruce.

Aplaudiendo sonriente sentado en el mismo sitio donde tantas veces había imaginado a Jack. Pero no era Jack, nunca había sido Jack.

Esas cosas solo las hacía Bruce.

17

Tequila – Roy Borland
Entonces

Tumbados en su cama, el uno frente al otro, todavía desnudos. Me acariciaba la espalda con los dedos y yo le observaba mientras trataba de asimilar aquella sensación. Era paz, plenitud, felicidad…

—No me mires así —dijo él.

De golpe, retiró su mano y una sonrisa compasiva se dibujó en su rostro.

Fruncí el ceño.

—¿Así cómo?

—Como si me quisieras.

El primer golpe llegó tan rápido que tardé un rato en ser consciente de él. Era Jack, se había asustado y marcaba los límites de nuevo.

—Bueno, yo… —hice un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas—. Me gustas. Me importas.

«Te quiero» era demasiado grande para él, pero no tan distinto de lo que dije para mí.

Se dio la vuelta sobre el colchón y se quedó tumbado boca arriba.

Suspiró.

—¿Qué? —volví a tirarle de la lengua.

«Sea lo que sea, escúpelo». Pensé mientras temblaba por dentro.

—Es tu cumpleaños —recordó—, no quiero hablar de cosas tristes.

—Es más triste tu silencio.

Él me miró y extendió la mano hacia mi mejilla. Sentí su caricia fría en aquella ocasión.

—Ya te dije que no estoy preparado para eso todavía.

Volví a esforzarme por no decir algo inapropiado, por no hablar más de la cuenta, pero como sentía aquella emoción removiéndolo todo dentro de mí, supe que lo mejor sería callar.

A él le impacientó mi silencio.

—Lo pasé muy mal, Robin —trató de excusarse—. La última vez que me enamoré… En fin, ella era todo para mí.

Más silencio.

—Todo, Robin —repitió, por si no había sido suficiente con oírlo una primera vez—. Cuando se marchó yo… En fin, no sé si podré volver a sentir aquello por nadie.

Entrecerré los ojos. Una parte de mí le odiaba en aquel momento, pero otra, otra mucho más grande, se compadecía.

—No se trata de sentir aquello, sino de dejar paso a algo nuevo.

Él me miró escéptico.

Yo, como una boba, me reí.

—Si no funcionó, fue por algo —insistí.

—No me presiones, ¿vale?

Me callé. Eso era lo último que quería.

—No podemos solo… ¿fluir?

Y ahí estaba. El principio del fin. Pero yo tenía algo en mitad de los ojos, algo que me impedía ver con claridad, algo muy molesto y prácticamente imposible de eliminar: esperanza.

Me abrazó. Me sentí extraña porque, aunque deseaba devolverle aquel abrazo con todas mis fuerzas, lo sentía demasiado lejos siquiera para intentarlo.

Lo único a lo que pude aferrarme fueron sus palabras, esas que ya no decía.

«Cuando te conocí… me volví loco».

«No puedo dejar que se me escape».

«Estás hecha para mí».

18

Hoppípolla – Sigur Rós
Ahora

—¿Qué haces aquí?

Mi sonrisa me delataba. Ver a Bruce allí, que hubiera venido a verme actuar, era casi un sueño.

—Quería invitarte a una fiesta —él también sonreía—. Bar me ha dicho que tenías que trabajar y he decidido venir a recogerte.

Enarqué una ceja.

—¿Una fiesta?

—Un pequeño tributo para con los más desfavorecidos.

Continuaba del todo desconcertada.

—Vas a tener que ser más concreto.

Él sonrió pícaramente y me tomó de la mano para arrastrarme hacia el exterior. Ni siquiera pude despedirme de mis compañeros.

—¿Dónde vamos? —pregunté mientras corríamos por las calles de Gotherdam.

Me costaba hacerlo. Nunca me hubiera puesto aquellos taconazos de haber sabido que iban a secuestrarme para obligarme a correr. Mis tobillos estaban expuestos al peligro. Un paso en falso y estarían perdidos.

Sin embargo, por alguna extraña razón, mi integridad física perdía importancia bajo la luz de las farolas, los adoquines lustrosos a causa de la lluvia reproducían el reflejo de nuestras figuras

correteando por aquel callejón y el silencio de la noche era el escenario perfecto para sentir los latidos de mi corazón.

—¡Estoy siendo concreto! —exclamó sin dejar de correr.

Llegamos a la parada justo a tiempo de coger el once.

Bruce pagó por los dos y caminamos hacia el fondo de un autobús completamente vacío. Pero, pese a la gran cantidad de opciones disponibles, no nos sentamos. Me recliné sobre uno de los laterales aferrándome a la barra de metal que tenía justo a la altura de mi cintura. Él se detuvo frente a mí con ambos brazos sujetos a la barra que cruzaba por encima de su cabeza.

Nuestros cuerpos se tambaleaban con el vaivén del bus.

—Espero que tengas un buen motivo para estar llevándome al centro a estas horas de la noche.

Y, aunque lo dije en broma, en verdad me preocupaba. El Club Romeo estaba a dos minutos andando de mi casa. El lugar al que íbamos… Bueno, con lo poco que sabía por el momento, ya estaba más lejos.

Él bajó el brazo izquierdo para ojear su reloj y alzó las cejas sorprendido.

—Son las diez de la noche —fingió decepcionarse.

—Soy una adulta responsable, con horarios de adulta responsable —respondí alzando el mentón con orgullo.

Él enarcó una ceja.

—De todas las veces que nos hemos encontrado —dijo dando un paso hacia mí—, esta es la primera que te encuentro trabajando.

Algo parecido a un escalofrío ascendió hacia mi pecho. Contuve el aliento. Era electricidad. Había electricidad ahí.

—Y el resto de las veces —continuó dando otro paso—, no estabas bebiendo como una adulta responsable.

Otro paso.

—Precisamente…

Estaba tan cerca que no quería moverme, no quería ni respirar, tenía miedo de lo que viniera a continuación. De lo siguiente. De cualquier cosa.

—Una adulta responsable necesita ahogar sus penas.

Mi voz sonó demasiado segura para el estremecimiento que mantenía presa mi respiración.

—Y cuáles son tus penas, a ver… —ronroneó.

Sus ojos cerúleos caían sobre mí más brillantes que una noche de estrellas. Sus manos se aferraron a la barra que había tras mi espalda, una a cada lado de mi cuerpo, mi cintura era prisionera de sus brazos y su cuerpo se apretaba contra el mío al tiempo que aquel autobús nos mecía hacia lo inevitable…

—No quisiera abrumarte con ellas, como has dicho que íbamos a una fiesta…

Tenía una sonrisa en los labios y un reto en la mirada, pero todo dentro de mí temblaba. Era como si mi voz no se amilanara ante el poder de su presencia, como si estuviera dispuesta a jugar a pesar de mis reticencias.

Su nariz tan cerca de la mía. Su aliento rozando mis labios.

Bruce estaba a punto de aceptar el desafío que le lanzaba.

Y entonces…

Fin del trayecto.

19

Adrenalina – Samuraï
Entonces

La ciudad tenía un color distinto. O, mejor dicho, había vuelto a tener el de siempre. Desde que había empezado mi historia con Jack, fuera lo que fuera, me parecía que el mundo tenía una luz diferente. O que tenía luz, a secas. Sin embargo, desde aquella extraña conversación él no estaba como siempre. Y creo que yo tampoco, aunque estaba tan concentrada en lo que pudiera estar pasándole que ni siquiera me paré a pensar en mí.

Curioso. Pensar en mí había sido mi prioridad desde que soy capaz de recordar. Pensar en mí y en los pocos que me importaban. Sin embargo, aquel estúpido plan se me había ido de las manos. Pensé que tener pareja era cuestión de proponérselo, pero me estaba dando cuenta de que el amor era algo más complejo. Siempre había parecido fácil: te gusto, me gustas, nos gustamos. Pero había tantas variables…

Hasta entonces, había pensado que Jack y yo éramos uno de esos casos. A mí me había costado un poco más entrar en el juego pero ya estaba dentro. Estaba *dentrísimo*. Sin embargo, la estructura había cambiado, era más bien un: te gusto, me gustas, es complicado.

Mi seguridad se había tomado unas vacaciones y, cuando eso ocurría, era casi imposible que la confianza no la acompañara. Me sentía como si me hubiera presentado a un examen sin estudiar, un

examen sobre un tema que me gustaba, pero que no había preparado. Dudaba de cada pregunta, de cada posible respuesta, dudaba tanto que acababa quedándome bloqueada sin atreverme a actuar.

Dios, odiaba sentirme así.

Era un blanco fácil, un ser vulnerable expuesto a la crueldad de un universo hostil. ¿Qué me pasaba? Era solo un chico. Solo-un-chico. No podía ejercer semejante poder en mí, no podía debilitarme tanto por una simple persona.

Pero ahí estaba. Débil, insegura y vulnerable. La única preocupación de mi mente era averiguar qué había pasado; por qué, de pronto, Jack se mostraba tan diferente; por qué había dejado de hablarme, qué había podido hacer yo para que él cambiase, qué podía hacer para que volviera a ser el de siempre…

Estaba tan enfadada conmigo misma por convertirme en una prolongación de la voluntad de otra persona, en la consecuencia de su capricho, que decidí coger el toro por los cuernos y preguntarle qué le pasaba, si estaba bien, si *nosotros* estábamos bien.

Su respuesta fue tan clara que me hizo dudar.

No le pasaba nada, claro que estaba bien, claro que estábamos bien.

Entonces, solo había una respuesta posible: me estaba volviendo loca.

Estábamos tan bien que podía pasarme días sin saber nada de él.

Estábamos tan bien que pasaban semanas sin vernos.

Estábamos tan bien que nunca me había sentido tan mal por nadie.

—Quizá te estés obsesionando —reflexionó Ivy.

«Sí, quizá sí».

—Pues yo creo que, si te sientes así, es por algo —repuso Bar.

«Yo también».

—Pero él dice que no pasa nada, ¿por qué iba a mentirme? —razoné en voz alta.

—Porque no te está mintiendo, para él no pasa nada —respondió James—. Está marcando el ritmo y para él, está bien así.

Ivy asintió.

—¿Y si para mí no? —reflexioné, de nuevo, en voz alta.

—Díselo —dijo Ivy.

—Lo he hecho —contesté—. Dice que me calme, que todo está bien, pero sigo sintiendo que no es así. Que no es como antes.

—Quizá necesite ir más poco a poco —continuó diciendo Ivy—. Ya te dijo que no estaba preparado, que necesitaba tiempo.

—Pero si fue él el que pisó el acelerador primero —se quejó Bar—. Si no estaba preparado, haberse quedado quietecito.

—Yo pasaría de él —comentó James antes de darle una calada a su cigarro.

Estábamos en la terraza de Ivy. La brisa nocturna me helaba las mejillas, pero me ayudaba a aclarar los pensamientos.

—Tú hubieras pasado de él desde el principio —contestó Bar.

James se encogió de hombros.

—Pues sí, aún no sé qué viste en él —dijo con la mirada perdida en la noche.

Me recliné en la silla, eché la cabeza hacia atrás y suspiré bajo las estrellas.

La verdad era que yo tampoco lo sabía.

¿Había sido mi empeño en tener pareja? ¿Me había presionado a mí misma para forzar algo que no parecía funcionar?

No fue un flechazo, pero las historias de amor no siempre lo son.

Entonces, volví a dudar.

—¿Diríais que esto es una historia de amor? —planteé.

No me hizo falta incorporarme para imaginar las expresiones de mis amigos. Fue como si pudiera ver a James y Ivy mirándose el uno al otro con cara de: «¿Qué le pasa esta?».

Bárbara era la más sensible, la más romántica, la única que podía tomarse en serio aquella pregunta.

—Si te has enamorado, lo es.

—¿Aunque me haya enamorado solo yo? —levanté la cabeza para mirarla.

Vi a Ivy fruncir el ceño.

—¿Y cómo sabes que te has enamorado? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero esta situación me angustia tanto que soy incapaz de pensar en otra cosa.

—¿Y eso es amor? —Ivy alzaba las cejas con asombro.

—Eso es manipulación —intervino James—. Te tiene ahí, enganchada, preguntándote qué has hecho mal o qué ha pasado. Investigando, elucubrando, intentando entender… Y cuando quiere, ahí sigues.

—Él no sería capaz de algo así —dije para mí misma, aunque todos lo escucharon.

El silencio me mató.

Los miré.

—¿Lo sería? —volví a dudar.

Ivy se encogió de hombros.

—No lo creo —contestó—. Quizá no sea consciente de lo que está provocando…

James chasqueó la lengua y dio otra calada.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Crees que sería capaz de eso?

Me miró.

—Lo excusas tanto que, si mi opinión dependiera solo de lo que sé por ti, diría que no.

—Pero no depende solo de eso —dije.

Él negó con la cabeza.

—Depende de lo que conozco e intuyo.

Bar puso los ojos en blanco.

—¿Y qué conoces e intuyes, *experto*? —preguntó con afilado sarcasmo.

Él se echó hacia delante y la miró con fijeza.

—Que cuando alguien te importa, no dejas que se coma la cabeza durante semanas dudando sobre si es así o no —respondió—. Cuando alguien te importa, se lo dejas claro.

Las palabras de James fueron un chasquido. Uno lo suficientemente fuerte como para que abriera los ojos. Al menos, durante unos minutos.

Bárbara calló.

Era imposible rebatirle eso, no entre personas que pensaban igual. Entre personas que no alargarían la agonía de nadie solo por

mantener sus opciones abiertas.

20

Fly Me to the Moon – Frank Sinatra
Ahora

—No puedo seguir corriendo —dije con la respiración entrecortada.

Si se hubiera tratado solo de aire, hubiera podido recorrer unas cuantas calles más, pero los pies me estaban matando. Y yo mataría a Bruce por ello. ¿A quién se le ocurría llevarme a recorrer Gotherdam con tacones de diez centímetros? Más le valía que la fiesta mereciera la pena.

Él sonrió.

Ya está, se me había pasado el enfado. Así de fácil.

—Ven —pasó su brazo por encima de mis hombros y me atrajo hacia él—. Ya casi hemos llegado.

Y era cierto. A paso lento, llegamos al edificio más icónico de la ciudad. El Empire State de Gotherdam, para entendernos. El Dark Knight. Era propiedad de los Knight, la familia más poderosa —y pudiente— de la ciudad. Y, al mismo tiempo, la más oscura. Se me revolvían las entrañas con tan solo escuchar aquel apellido, era como un acto reflejo, como una amenaza latente enfrascada en algún lugar de mi memoria.

El rascacielos, un monstruo de cristales negros y relucientes barras de hierro, se alzaba imponente en pleno centro con sus más de cien pisos de altura. Era como si tuviera raíces, como si arquitectura y naturaleza hubieran confluido para levantar semejante

monumento. Las raíces de hierro ascendían a través de su estructura conformando una espiral que coronaba la cima del edificio extendiéndose en horizontal para crear la copa de aquel árbol urbanístico. No obstante, los ciudadanos las conocíamos como «las alas» porque, cuando la luz del sol obligaba al caballero oscuro a proyectar su sombra, aquellas raíces se desplegaban formando un murciélago gigantesco que nos cubría a todos bajo su manto de oscuridad.

De noche, sin embargo, era un vigilante silencioso, un guardián de hierro que parecía estar aguardando algún tipo de señal.

Bruce y yo entramos. Nunca había estado dentro del Dark Knight. Creo que ni siquiera había fantaseado con llegar a estarlo. Era tan lujoso que me hacía sentir indigna de él, ¿cómo podía tener tanta fuerza el aura de un lugar? ¿Cómo podía algo creado por el ser humano hacerlo sentir tan pequeñito a su lado?

Bruce, sin embargo, se paseaba por el recibidor como si estuviera en su propia casa. Inconscientemente, empujada por la seguridad que se desprendía de él, me acurruqué contra su cuerpo.

Por un momento, pareció tensarse. Como si no lo hubiera esperado. Como si estuviera tomándose unos segundos para decidir si aquello le agradaba o no. Y creo que le gustó, porque sus dedos se anclaron en mi hombro y apretó su cuerpo contra el mío.

—¿A dónde, señor? —preguntó el ascensorista cuando llegamos.

Bruce no me soltó.

—Última planta —respondió él con su brazo todavía aferrado a mí.

—¿Estás seguro de que la fiesta es aquí? —susurré.

Una parte de mí tenía claro que se estaba equivocando.

Sus labios se curvaron.

—Es mi fiesta —puntualizó—, ¿cómo no voy a saberlo?

Su fiesta. Su-fiesta. En el Dark Knight.

No voy a mentir, en aquel momento, creí que se había vuelto loco.

La última planta estaba como a cuatrocientos metros del suelo, creo que quedaba justo entre la puerta de San Pedro y la órbita de la luna. Nunca había estado tan alto, tan lejos de la tierra. Nunca había estado tan cerca de tocar el cielo.

Al otro lado del cristal del ascensor, solo nos espiaban las estrellas. Me despegué despacio del cuerpo de Bruce para observar aquel tapiz de inmensidad. La noche siempre me había fascinado, la alerta que encendía en cualquier alma humana, el peligro acechando bajo su abrigo, la lista infinita de posibilidades… Sí, la noche era arriesgada, te hacía sentir expuesto y te obligaba a permanecer vigilante; pero también era cómplice. Su oscuridad guardaba más secretos de los que jamás conocería la claridad del día.

Bruce estaba de pie tras de mí.

—La mayoría de la gente no aparta la vista de la puerta del ascensor —dijo despacio, su boca justo detrás de mi oreja, su aliento acariciando la piel de mi cuello—. Tienen miedo de que el cristal desaparezca.

Giré levemente la cabeza.

—Si el cristal desapareciera, sería todavía mejor.

Sentí el contacto en mi mano, el roce de su piel, sus dedos entrelazándose con los míos.

—Sería como volar —susurró.

Eché la cabeza hacia atrás y la dejé caer sobre su hombro.

—Me encantaría volar —suspiré.

Apoyó su cabeza contra la mía.

—Lo harás.

Y entonces, el timbre del ascensor sonó antes de detenerse. Antes de detenerlo todo. Antes de que pudiera preguntarle a Bruce qué quería decir con aquello.

21

The Night We Met – Lord Huron
Entonces

Era tan extraño…

Me sentía como una exagerada, como si me hubiera vuelto completamente loca y fuera incapaz de ver la realidad. Supongo que, en cierta manera, era justo eso lo que sucedía, aunque en un sentido completamente opuesto al que me planteaba en aquel momento.

Estaba desnuda en la cama de Jack, era invierno y nos abrazábamos bajo las sábanas. Su piel desprendía un intenso calor y estaba tan suave que mis manos no podían dejar de acariciar su espalda.

Acabábamos de hacerlo. Casi siempre acabábamos de hacerlo. Nos pasábamos el día enredados el uno en el otro, era casi una adicción. Cuando estábamos juntos el mundo giraba más despacio, o más deprisa, no lo sé; el caso es que lo hacía diferente. Todo era diferente. No podíamos entendernos mejor, nos conocíamos lo suficiente como para hablar solo con mirarnos y reírnos sin necesidad de explicaciones.

Sin embargo, lo sabía. Sabía que, apenas pusiera un pie fuera de aquella casa, la incertidumbre volvería a asaltarme porque podrían pasar días hasta que volviera a saber de Jack. En otras circunstancias no hubiera supuesto un problema, pero lo que me perturbaba era el cambio de actitud. Si hubiéramos tenido aquella

relación desde el principio, no le daría más vueltas. Sin embargo, no era así. Él era atento, lo había sido desde que lo conocía y me había acostumbrado a una dinámica de comunicación que, de la noche a la mañana, había cambiado por completo.

Ese era el problema.

—Tienes un cuerpo tan bonito… —dijo mientras sus ojos se daban un paseo por cada una de mis curvas.

No dije nada, dejé que continuara deleitándose con las vistas mientras sus dedos empezaban a deslizarse por la piel de mis muslos.

Eran las tres de la mañana.

El frío de Gotherdam acechaba al otro lado de la ventana.

—Lo digo en serio —besó mi hombro—, es el tipo de cuerpo que siempre me ha encantado.

Su mano ya alcanzaba la parte baja de mi espalda, su aliento erizaba la piel de mi cuello y yo, inconscientemente, me preparaba para volver a empezar.

—Aunque mis amigos siempre me dicen que —continuó hablando en voz baja—, para gustarme tanto las mujeres grandes, todas mis novias han sido muy delgadas.

Me incorporé dejando el peso sobre los brazos, lo miré y sonreí.

—Pues yo no soy así.

Su cuerpo se inclinaba hacia mí, su cabeza a escasos centímetros de la mía y su boca rozó mi piel al hablar.

—Tú no eres mi novia.

Volvió a besar mi hombro y rio despacio contra mi piel.

—No soy tu novia porque…

No fue una frase meditada, no pensé que tuviera que hacerlo, andar con pies de plomo en cada pensamiento, en cada palabra… Creo que, inconscientemente, ya estaba cansada de sus *todavías*. Creo que, inconscientemente, no podía darle más tiempo, no si mi estabilidad emocional era el precio.

Él se apartó de súbito. El ceño fruncido y una mirada completamente distinta. La había visto alguna vez antes, siempre me había generado inquietud, su forma habitual de mirarme no tenía nada que ver con aquello que ahora taladraba mis ojos.

Había terror en los suyos.

—Porque yo no quiero, ¿no? —inquirió con premura.

Guardé silencio.

—Dilo —me retó.

—Pues… —me eché hacia atrás y me puse de rodillas sobre la cama—. Creo que es obvio, ¿no?

Él comenzó a negar con la cabeza, cerró los ojos y se pasó las manos por el pelo. Estuvo unos segundos así mientras yo lo observaba. Al cabo, respiró hondo y se incorporó hasta estar sentado frente a mí. Hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura.

—No puedo darte lo que quieres —dijo—. No todavía.

—¿Y cuándo? —mi voz se tiñó de exasperación.

Volvió a cerrar los ojos y suspiró.

—Creo que es mejor que lo dejemos aquí.

Sus palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre mi piel desnuda. Porque sí, seguía desnuda frente a él. Me estaba dejando —aunque no tuviéramos nada— y no había esperado ni a que me vistiera. Hubiera sido menos humillante, la verdad.

Sin embargo, en aquel momento, no podía pensar en si estaba siendo considerado o no. No podía evaluar cómo de vergonzoso sería recordar aquella escena en el futuro, cómo de poca cosa me sentiría, cómo de utilizada…

—No quiero hacerte daño —añadió.

Su mano acariciaba mi mejilla.

Creo que estaba en *shock*.

—¿Lo dices en serio? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Tan claro lo tienes?

Él seguía estando ahí, tan cerca, tan cariñoso, tan «como siempre» que todavía me costaba más trabajo asimilar lo que me estaba diciendo.

Se había acabado.

—No lo tengo claro —respondió—. A veces es que sí y a veces es que no, pero tú tienes un claro sí y me da miedo que al final, por mi parte, sea un no.

Se había acabado.

Se había acabado por mi culpa. Por impaciente.

No me había dado cuenta, pero había empezado a llorar.

Sé que aquella noche fue tan atropellada como interminable.

Recuerdo haberles escrito un mensaje a mis amigos: *Se acabó con Jack*. Recuerdo que no lo esperaban. Recuerdo que yo tampoco.

También recuerdo haber llorado durante horas, haber tardado otras tantas en asumir la realidad y, al haberlo hecho, haber querido marcharme de su casa. No me dejó. Me retuvo en la entrada impidiéndome salir.

—No dejaré que te vayas a estas horas tú sola —dijo el hombre que acababa de romperme el corazón.

Mi plan. Qué poco me importaba el dichoso plan a esas alturas.

Como no pude huir, me tumbé en el sofá del salón para no tener que dormir a su lado. Pero apareció de nuevo. Era como una pesadilla, como uno de esos sueños horribles de los que quieres escapar, pero eres incapaz de despertarte.

Se sentó junto a mí, echó el cuerpo hacia delante y lo apoyó sobre el mío.

—Vamos, no puedes quedarte aquí —susurró en mi oído—. Morirás de frío si lo haces.

Me aferré a la delgada manta del sofá.

—Estoy bien, gracias —me negué con el poco orgullo que me quedaba.

Él sonrió. Su maldita risa. Nunca me había resultado insoportable hasta entonces.

—Ven.

Pasó de mí. Sentí que sus manos se colaban por debajo de mis piernas, por debajo de mi espalda. Sus brazos me rodearon y me cargó.

—Vamos a dormir.

—No quiero dormir —sollocé—, solo llorar.

—Pues llora —apoyó su frente contra la mía—, pero hazlo en la cama.

Me dejó caer con suavidad sobre el colchón y me arropó.

Recuerdo que quería alejarme de él, que estaba tan al borde de la cama que podría haberme caído al mínimo descuido, pero volví a

notar el agarre de sus brazos. Rodeó mi cintura y me atrajo para sí.

No podía parar de llorar.

Fue tan extraño. Tan duro.

Quería estar lejos, pero en el mismo sitio. Quería que las horas pasaran deprisa, pero que se detuviera el tiempo. Quería arrancarme el corazón, pero quedarme a vivir en aquella sensación. Era tormenta y paz al mismo tiempo.

—¿De verdad querías irte? —preguntó despacio.

Su voz acarició la piel de mi cuello y sentí un escalofrío. Lo contuve.

—Quiero irme. Y, al mismo tiempo, no…

Sus brazos me apretaron más fuerte.

—Lo siento —murmuró contra mi espalda.

Sentí que las lágrimas volvían a empañar mis ojos.

—Tengo ganas de que sea de día para poder irme de aquí —insistí.

Traté de morderme la lengua, pero era incapaz. Estaba desnuda en todos los sentidos. Sentía que ya no tenía nada que perder.

—Pero tengo miedo… —farfullé.

—¿Por qué?

Su voz era una caricia casi cruel.

—Porque sé que, cuando cruce esa puerta, no te volveré a ver —mi voz se quebró.

Su risa volvió a golpear la piel de mi espalda.

Respiré hondo e intenté bloquear la angustia.

—No te rías —le pedí. Prácticamente lo supliqué.

—No me río por eso —dijo él con dulzura.

—¿De qué te ríes, entonces?

Besó mi espalda. Una, dos, tres veces.

—Eres igual que yo —murmuró.

Aquella frase todavía dolió más. Dolió más porque despertaba nuevas preguntas, hacía que lo entendiera aún menos, me desquiciaba todavía más…

—Tengo que pedirte algo —susurré aún atrapada en la prisión de sus brazos.

—¿Mmm?

Suspiré.

—No me hables —dije—. Cuando me vaya de aquí, no me busques ni me hables, al menos por un tiempo.

Él calló durante unos segundos, como si lo estuviera meditando.

—Está bien, lo entiendo —concedió por fin—. Son tus normas.

Sonreí en la oscuridad. La más triste de las sonrisas.

Y así, con Jack abrazado a mi espalda, pasé la noche más larga de mi vida. No dormí. Sé que él sí porque su respiración se fue haciendo más y más pesada, pero mi consciencia no me abandonó ni un solo minuto. Estaba ahí, analizando, asumiendo, asimilando…

Cuando el primer rayo de luz atravesó la ventana, abandoné aquel piso con la lección aprendida. No más planes, no más sentimientos, no más Jack.

22

Hopes up – Drama
Ahora

El Dark Knight era el lugar más increíble en el que hubiera estado. El ático era un *loft* gigantesco con acceso a las alas del guardián de Gotherdam. Las terrazas eran inmensas y la noche era aún más envolvente desde allí.

La fiesta no se parecía a ninguna en la que hubiera estado antes. Era como una de las discotecas de Gotherdam, pero la sordidez y el peligro ni siquiera podían intuirse. Estaban lejos, de vuelta a la tierra. La gente vestía sus mejores galas, los camareros iban de un lado a otro con bandejas repletas de copas de *champagne* y una gigantesca tarta de cinco pisos felicitaba a Alfred por sus treinta años recién cumplidos.

De pronto, caí en la cuenta. Mi atuendo de prostituta asesina no era el más apropiado para la ocasión. Odiaría a Bruce por ello.

—No soy un mal amo, ¿cierto? —murmuró en tono jocoso.

Me giré hacia él, que sostenía un par de copas de *champagne* en las manos y me miraba sonriente.

Tomé la copa que me ofrecía.

—Tu esclavo debe de estar muy contento —le seguí la broma—, otros amos se limitan a reducir el número de latigazos.

Él rio.

—Le he dejado dar esta fiesta con la condición de que los latigazos sean los mismos —dijo tendiéndome la copa para un

brindis.

Entonces, reí yo.

Nuestros cristales chocaron, las burbujas del *champagne* explotaron en mi boca y casi me atraganto cuando una loca inconsciente me asaltó por la espalda.

—¡Estás aquí! —exclamó Bárbara al tiempo que me abrazaba.

Tosí en un intento de conservar la vida.

—De momento, al menos —bromeé con los ojos llorosos y la voz todavía ronca.

La garganta me raspaba y me estaba costando volver a respirar con normalidad, pero me alegraba tanto de ver a Bar…

—¿Qué te parece este sitio? ¿No es increíble? —comenzó a decir ella—. No entiendo cómo no habíamos venido antes.

—¿Porque somos pobres?

Ella se echó a reír.

Estaba preciosa. De por sí, era raro que no lo estuviera, pero aquella noche tenía un brillo especial. Supongo que a ella sí se le había avisado de que acudiría a una lujosa fiesta en la planta más lujosa del edificio más lujoso de la ciudad. Se había ondulado el pelo, su melena dorada brillaba bajo la cálida luz que iluminaba la última planta del Dark Knight, se había pintado los labios de color rojo y llevaba un escotado vestido negro que hacía resaltar la blancura de su piel.

—¿Te la puedo robar un rato? —Fue raro escucharla decir aquello.

Bruce sonrió.

—No os metáis en líos —dijo antes de perderse entre la multitud.

Me quedé mirándolo sin darme cuenta. Su cabello rubio se deslizaba entre la gente que bailaba.

—Vamos. —Bar me tomó de la mano y tiró de mí.

—¿A dónde?

Se dio la vuelta para mirarme, su melena brilló al moverse.

—¿Has visto este sitio? ¡Pienso renovar mi Instagram con las fotos de esta noche! —exclamó.

Me paré en seco.

Ella se giró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañada.

Alcé las cejas.

—¿Es que no me ves? —dije señalando mi *inapropiadísimo* atuendo—. No pienso hacerme ninguna foto con estas pintas.

Ella negó con la cabeza y enarcó una ceja al hacerlo.

—Por favor, Rob. Jamás has ido tan sexi —su tono indicaba claramente que creía que estaba exagerando.

—Se supone que soy una puta, Bar —le recordé.

Un par de chicos junto a nosotras se voltearon a mirar.

Bárbara se rio.

—No digas eso muy alto —susurró antes de enlazar su brazo con el mío—. Estás guapísima, solo tú sabes que le has copiado el look a Betsy.

Empezamos a caminar.

—Y tú.

Ella resopló.

—Como para no saberlo —exclamó—. Te habré visto actuar en esa función unas quince veces. —Mentía. Habían sido muchas más—. Y, ¿sabes qué? —no me dio tiempo a responder—. Siempre me ha parecido que estabas despampanante. Por eso le dije a Bruce que te trajera directa de allí.

—¿Fue idea tuya? —me sorprendí.

—¿De quién si no? —dijo—. Te hubieras perdido todo esto, si hubiera permitido que desechara la idea de invitarte por simples «problemas de agenda».

Miré a mi alrededor una vez más. No me hubiera perdido una fiesta, ni un cumpleaños, no; me hubiera perdido el maldito Dark Knight. La joya arquitectónica de nuestra ciudad.

Caí en la cuenta.

—¿Cómo ha podido hacerlo?

Bar me miró extrañada.

—Bruce —le aclaré—. ¿Cómo ha podido organizar algo así para Alfred? ¿O es que me estaba tomando el pelo?

Ella sonrió de un modo extraño, sus ojos miraron hacia otra parte y me guio hacia los baños. Eran más grandes que mi piso. Paredes negras con molduras doradas, quizá de oro, igual que el marco del

gigantesco espejo que estaba segura de que abarcaría por completo cualquiera de las paredes de mi habitación.

Bar aprovechó para retocarse el pintalabios y yo revisé mi apariencia apoyada en la pared del fondo. Aquel corpiño verde con flores bordadas era más arriesgado que cualquiera de mis vestidos, estaba claro, pero también mucho más bonito. Bar tenía razón, estaba guapa, aunque no me sentí sexi hasta que lo contrasté con el espejo.

—No te estaba tomando el pelo —comenzó a decir.

—¿Qué? —me había distraído tanto contemplándome que había olvidado de lo que me estaba hablando.

—Bruce —dijo—. No te ha tomado el pelo, él ha organizado esto para Alfred.

«No puede ser», pensé.

—¿Cómo? —di un paso hacia ella—. ¿Es millonario o algo así?

Bar me miró desde el espejo, sus labios se curvaron ligeramente, aunque no dijo nada.

—Ni de coña, Bar —dije—. Tú sí que me estás tomando el pelo.

Su sonrisa se ensanchó mientras guardaba el lápiz de labios en el bolso.

—Deberías hablar con él.

—Es camarero —le recordé.

Ella alzó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Te lo ha dicho él? —respondió con falsa sorpresa.

—No hace falta, nos ha servido más de una vez, ¿recuerdas?

Una de dos: o mi amiga se estaba volviendo loca o era yo la que no andaba muy bien de la cabeza.

Bárbara no dejaba de sonreír.

—Me estás poniendo nerviosa —admití.

Ella me cogió de la mano de nuevo.

—Eso sé cómo arreglarlo.

Me llevó de vuelta a la pista ignorando el resto de mis preguntas y se puso a bailar a mi alrededor como si no fuera consciente de la cantidad de dudas que había desatado en mi cabeza.

Cuando, por fin, asumió que no podría hacerme bailar a menos que obtuviera respuestas, se acercó a mí.

—¿Por qué no vas a por algo de beber?

—¿Estás de broma? ¿Por qué no dejas de hacerte la interesante y me contestas? —repliqué.

Ella trató de aguantarse la risa, pero la conocía demasiado.

—Bar, ¿de qué va todo esto? —estaba perdiendo la paciencia.

—Ve y pide un *Sex on te beach* —me guiñó un ojo—. Después te cuento lo que quieras, ¿vale?

Puse los ojos en blanco y obedecí.

Me costó más encontrar la barra que llegar hasta ella. Creo que había muchísima gente en aquella fiesta, pero el salón era tan grande que sobraba espacio por todas partes. Los sofás que enmarcaban el centro de la pista de baile estaban repletos y, aun así, de haberlo querido, hubiera podido sentarme. La barra era amplia, veía volar cocteleras al fondo y había todo un corro de personas observando a quien fuera que las estuviera lanzando, pero seguía existiendo hueco de sobra para unirme a ellos. A tope y accesible al mismo tiempo. Gente pendiente de cada movimiento, de cada necesidad, de cualquier inconveniente que tuvieran que solventar y, al mismo tiempo, completamente invisible. Nunca había estado en un lugar así.

Me apoyé en la barra. Creo que me quedé hipnotizada por la forma en la que sus músculos se contraían bajo aquella camisa blanca, sus brazos se movían con tanto ímpetu como agilidad, estaba concentrado, el sudor perlaba su frente y aquel gesto serio me resultaba tan… irresistible.

Toda aquella gente, aquel corro de espectadores, lo miraban a él.

Alzó la vista mientras cortaba la corteza de un limón y nuestras miradas se cruzaron. Bruce sonrió ligeramente antes de verter el líquido de la coctelera a través de una larguísima cuchara en espiral.

Sirvió el cóctel y la gente aplaudió.

Fueron aquellos aplausos los que me despertaron. Creo.

Entonces, percibí al chico y a la chica que había tras él. Vi que se incorporaban de nuevo al trabajo mientras Bruce se retiraba al tiempo que agradecía a sus amigos los halagos por lo que acababa de hacer.

Me erguí de pronto. Era como si todo el mundo quisiera hablar con él, como si todos lo conocieran y compitieran con los demás por ser el más cercano. Y, al mismo tiempo, era como si Bruce quisiera deshacerse de ellos tan rápido como le fuera posible.

Salió de la barra perseguido por aquellos que todavía no habían conseguido un segundo de su atención. ¿Quién diablos era aquel chico?

—¿Qué quiere tomar?

Me quedé mirando al camarero como si fuera un pingüino en el desierto.

—¿Qué va a tomar? —repitió.

Él me miró como si fuera tonta. Y con razón.

—Un *Sex on the beach* —dije por fin.

El chico se puso manos a la obra.

—¿*Sex on the beach*?

Murmuró Bruce apoyando la mano en la parte baja de mi espalda.

—Es para Bar.

Sería complicado explicar por qué, pero una parte de mí se sentía molesta con él.

—¿Y tú qué pedirías? —se interesó.

Me giré hacia él. Su mano siguió la línea de mi cuerpo hasta mi cintura.

—Eso depende —respondí—. ¿Me lo prepararías tú? ¿O lo servirías? ¿O no harías nada de eso? —Había cierto desafío en mi tono.

Él frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Me encogí de hombros.

—A veces olvido que no te conozco —respondí algo más relajada.

Sus labios se curvaron ligeramente.

—¿Qué te ha dicho Bar?

—Es lo que no me ha dicho —dije—. Sea lo que sea, encuentra divertido que me lo cuentes tú.

Su sonrisa se ensanchó.

—No solo es divertido, sino justo —dijo mientras me recogía un mechón de pelo detrás de la oreja.

Asentí.

Dio un paso hacia mí.

—¿Y qué quieres saber, exactamente? —estaba tan cerca que sentí como algunas miradas nos asaltaban desde todas partes.

—¿Realmente eres camarero? ¿O solo millonario?

Él rio. Mi piel vibró con su risa.

—Un poco de todo, ya sabes —sus dedos tamborilearon sobre mi cintura—. Millonario, camarero, barman…

Entonces, me reí yo.

—¿Qué? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Nada, es una estupidez.

Se inclinó hacia mí.

—Dímelo —susurró.

Alcé la mirada hasta encontrarme con la suya.

—Tú barman y yo Robin.

Él sonrió.

—Sí que es una estupidez.

Y lo era, pero le había gustado.

—Aunque eso significa que formamos un buen equipo —me atrajo hacia sí.

Apoyé las manos en su pecho para apartarme un poco de él. De la innegable atracción que ejercía sobre mí.

—Vas a tener que contarme muchas más cosas, si quieres que seamos un equipo.

La sonrisa de Bruce se vio interrumpida por la voz que sonó a través del micrófono. La mía, por el contrario, desapareció cuando miré hacia el lugar del que provenía el sonido.

Ozzy dedicaba una canción a Alfred. No sabía si el primo de Bruce estaba invitado, pero era obvio que no le había hecho demasiada gracia verlo allí. Sin embargo, en aquel momento, me importaba muy poco. Los ojos de Jack me observaban desde el lugar donde pinchaba el DJ. Mi corazón empezó a latir como si hubiera visto una amenaza, como si estuviera dentro de una pesadilla e incluso la parte más ínfima de mi cuerpo me estuviera suplicando que saliera de allí.

Bruce me miró.

—Me tengo que ir —dije.

Me agarró de la mano.

—Espera.

—No puedo…

Mis ojos lo miraron suplicantes.

Volví la vista hacia el escenario y Jack ya no estaba allí. Busqué su mechón verde con pánico de localizarlo entre la gente.

—No quiero encontrarme con él.

Era una cobarde. Una maldita cobarde.

Esperaba que Bruce lo dijera o que, si no lo hacía, al menos lo pensara. Pero su rostro decía cualquier cosa menos eso, sus ojos eran el único lugar seguro que hallé en aquel momento.

—Ven conmigo —dijo.

Tiró de mí y fuimos en dirección contraria al ascensor. Pasamos la puerta de los baños y entramos por aquella que rezaba *exclusiva del servicio*. De pronto, todo era blanco, metálico y reluciente. No se escuchaba la música al otro lado, no se escuchaba a la gente, ni las risas ni los comentarios. De repente, estábamos en otro mundo.

Bruce siguió tirando de mí mientras las personas con las que nos cruzábamos lo saludaban con tanto respeto como asombro. Llegamos hasta otra puerta, una más amplia que rezaba lo que podía suponer una pesadilla aún peor que Jack en aquellos momentos: *Escaleras de emergencia*.

Empujó la puerta y sentí que un calambre ascendía a través de mi tobillo derecho. Algo me obligó a detenerme, puede que el pánico o la certeza de que no sobreviviría a un descenso por escaleras subida en aquellos tacones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bruce.

Me miré los pies.

Él sonrió.

—Parece que me toca salvarte.

Se acercó a mí, pasó una mano por detrás de mi espalda, otra por debajo de mis muslos y me levantó. Me aferré a él.

—Gracias —susurré.

—Tú también tendrás que contarme muchas más cosas.

Y esa fue su respuesta antes de descender a toda prisa por aquellas infinitas escaleras.

23

Sesenta memorias perdidas – Love of Lesbian
Entonces

Él había sido el primero.

El primero en romperme el corazón.

Siempre me había parecido una chorrada de frase, pero si cerraba los ojos todavía era capaz de evocar aquella sensación. El dolor en el pecho, el estómago encogido, no comer nada ni tener ganas de hacerlo; la falta de aire, las ganas de llorar, la apatía… Dios mío, ¿cómo había dejado que las cosas llegaran a ese punto? ¿Cómo había consentido que alguien pudiera hacerme tanto daño? ¿Cómo me había permitido depender de otra persona de aquella manera?

Mi corazón seguía latiendo por inercia, pero estaba roto. Era imposible que pudiera volver a mirar a alguien a los ojos sin pensar en todo lo que me había hecho sentir otra mirada antes. Todo lo bueno y todo lo malo.

Y queremos lo bueno. Siempre lo queremos.

Pero lo malo es aterrador. Y entonces, te encuentras en ese punto, en esa bifurcación del sendero en la que piensas que tienes opción, que puedes elegir, que puedes evitar que vuelva a sucederte lo mismo. Que ese corazón que intentas recomponer no volverá a romperse porque no vas a consentirlo. Pero ese camino… Ese camino es como un bosque sin hojas, de cortezas ennegrecidas y ceniza en suspensión que cubre como si fuera nieve todo aquello

que se ha quemado. Aunque no es nieve. La nieve congela, enfría, pero también limpia. La nieve sana, solo hay que darle tiempo.

Yo quería el otro camino, el del sol, las hojas cambiando en cada estación y la nieve de verdad. El camino del bosque que se congelaba después de haberse atrevido a vivir un poco más. Yo quería dejar mis huellas sobre aquella nieve virgen, esperar a que la tierra volviera a nutrir los árboles de mi alrededor y estuvieran lo suficientemente fuertes como para volver a intentarlo. Quería que mis hojas volvieran a salir, aunque pudieran arder de nuevo.

Jack me había quemado, las ascuas de su nombre seguían vivas en mi recuerdo, pero solo había sido eso. Un incendio. Y yo… Yo era el maldito bosque. Tan antiguo como la tierra, tan fuerte como la propia vida, el fénix de la naturaleza.

Solo tenía que darme tiempo y amor.

Ah. Y olvidarme de cualquier absurdo plan.

24

Barefoot in the Park – James Blake & Rosalía
Ahora

Bruce siempre tenía aquella energía. Todo era un poco más tranquilo a su lado, un poco más seguro. Aquella noche, lo supiera o no, me había salvado. Mi cobardía había podido más que cualquier otra cosa, no estaba preparada para encontrarme con Jack. No todavía. Y mucho menos sin previo aviso. De haber podido, hubiera salido volando.

Las calles de Gotherdam eran como tambores de guerra, cada paso que dábamos parecía llevarnos hacia un nuevo infierno, uno de lo más entretenido. Era como un corazón latiendo desbocado, atrayente y aterrador al mismo tiempo. Así era nuestra ciudad, cautivadora y críptica; mágica y plagada de maldiciones. Todo y nada. Y aquella noche, aún lo era más a la vez. Un caos que siempre, absolutamente siempre, te sorprendía.

Bruce caminaba a mi lado, me sostenía en su brazo mientras mis pies gritaban que parara. Los calambres empezaban a ascender por mis piernas, no quedaba mucho para llegar a casa, pero dudaba que pudiera aguantar siquiera una calle más.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Sonreí, aunque el dolor se escapaba a través de mis ojos.

—La próxima vez que me secuestres para ir a una fiesta, ¿puedes hacerlo cuando lleve deportivas?

Él se encogió de hombros y me miró de arriba abajo.

—¿Y eso? Ese vestido te queda muy bien.

—Me quedaría mejor sin cojear.

Bruce se detuvo en seco.

—En eso tienes razón —se paró frente a mí—. Después de lo de las escaleras, esto será como un paseo.

—¿Q…?

No me dio tiempo a acabar de hablar, Bruce me cargó en sus brazos y reemprendió el paso. La brisa nocturna acariciaba mis piernas, clavándose poco a poco en mi piel, creando una capa de hielo invisible que hubiera notado de no ser por Bruce. Por su calor corporal.

Me aferré a él y escondí la cabeza en el hueco de su cuello, olía a lluvia y café. Era como la reconfortante llegada a casa después de un día gris o la acogedora noche de un tormentoso otoño. Con Bruce la sensación siempre era la misma: calidez y serenidad. Una llama perenne ardiendo en la chimenea, ocurriera lo que ocurriera.

Una parte de mí comenzó a temblar al descubrirse pensando aquello, al delatarse a sí misma en la peor de las situaciones. Me pregunté si algún día reuniría el valor suficiente para decírselo o sí, por el contrario, sería mejor mantenerse a salvo. No tardé mucho en hallar una respuesta, el camino seguro me tentaba demasiado.

El cielo rugía sobre nuestras cabezas. La noche parecía haberse enfadado, su furia llegaba desde algún lugar lejano en el que debía de haberse escondido la luna. Tampoco había estrellas, se ocultaban tras el denso manto de las nubes.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Bruce, su pecho vibró con cada palabra—. Parece que va a caer una buena.

—Gracias por todo —murmuré contra su cuello.

Su piel se erizó.

—No me des las gracias. Ese tío es un payaso, ya te lo dije. —Sabía que se refería a Jack, pero no recordaba que me hubiera dicho nada parecido—. Casi tengo que dártelas yo por sacarme de allí, aunque sea solo por un rato.

—¿Piensas volver?

Él ladeó la cabeza para mirarme.

—¿Tienes algo mejor en mente? —se interesó.

Mis labios se curvaron.

—Podría improvisarlo.

Él me devolvió la sonrisa y desvió la mirada hacia el cielo. Una gota cayó en su frente.

—Me encantaría que lo hicieras —fue como una confesión—. Pero no me dejaría en buen lugar como anfitrión.

Anfitrión. Aquella palabra sonaba tan grande si la relacionabas con el Dark Knight… Era imponente, intimidante, descomunal.

—Aún tienes mucho que contarme —respondí.

Volvió a mirarme.

—¿Qué quieres saber?

La cálida luz de las farolas iluminaba su rostro, sus facciones eran tan marcadas que la sombra se proyectaba en ángulos imposibles. Sus ojos, grises aquella noche, titilaban frente a los míos.

—Todo —mi voz se fundió con el eco nocturno.

Bruce se detuvo. Habíamos llegado a mi casa.

El portal no era más que un diminuto escalón hacia una estrecha puerta verde, así que abrí para que tuviéramos algo de espacio antes de que la lluvia nos alcanzara por completo.

—Pasa.

Bruce accedió de buena gana. No dijo una palabra y, realmente, no necesité que lo hiciera. Creo que había algo hablando por nosotros en aquel momento, algo que se expresaba a través de nuestros cuerpos, de lo cerca que estaban, de la necesidad con la que se movían. Las manos de Bruce me rodearon la cintura, las mías hicieron lo propio con su cuello y acabé atrapada entre su cuerpo y la pared. Mi espalda se arqueó al sentir el contacto con el frío gotelé del portal.

Nuestros alientos se mezclaban en la oscuridad. Nuestras respiraciones, agitadas y anhelantes, suplicaban por un poco más. Nuestros ojos brillaban en medio de aquel gélido lugar, ardientes, ansiosos…

Bruce apoyó su frente contra la mía.

—Ojalá pudiera quedarme —gruñó.

—Lo dices como si te hubiera pedido que lo hicieras —bromeé.

La risa de Bruce fue como un rugido. Mi cuerpo entero vibró con ella.

Su boca buscó la mía.

—¿Quieres que me vaya? —dijo al encontrarla.

—Me pregunto qué harán allí sin su anfitrión, camarero, barman… —respondí mientras me esforzaba por resistirme al tacto de sus labios.

Volvió a reírse y se retiró un poco.

—¿Tan raro es?

—Lo raro es que no lo hayas mencionado hasta ahora —contesté con sus manos todavía en mis caderas—. ¿Quién eres?

Suspiró.

—Me llamo Bruce Knight y, seguramente, ya sepas el resto de la historia.

Sus ojos me miraron con fijeza.

La verdad era que sí, la sabía. Al menos, debía de haberla sabido en algún punto de mi vida, pero, cuando intenté recordarla, fue como darme de lleno contra un muro. Un muro en blanco que parecía proteger algo escondido en el fondo de mi memoria.

Los Knight… Aquella familia, su nombre… Era como un puñal en el pecho, como unas gigantescas manos oprimiendo mi garganta, como el mundo balanceándose a mi alrededor… No, no eran ellos, era yo. Me estaba mareando.

—¿Estás bien? —la voz de Bruce sonó lejana y traté de aferrarme a ella para no caer de nuevo en el abismo.

—Necesito… —luchaba por acabar una simple frase—. Necesito parar.

Él me guio hacia las escaleras y me ayudó a sentarme. Se acuclilló frente a mí sin dejar de mirarme mientras me recordaba una y otra vez las instrucciones para respirar.

No entendía lo que me estaba pasando, pero me aferré a los ojos de Bruce. Me observaban como si supieran exactamente lo que me ocurría, lo que había explotado dentro de mí…

Poco a poco, mi respiración se estabilizó y mis latidos comenzaron a sonar solo en mi pecho, lejos de mi cabeza, lejos de mis oídos…

—¿Mejor? —preguntó.

Asentí con cierta dificultad.

Bruce se sentó junto a mí.

—Por eso no te lo dije —contestó—. No quería recordarte nada de aquello…

Una luz cegadora, un grito y, luego, solo silencio.

Me dolía la cabeza.

—¿Nada de qué? ¿A qué te refieres?

Él me contempló durante unos segundos sin decir nada, como si estuviera meditando sobre algo, como si tuviera que tomar una decisión justo en aquel momento.

Volvió la vista al frente.

—No te he mentido —comenzó a decir—. Soy camarero, barman, cocinero… Soy dueño de más de la mitad de los establecimientos de esta ciudad y he trabajado al menos un mes en cada uno de ellos. —Su voz reverberaba entre las desconchadas paredes del portal de mi escalera—. Nada de lo que tengo me lo he ganado, solo intento merecérmelo un poco.

Le observé. Observé su esculpido perfil, aquella mandíbula prominente, aquel gesto preocupado… No me había mentido, pero había tardado mucho en dejarme ver la verdad.

Lo acaricié, su mejilla estaba helada. Cerró los ojos apenas sintió el contacto de mis dedos. Mi mano descendió hasta su mentón e hice que girara la cabeza para mirarme.

—Eres una buena persona —me pareció que sus ojos no me creían.

Se mordió los labios.

—¿Alguna vez has hablado con tu madre sobre mi familia? —quiso saber.

El ruido de un frenazo, los cristales, las luces… Azul. Rojo. Azul. Rojo. Azul.

Un palpitante dolor se alojó en mi sien.

—Siento lo que le ocurrió a tu familia —dije.

Los padres de Bruce habían muerto en un accidente de tráfico, salió en todos los periódicos, todo el mundo lo sabía. Él iba en el coche, en el asiento de atrás, el único que llevaba cinturón. Salió ileso.

—¿Qué hay de la tuya? —preguntó.

Las lágrimas comenzaban a empañar sus ojos.

«¿Qué hay de la mía?», pensé.

—Estabas ahí —continuó diciendo—, llevabas un vestido blanco y un enorme lazo en el pelo. Tenías los ojos tan grandes y estabas tan asustada que eres todo lo que recuerdo de aquella noche.

El corazón volvía a golpearme las costillas. Sentía que mi alma quería abandonar mi cuerpo. Las sirenas, las luces, la gente… Todo se amontonaba en mi memoria.

—Quiero que sepas que no apruebo lo que hizo mi familia después de eso —las palabras de Bruce eran un simple murmullo en la parte de atrás de mi cabeza, sonidos inconexos carentes de sentido provenientes de una realidad que yo no habitaba en aquel momento —. Cuando mi tío me lo contó, cuando cumplí los veinticinco, era demasiado tarde para remediarlo.

—Para. —Se lo decía a mi mente, a mis recuerdos, a esa oscura caja que juré no abrir jamás. Pero Bruce creyó que le hablaba a él.

—Será mejor que me marche.

Le tomé la mano en un acto reflejo.

Él se inclinó hacia mí mientras nuestros ojos parecían confesarse todos sus secretos. Era como si su conversación estuviera al margen de la nuestra, como si fuera más profunda, más sincera.

Me aferré a su mano aún con más fuerza.

Sus dedos se perdieron en mi pelo hasta encajar perfectos alrededor de mi cuello. Su agarre era suave, tierno y seguro al mismo tiempo. Un escalofrío me recorrió la nuca en aquel momento.

—Cuando Bar nos presentó, vi aquellos ojos —comenzó a decir—, los mismos que me miran ahora. Los vi sin miedo ni rencor y pensé… —suspiró—. Pensé que era así como quería que me miraran.

Mi mano ascendió a través de su camisa, los botones eran baches diminutos en mi camino hacia su cuello. Su piel estaba cálida en aquella zona, acaricié con mi pulgar el sendero de su garganta y sentí cómo aquella incertidumbre le obligó a tragar saliva.

Era como si estuviera viviendo dos realidades al mismo tiempo. Imágenes superpuestas sobre lo que viví entonces y lo que estaba viviendo ahora. Casi parecía un sueño. A veces, una pesadilla.

Intentaba concentrarme en Bruce, en su presencia, en el tacto de su piel y el calor que desprendía, eran el único hilo que me ataba a la realidad. La única guía para no perder la cordura.

Bruce me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia sí, pero mis ojos estaban en otra parte, en algún lugar del pasado que dolía demasiado como para ignorarlo.

—Pero lo justo es que me miren así —dijo sin dejar de observarme —, como lo están haciendo ahora.

Quise decir algo, escucharle y responder, pero no acertaba a hacer ni una cosa ni la otra. Simplemente, no estaba allí. No del todo.

Ni siquiera cuando la puerta del portal se abrió y la silueta de Carrie se sobresaltó al percatarse de que podía estar interrumpiendo algo, logré despertar.

El cielo se quejaba con violencia al otro lado de la puerta verde, el ruido de la tormenta no era más que interferencias desde mi otra realidad y la figura de Bruce atravesó aquella cortina de lluvia antes de que fuera consciente siquiera de que quería detenerle. De que quería que se quedara.

Cuando Carrie me tomó en sus brazos e intentó ayudarme a que me levantara, sentí de nuevo aquel dolor punzante clavándose como agujas a través de mis pies. Me quité los tacones y los lancé con rabia contra la puerta.

Mi hermana me preguntó algo, sus ojos no me entendían, creo que el frío de la escalera empezaba a atravesarme, pero yo solo estaba en un lugar. En un lacerante lugar oculto en alguna parte de mi cuerpo que me obligaba a encogerme sobre mí misma y sollozar. Sí, lloraba. Las lágrimas empapaban mis mejillas, salían con violencia y yo no empecé a notarlas hasta mucho después. Mi garganta se quejaba, algo se desgarraba dentro y tiraba de mí hacia abajo. Hacia el maldito principio.

Grité.

Grité en el silencio de un limbo construido por mí misma.

Grité donde nadie me había escuchado nunca hacerlo.

Pero aquel día, quizá por el hilo que Bruce había atado entre aquel limbo y la realidad, Carrie me escuchó.

Así que, por primera vez, cuando aquel dolor atascado en la memoria quiso volver a liberarse, no estaba sola.

25

Barcelona – Pájaro Sunrise
Ahora

Me desperté con un dolor de cabeza insoportable, tenía los ojos hinchados, la nariz roja y el lecho de pañuelos usados sobre el que me levanté fue la pista definitiva para confirmar que me había pasado la noche llorando. Me sentí avergonzada, como me pasaba siempre que sufría alguna hecatombe emocional.

Concluí que necesitaba un café.

Cuando llegué a la cocina, tenía todo tipo de manjares dispuestos sobre la mesa: cruasanes, tostadas, fruta, zumo de naranja recién exprimido, café recién hecho… ¿Qué diablos le pasaba a Carrie?

Carrie…

Apenas pensé en mi hermana, recordé que había estado presente en mi dramático fin de noche. Aquello no me facilitó las cosas, por mucho que la quisiera, nunca habíamos tenido ese tipo de confianza. Carrie no era el tipo de hermana que sabía todo de mí, era más bien de las que suponía saberlo. Y yo, por mi parte, no es que me hubiera esforzado mucho en dejar que lo supiera.

—¿Te encuentras mejor? —dijo con inusual amabilidad—. Quería prepararte gofres, sé que te encantan, pero no tienes *gofrera*, ¿cómo es posible, Robin? ¡Con lo que te gustan!

Me encogí de hombros mientras me servía el café en taza grande.

—Porque también engordan mucho. ¿No eras tú la que siempre me recordaba que era de metabolismo lento? —mi voz era el helado

filo del más afilado puñal.

Carrie no se esperaba aquel golpe y, si soy sincera, yo tampoco. No era justo después de lo bien que se estaba portando, pero una parte de mí estaba enfadada con ella. Siempre lo había estado.

Mi hermana suspiró y dejó pasar mi comentario.

—¿Tienes planes para hoy? —preguntó.

Me senté en la mesa y eché un vistazo al desayuno. Mi estómago no parecía haberse levantado todavía, así que nada me resultó lo suficientemente atractivo como para llevármelo a la boca.

—Dejarme el pijama puesto y enviar currículums por internet.

Carrie sonrió con dificultad. Una sonrisa indulgente que me esforcé por ignorar.

—La segunda parte está muy bien, pero una ducha te sentaría genial, ¿no crees? —Trató de decirlo con tacto.

—¿Me estás llamando guarra? —dije sin elevar la voz.

No era mi día, claramente.

Ella se apresuró a negar con la cabeza.

—No es eso, es que creo que estás demasiado triste para pasar el día en pijama.

Enarqué una ceja.

—¿Y qué tendrá que ver eso? —espeté.

Ella suspiró dejando ver, por primera vez aquella mañana, algo de hartazgo.

—Que ese comportamiento no te va a ayudar. Hoy más que nunca deberías ducharte, vestirte y salir a dar un paseo —concluyó.

Fruncí el ceño.

—¿Hoy más que nunca? ¿Por qué hoy más que nunca?

Ella se mordió los labios como si se arrepintiera de haber dicho aquello.

—Simplemente creo que, después de haberte pasado la noche llorando, no es bueno que te quedes en casa regodeándote en tus miserias.

Sentía que mi paciencia estaba a punto de salir de casa.

—¿Mis miserias? —pregunté—. ¿Y qué sabes tú de eso? ¿Desde cuándo te importa cómo me sienta o me deje de sentir?

Ella alzó las cejas, vi un destello de dolor en sus ojos que, rápidamente, se convirtió en indignación.

—¡Desde siempre! —exclamó—. Siempre he estado para ti, eres tú la que decidió alejarse…

Solté una cínica carcajada.

—No me hagas reír. Lo único que has hecho siempre es fingir que todo está bien, preferir no enterarte de nada.

Carrie suspiró tratando de relajarse, estaba claro que la conversación no iba por donde había planeado.

—¿Sabes por qué lloraba anoche? ¿Me lo preguntaste siquiera? —continué diciendo con rabia.

Ella guardó silencio.

—No, ¿verdad? —insistí—. ¿Y sabes por qué no lo hiciste? Porque conoces perfectamente la respuesta.

Las palabras seguían sin salir de su boca.

—Tú sabías quién era Bruce, ¿a que sí? —seguí—. Lo supiste desde el principio…

Ella me miraba suplicante, quería que parara.

Pero no podía.

—¿Sabes qué? —dije al tiempo que me levantaba de la mesa—. Sí que voy a salir a dar una vuelta.

Me largué de allí, me fui a mi habitación, me vestí con lo primero que pillé, me recogí el pelo y no, no me duché.

Cuando salí por la puerta escuché que Carrie estaba al teléfono, hablaba de mí con alguien que parecía tener mucho más que decir sobre mí que mi propia hermana. Lo supe de inmediato, era mi madre.

Di un portazo.

Las calles eran un escenario ficticio, las personas insignificantes extras y todo lo demás simple atrezo. Caminaba deprisa intentando escapar de mis propios pensamientos, de mi mente. Andaba tan rápido que pronto me encontré en medio de ninguna parte, plantada en alguna calle de la zona norte, el único sitio de la ciudad en el que las personas parecían tener aún más prisa que yo.

Mi madre era la última persona a la que quería ver en aquel momento. Me marché de casa tan pronto como me fue posible, no

soportaba que alguien a quien era incapaz de respetar quisiera controlar mi vida. Los recuerdos empezaban a parpadear en mi cabeza, eran como la proyección de una película que no quería ver. Sentía que me encontraba acorralada dentro de mi propia mente, cubriéndome los ojos con las manos mientras alguien, un ser superior o algo por el estilo, me obligaba a mirar algo que dolía demasiado.

Continué deambulando hacia ninguna parte a ritmo vertiginoso, pasé por zonas que quizá no hubiera visitado nunca y, seguramente, tampoco hubiera querido hacerlo. Seguí andando, con la consciencia perdida en algún lugar de mi cabeza y las piernas imparables. Pasé por delante de los *pubs* a los que solía acudir con mis amigos, de los que no quería volver a pisar, de los que no pisaría nunca… Pasé por delante del *after* en el que Ivy y yo alucinamos viendo lucecitas. Solo una vez en mi vida había tenido el aguante suficiente como para acudir a uno y recuerdo que, cuando salimos, creía que no serían más de las diez de la mañana; pero, al llegar a casa, eran las cinco y media de la tarde.

No sé por qué mis pasos me llevaron allí aquel día, por qué mi subconsciente pensó que sería un buen lugar al que huir, si esperaba encontrar algo en lo que refugiarse o si, simplemente, fue producto de la casualidad. Lo que sí sé es lo que encontré al pasar por la puerta de El Albergue y no fue ningún tipo de cobijo.

La cara de Jack al verme fue todo lo expresiva que se podía permitir un rostro después de más de doce horas de fiesta y quién sabe cuántas sustancias. Se acercó a mí de inmediato, creo que él mismo se preguntaba si estaba allí realmente o era producto de su imaginación.

Me paré en seco y esperé a que llegara hasta mí. Sus manos palparon mis mejillas y se detuvo a escasos centímetros de mi cara. Estaba algo confusa, él también, aunque lo mío no tenía nada que ver con las drogas.

—Estás guapísima —no dejaba de mirarme.

Agarré sus muñecas con suavidad e hice que bajara las manos. Sus dedos se escurrieron buscando el camino para entrelazarse con los míos.

—No debería estar aquí —murmuré.

—¿Qué pasa?

No respondí. En otro momento de mi vida, se lo hubiera contado todo. Recuerdo que había llegado a creer que nunca perdería a Jack, que nuestra relación podría cambiar, pero que nosotros siempre nos entenderíamos. Creí que siempre podría confiar en él. Sin embargo, estaba ahí, de pie, sin ser capaz de pronunciar palabra.

Me tomó de la mano.

—Ven, vamos —dijo tirando de mí—. Tomaremos un café y me lo contarás todo.

No me moví.

Sus amigos nos observaban desde la puerta del local.

—No puedo —mi voz apenas fue audible.

Él se dio la vuelta y me observó con atención.

—Robin, sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? —murmuró.

«No lo sé», pensé.

—Conmigo eres tú misma, recuérdalo —añadió.

Pero yo todo lo que recordaba era lo mucho que había dolido creerle antes.

—Me voy a casa —dije por fin.

Aunque no tenía ni idea de a qué casa me refería.

Él apretó la mandíbula.

—¿Es por Bruce? ¿Te ha hecho algo? —había furia en sus ojos.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? —pregunté sorprendida por su reacción—. ¡Claro que no!

Eso era lo único que tenía claro. Bruce Knight no me había hecho nada, por mucho que su familia fuera uno de los responsables de tanto dolor. El otro era mi madre.

Jack me estudió, como si no terminara de creerme.

—Quédate con tus amigos, yo me marcho —dije.

Sostuvo mi mano unos segundos más.

—No quiero perderte.

Lo miré un instante antes de liberarme de su agarre.

—¡Te llamaré! —exclamó mientras me marchaba.

«No lo hagas», pensé.

Debí habérselo dicho.

26

Agua al dolor – Xavibo & Leo Rizzi
Ahora

El siguiente lugar al que me guiaron mis pasos fue precisamente al lujoso portal de hierro forjado ubicado en pleno centro de la zona norte. Me detuve antes de llamar al timbre, como si, por un segundo, hubiese cobrado consciencia de mis propios movimientos y dudara acerca de lo que me disponía a hacer.

Mi dedo paralizado, suspendido en el aire a escasos centímetros del botón que me pondría en contacto con él.

—Anoche desapareciste muy pronto —dijo una voz a mi espalda.

Me di la vuelta rápidamente para ver a Alfred cargado con las bolsas de la compra.

Sentí el calor apoderándose de mis mejillas, me avergonzaba de que me hubiera descubierto allí plantada, dudando sobre el acto más simple del mundo: apretar un botón.

—Lo siento —dije mientras mis brazos, por voluntad propia, me abrazaban—. Ni siquiera pude felicitarte.

Él sonrió. La segunda sonrisa compasiva que me dedicaban aquella mañana.

—Son treinta años —le restó importancia—, ¿de verdad hay algo que felicitar? —bromeó.

—Los treinta no están tan mal.

Él alzó las cejas.

—¿Lo dices por experiencia o es algo que has oído decir por ahí? —repuso irónico.

No dije nada.

—Entiendo —dijo mientras buscaba las llaves.

—Por si te sirve de algo —comencé a decir—, cumplir años nunca me ha gustado. Sean los que sean.

Él me miró.

—A mí tampoco. Ni siquiera los hubiera celebrado de no ser por Bruce —respondió mientras metía las llaves en la cerradura y las hacía girar—. Por cierto, no está. —Me avergonzó un poco que tuviera tan claro que quería verlo a él—. Aunque no creo que tarde demasiado, ¿quieres subir y esperarle?

Lo medité durante unos segundos. ¿Quería esperarle? ¿Qué era exactamente lo que había ido a decirle? Después de lo que había sucedido la noche anterior en el portal, ¿querría él verme a mí siquiera?

—¡Anda, mira! —exclamó Alfred de repente—. Por ahí viene.

Cuando me di la vuelta, vi a Bruce al final de la calle. Llevaba un chándal gris y una gorra, pero su sonrisa continuaba resplandeciendo bajo la luz del sol. Sin embargo, no iba solo. Una chica rubia, más bonita incluso que la que le abrazó aquella vez en un *pub* e igual de sonriente que el propio Bruce, caminaba agarrada a su brazo.

Quería desaparecer, desvanecerme, huir.

—Tengo que irme —dije cuando por fin recordé cómo hablar.

Alfred frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Comida familiar. —Fue lo primero que se me ocurrió—. Compras, preparativos, ya sabes… Un rollazo.

Él no me entendía. Nadie lo hubiera hecho. Sentía que el pánico me invadía y solo quería escapar antes de que todos pudieran verlo. Especialmente Bruce.

—Pero… —se quedó diciendo Alfred, yo ya había echado a andar —, ¿quieres que le diga algo de tu parte?

—¡No! —exclamé con demasiado énfasis—. No, no es necesario. —Mis piernas se movían a toda prisa, quería irme antes de que

Bruce me viera.

Sé que dejé a Alfred ahí plantado, preguntándose qué demonios me pasaba y concluyendo que era una tía bastante rara. Sé que lo maduro hubiera sido enfrentar la situación con normalidad, saludar a Bruce, pedirle perdón por lo de la noche anterior y marcharme con algo de dignidad. Pero mi cerebro no estaba capacitado para pensar aquel día, no lo había hecho en ningún momento y, por otro lado, algo se había encogido en mi pecho al verlo con aquella chica. No había visto nada, no había pasado nada, no tenía por qué dolerme ni molestarme siquiera, pero lo había hecho. Y tenía que gestionármelo.

Nunca me había sentido tan insegura con respecto a alguien. Nunca me había sentido tan vulnerable, tan poca cosa… Desde lo de Jack, sentía que no era suficiente para nadie. Me había entregado, había vivido con intensidad lo que sentía, había dado lo mejor de mí —o parte de ello— y había sido para nada. No había sido nada para él. Yo había sido nada para él. O, al menos, no había sido suficiente. Y, de pronto, había entrado en un bucle del que era incapaz de salir, un remolino en el que todo eran dudas sobre mí misma, mi forma de actuar, de pensar, de ser… Me había convertido en alguien que no era y añoraba la persona que un día fui, quería volver a ser ella por encima de todas las cosas y, sin embargo, me encontraba tan perdida, tan vacía… Cada vez tenía más dudas de que pudiera llegar a ser la misma y ser alguien distinto me resultaba poco atractivo si tenía que asumir toda aquella inseguridad.

Sin embargo, cualquier cosa que tuviera que ver con mi autoestima o con Bruce se convirtió en polvo cuando llegué a casa y la encontré a ella. Su abrigo de pata de gallo apoyado en el regazo, sus medias tupidas, sus *stilettos* negros, sus labios rojos perfectamente perfilados y sus casi inexistentes arrugas. Mi madre. Por mucho que le pesara, eso era. Tenía la edad suficiente para ser mi madre y también la tendría para ser abuela, pero su mayor preocupación en la vida era que eso no se notara. No había trabajado nunca ni tenía pensado hacerlo, ¿para qué? Recibía una asignación mensual por la que ardería en el infierno, pero, hasta entonces, disfrutaría el frívolo y decadente mundo de los vivos.

—Hola, querida —el simple sonido de su voz me resultaba molesto —. Carrie me ha llamado, está preocupada por ti.

Mi hermana estaba sentada en el sofá, junto a ella. Ninguna de las dos debía de estar demasiado cómoda, creo que tenían miedo de que se les pegara algo de mis muebles viejos y baratos. Aunque Carrie, tras el tiempo que llevábamos conviviendo, parecía empezar a acostumbrarse a la vida humilde.

—He olvidado comprar algo —dije volviéndome hacia la puerta—, pasadlo bien.

—Espera, Robin —me pidió mi hermana.

Me giré para mirarla.

—Tenemos que hablar del tema —dijo—. Te vendrá bien.

Aquello fue como una chispa para todo lo que llevaba años conteniendo.

—¿Me vendrá bien? —respondí con gélida ironía—. Tienes razón, me hubiera venido bien hacerlo. —Carrie se puso tensa, me vio venir —. ¡Hace veinte años! —grité.

Mi madre ni se inmutó.

—Haz el favor, Robin —dijo con frialdad—. No seas vulgar.

Apreté los dientes.

—Ni se te ocurra venir a mi casa a insultarme —le advertí.

—He venido a ayudarte —me corrigió—. Ya es hora de que madures y hagas algo con tu vida.

Solté una cínica carcajada.

—¿Y qué me recomiendas, mamá? ¿Qué crees que podría hacer para que me pagaran un sueldo vitalicio por mantener la boca cerrada? —mi lengua era un afilado cuchillo de sarcasmo.

—Robin… —oí decir a Carrie.

—No quieres oírlo, ¿verdad? —le espeté—. No quieres asumir lo despreciable que es nuestra madre, lo incoherentes que resultan sus continuas lecciones de moralidad…

—Basta, por favor —me interrumpió Carrie con los ojos llorosos.

—Déjala, querida —le dijo mi madre—. Déjala que se desahogue. Si necesita odiarme, que lo haga. El mundo adulto es duro, Robin —dijo volviendo la mirada hacia mí—. Ya va siendo hora de que

asumas que la vida es injusta y que es mejor aprovechar las oportunidades que…

—¡¿OPORTUNIDADES?! —grité histérica—. ¿Lo que le pasó a papá fue una oportunidad para ti?

Sentía que el llanto me oprimía la garganta.

—Tu padre está muerto. —Azul, rojo, azul, rojo—. Nada iba a cambiar eso.

—Mamá, para —le pidió Carrie.

Pero yo no podía escuchar a mi hermana, mi cuerpo quería salir de allí y mi mente estaba viajando décadas atrás, al momento que había deseado borrar durante toda mi vida.

—¡Permitiste que insultaran su memoria! —grité—. ¡Lo permitiste a cambio de un puñado de dinero!

Mi madre se levantó.

—Ese puñado de dinero te ha dado la vida que tienes, señorita —miró a su alrededor con desprecio—. Bueno, te la dio hasta que decidiste comportarte como una indigente y te la hubiera dado si me hubieras hecho caso alguna vez en tu vida.

Di un paso al frente.

—Desde que tengo uso de razón, mamá —dije con el índice en alto—, he tenido claro que no quiero un solo céntimo que provenga de ti. Vendiste a papá y te vendiste a ti misma. ¡Preferiría vivir en la calle antes que prostituirme como tú!

—¡Ya basta! —gritó Carrie con lágrimas en los ojos.

Mi madre me miró con más odio del que le hubiera visto reunir jamás.

—Me voy —cogí de nuevo mi abrigo—. No estés cuando vuelva.

—Descuida —le oí decir antes de largarme.

Bajé las escaleras a toda prisa para evitar que Carrie pudiera alcanzarme, estaba segura de que me perseguiría. Salí del portal y caminé calle abajo en dirección a ninguna parte. Mi corazón latía más rápido que mis pasos, la cabeza no había parado de darme la lata en todo el día y mi cuerpo estaba agotado.

Y entonces, como si de una señal del destino se tratase, tropecé con él.

—Iba a buscarte —dijo Jack.

Me lancé a sus brazos y lloré. Lloré sin poder evitarlo, sin saber si me entendería o no. Sin que eso me importara demasiado.

—Eh… —su voz rozaba con suavidad mis oídos—, tranquila.

Sentí cómo me acariciaba el pelo.

—Necesito salir de aquí —sollocé.

—De acuerdo —dijo él—, ¿tomamos un café? ¿una tila? Lo que quieras.

Asentí.

Estaba destruida, jamás me había enfrentado a mi madre de aquel modo, tenía todavía mucho que decir y, sin embargo, el más mínimo intento de explotar me dejaba hecha polvo.

Jack, por su parte, no parecía ser consciente de la situación. Supuse que todavía arrastraría el efecto de lo que fuera que se hubiera tomado la noche anterior, o quizá hacía apenas unas horas, no tenía pinta de haber dormido nada y su cuerpo parecía moverse en una dimensión paralela. Nuestras vidas, en aquel momento, sucedían a velocidades diferentes.

Entramos en una acogedora cafetería a unas manzanas de mi casa, nos sentamos en un sofá de cuero desgastado que había en una esquina y pedimos un par de capuchinos bien calientes. Jack dejó caer el brazo sobre el respaldo del sofá que había a mi espalda, su cuerpo se inclinaba hacia mí y sus manos me acariciaban el hombro y el muslo. Se comportaba como si pudiese estar así de cerca, como si pudiese tocarme, como si no hubiera roto conmigo hacía apenas unos meses.

Aunque, claro, probablemente para él nunca llegamos a romper, puesto que, para ello, tendríamos que haber salido primero. Con etiquetas y todo.

—Te he echado de menos —sus dedos tamborilearon sobre mi piel.

Yo no estaba para eso. Realmente, dudo que estuviera siquiera.

—Sé que vamos a ritmos diferentes —continuó mientras su mano ascendía por mi muslo—, quizá si tú pudieras ir un poco más despacio…

El capuchino me ardía en las manos, me gustaba, me hacía sentir algo.

—He discutido con mi madre —dije.

Me colocó el pelo detrás de la oreja con suavidad.

—Seguro que lo arregláis.

Y ya está. No le dio ninguna importancia, no hubo más preguntas, no le interesó en absoluto. Mis problemas familiares siempre habían sido minucias comparados con los suyos: casas de acogida, padres ausentes, relaciones complicadas…

—Creo que tú y yo, nosotros… Creo que sería increíble —continuó —. Si encontráramos la forma de entendernos, claro.

Así, justo así, solía pensarlo yo también.

Se aproximó todavía más, inclinándose de un modo que podía sentir la calidez de su aliento sobre la piel de mi cuello.

—¿Qué me dices? —me acarició ligeramente la mejilla, sus dedos descendieron hasta mi mentón e hizo que girara la cabeza para mirarle—. No dejo de pensar en ti…

Acercó sus labios a los míos. Lo sentía tan cerca que, de pronto, me di cuenta de lo que estaba pasando. Me besó.

Jack quería volver, retomar lo que fuera que tuviéramos, pero no a mi ritmo, no con mis normas; Jack quería volver bajo sus propias condiciones. Era demasiado que analizar para una mente agotada como la mía, demasiadas pequeñas cosas que valorar para un momento como aquel.

Me separé.

—¿Qué ocurre? —dijo con una sonrisa en los labios.

Yo no estaba en ese punto, pero él no podía verlo. Nunca había visto nada más allá de sí mismo.

—He discutido con mi madre —repetí.

Para mí era toda una liberación, un acto de valentía que jamás me había atrevido a tener, un pequeño paso para soltar el lastre que me había atormentado durante gran parte de mi vida.

—¿En serio? —preguntó él.

No, no quería saber si lo decía en serio, me estaba recriminando que lo dijera en aquel momento.

Suspiré.

—¿Qué quieres, Jack?

—Me precipité —respondió con voz melosa.

Alcé las cejas.

—¿Al dejarme?

Asintió.

—Pero necesito tiempo. Poco a poco, Robin, ya lo sabes —era como escuchar la misma canción una y otra vez.

—Fluir… —dije.

—Exacto —sonrió él.

Me llevé las manos a la cabeza y suspiré hastiada. Demasiado para un solo día.

—Me tengo que ir.

Se levantó conmigo.

—¿Qué piensas tú? —insistió—. Mira lo que sentimos —nos señaló a uno y otro—. Es imposible que estemos frente a frente sin que pase nada.

Lo miré, no sabía hasta qué punto era cierto aquello. En otro momento, quizá sí lo hubiera pensado así, pero entonces… Entonces empezaba a entender que estaba demasiado rota como para dejar que me quebraran de nuevo.

Le di un beso en la mejilla.

—No es buena idea hacerme pensar hoy.

—¿El jueves? —preguntó—. Es Santa Ana, festivo. Podrías venir con mis amigos a ver el desfile, puedes traer a los tuyos si quieres.

Fruncí el ceño.

—¿Crees que es buena idea? —dudé.

—¡Claro! ¿Por qué no? Lo pasaremos bien —insistió.

Quería irme, respirar, silencio, apagar la mente, descansar…

—Está bien.

Me despedí y me marché.

Después de un par de vueltas más por la ciudad, cuando comprobé que había consumido hasta la última gota de energía de mi cuerpo, regresé a casa.

Mi madre ya no estaba.

27

For Your Touch – Tomo
Ahora

Carrie no me hablaba. La verdad era que yo tampoco tenía demasiadas ganas de conversar con ella, pero me resultaba incómodo tener a alguien en casa que no me dirigía la palabra. Era como volver a vivir con mi madre y me desquiciaba.

Sabía que su intención había sido buena al recurrir a mamá, pero si hubiera hecho el esfuerzo de escucharme en algún momento de los muchos años que convivimos juntas, sabría que esa mujer representaba el mayor de mis conflictos internos.

Mis amigos iban a venir a casa aquella tarde, después del trabajo, Carrie estaría ahí y a todos nos interesaba que las cosas resultaran lo menos incómodas posible. Estaba viendo alguna serie de época, tenía el pelo recogido en un moño, un moño perfectamente peinado que resaltaba todavía más sus perfectas facciones. La cara de mi hermana siempre había sido más que suficiente para abrirle tantas puertas como quisiera. En aquel momento, contemplándola en su rato de paz y tranquilidad, cuando todos luciríamos como vagabundos, Carrie estaba preciosa. Una sudadera en ella quedaba mejor que el mejor de mis vestidos en mí. Lo tenía, fuera lo que fuera.

—¿Qué quieres? —dijo sin apartar la mirada de la tele.

—¿Eh?

—Que qué quieres —repitió—. Llevas ahí embobada diez minutos.

Cierto.

Me acerqué hacia el sofá y me senté a su lado.

—Ivy, Bar y los demás van a venir esta tarde.

Ella ni me miró.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó mientras le daba un sorbo a su café.

Negué con la cabeza, pero como no me estaba mirando, se lo dije también.

—No es eso, solo quiero que hagamos las paces antes de que lleguen.

—¿Por qué deberíamos hacerlas? —replicó—. Es a mamá a la que llamaste puta, no a mí.

Noté que una pequeña llama prendía en mi interior, me esforcé por sofocarla.

—Es contigo con quien me importa estar bien —contesté.

Entonces sí me miró.

—No eres nada justa con ella, Robin.

Resoplé y me dejé caer sobre el respaldo del sofá.

—No quiero hablar de ella, ¿vale?

Carrie frunció el ceño.

—¿Y cómo esperas que hagamos las paces, si no?

No respondí.

Mi hermana no pensaba dejarlo ahí, se incorporó, inclinó el cuerpo hacia mí y buscó mis ojos con la mirada.

—¿Qué?

—Entiendo que para ti fuera más duro que para mí —dijo por fin —. Al fin y al cabo, tú estabas allí. Lo viste todo.

Guardé silencio. Era la primera vez que hablábamos de aquel tema, la primera que pudiera recordar, claro. Era demasiado pequeña cuando sucedió, no recordaba mi reacción, mis miedos, ni siquiera entendía cuál era el papel de los médicos a los que me llevó mi madre después de aquello. Tampoco es que me vieran un sinfín de psicólogos, puesto que ella no creía en su trabajo y le importaba demasiado lo que pensaran los demás, pero desde el colegio se lo habían recomendado y tuvo que obedecer a la directora. Al menos, una vez.

—Cuando me lo contó mamá estuve llorando días sin parar —continuó diciendo—. Pero tú optaste por el silencio, no decías nada y dejaste de hacer todo lo que hacías hasta entonces. Abandonaste el *ballet* y las clases de piano, no tenías ningún interés por mucho que mamá se empeñara en que siguieras con ello…

El piano. Una vieja melodía sonó en mi cabeza, mis dedos no eran demasiado largos y acariciaba las teclas con la torpeza propia de una niña nerviosa. Pero él estaba allí, con su jersey azul y su sonrisa tranquilizadora. Me costó un rato darme cuenta de que habían venido a verme, tenía miedo de haberme quedado sola ante aquellos desconocidos. El teatro era mi enemigo en aquella época, empezaba a recordarlo, era como un gigante monstruoso con aliento de oscuridad que amenazaba con engullirme. Pero, cuando los vi, todo pasó. Si cierro los ojos, aún soy capaz de evocar el alivio que sentí.

—Tenías pesadillas, eso sí —oí decir a Carrie—. Tu luto aparecía cada noche, te despertabas y te metías en mi cama.

No recordaba las pesadillas, pero desde que la imagen de aquel accidente había vuelto a mi memoria, era incapaz de visualizar otra cosa. Se repetía la misma escena una y otra vez.

Azul. Rojo. Azul. Rojo. Azul.

La melodía del piano bajó un par de tonos y, tras un estridente sonido, se fundió con el golpe, los gritos y las luces de aquella noche.

Azul. Rojo. Azul. Rojo. Azul.

La mano de mamá estaba fría, mi corazón congelado y papá, de pronto, ya no estaba.

—No querías dormir con mamá —siguió diciendo—. Te pregunté por qué, ¿recuerdas?

Negué con la cabeza.

Azul. Rojo. Azul. Rojo. Azul.

El golpe, el cristal, el grito y, de pronto, él ya no estaba.

Me empezaba a palpitar la sien y un intenso pitido se instaló en mis oídos.

—Decías que estaba fría —respondió—. Lo repetías sin cesar. Creo que nunca más volviste a tocarla.

Azul. Rojo. Azul. Rojo. Azul.

La mano de mamá estaba fría, mi corazón congelado y papá, de pronto, ya no estaba.

—Castañas —dije.

Carrie frunció el ceño y me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Castañas asadas —repetí—. Papá iba a comprar unas castañas asadas como premio por lo bien que había salido todo. —Mi voz temblaba, era como si otra persona estuviera hablando por mí, como si no fuera más que una simple espectadora de aquellas confesiones —. Yo estaba algo triste, me había equivocado al principio y también al final. Mamá decía que tenía que practicar mucho más y que me borraría de las clases si seguía tomándomelo a broma. Pero papá dijo que lo había hecho muy bien y que lo haría mejor la próxima vez.

De pronto, empecé a sentir humedad en las mejillas, las lágrimas resbalaban sobre mi piel y yo continuaba sintiéndome extraña en mi propio cuerpo, en mi propio relato.

—Papá era muy sensible, demasiado para un mundo como este —intervino Carrie mientras limpiaba mis lágrimas con la manga de su sudadera.

—No.

Carrie me miró sorprendida por la firmeza con la que había respondido.

—Papá solo fue a por castañas para mí —insistí.

Ella me miró sin entender o, quizá, sin querer hacerlo.

—Había un puesto en la acera frente al teatro, el paso de cebra necesitaba que lo repasaran, la calle estaba demasiado oscura y luego solo… —se me quebró la voz.

Azul. Rojo. Azul. Rojo. Azul.

El golpe, el cristal, el grito y, de pronto, él ya no estaba.

Las imágenes en mi cabeza, los recuerdos, el dolor… era difícil ordenarlos, darles sentido y forma, crear ideas que pudiera expresar con palabras cuando todo parecía haber aparecido de repente. Como si lo hubiera guardado en un pequeño cofre, como si hubiera pausado una película y le acabara de dar de nuevo al *play*.

—El coche se lanzó a por él, lo arrolló. No al revés —confesé por fin.

Carrie contuvo el aliento.

—Los Knight perdieron el control, no lo vieron, no tenían ni idea de conducir… ¡Yo qué sé! —exclamé con dolor—. Pero mi padre no quiso quitarse la vida. —Miré a mi hermana a los ojos—. Papá quería traerme unas castañas, Carrie.

El silencio se apoderó del salón.

Miraba fijamente a Carrie con los ojos empañados en lágrimas, ella tenía la mirada perdida, su mente trabajaba a toda velocidad mientras el tiempo a nuestro alrededor parecía haberse detenido.

—Mamá dijo que… —empezó a decir.

—Mamá mintió —la interrumpí—. El dinero que recibió no fue por la benevolencia de los Knight o su sentimiento de culpa. Ese dinero lo obtuvo a cambio de ensuciar la memoria de papá para que los Knight pudieran mantener su intachable reputación.

Carrie no reaccionaba.

—Incluso ante su propia hija —insistí.

Me miró por fin.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —ahora era su voz la que fallaba—. ¿Por qué dejaste que pensara eso durante toda mi vida?

—¿Y llevarle la contraria a mamá? ¿Me hubieras creído acaso? Primero, a una cría traumatizada y, después, a una joven rebelde con carencias afectivas. Dime, Carrie, ¿cuál de mis dos versiones te hubiera resultado más verosímil? —ironicé.

—No estás siendo justa… —susurró.

Suspiré.

—Es verdad —admití—. No tienes la culpa de nada. Además, tardé mucho tiempo en entender lo que había pasado, lo que mamá había aceptado. Y, después, me culpé por haberlo consentido. Fui su… su cómplice.

Las manos de Carrie tomaron las mías.

—Has estado más cerca de ser astronauta que cómplice de mamá —su voz fue tan amable que la sentí como una caricia.

Nos sonreímos.

—El caso es que cuando tuve consciencia de lo que había pasado, sentí que era demasiado tarde para hablar —expliqué—. Y darme cuenta de todo dolió mucho más que presenciarlo. Es difícil de explicar, pero… Creo que había olvidado lo que pasó.

Los ojos de Carrie me miraban como nunca antes lo habían hecho. Fue como si, después de todo, nos estuviéramos viendo la una a la otra por primera vez.

—Cuando Bruce lo mencionó fue como si despertara. Como si todo aquello hubiera estado hibernando en algún rincón de mi memoria y hubiera elegido regresar justo ahora.

Ella ladeó la cabeza y me miró con atención. Sus manos todavía seguían sobre las mías.

—Supongo que… En fin, ese chico —comenzó a decir—, es un Knight después de todo.

Enarqué una ceja.

—Creía que te gustaban los Knight —recordé.

Se encogió de hombros.

—Ya no.

—Pues él debería gustarte, aunque solo fuera por su *risotto* —repuse.

Carrie entrecerró los ojos y curvó los labios.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Acaso te gus…?

El timbre nos interrumpió. Lo hizo una y otra vez hasta que reconocí a Bárbara en aquel énfasis a la hora de llamar.

«Salvada por la campana», pensé.

Mis amigos llegaron con chucherías, patatas, magdalenas y tantas guarrerías como habían podido saquear en el veinticuatro horas de la esquina. James traía su táper aparte con la cena que exigía la dieta con la que nos torturaba a todas y el juego de mesa con el que nos habíamos obsesionado aquel mes.

Carrie solía llamarnos «atajo de frikis», si no recuerdo mal, pero aquel día, por el motivo que fuera, parecía impaciente por jugar con nosotros.

Era una especie de tradición que habíamos instaurado, los lunes eran menos lunes porque hacíamos aquello, actuábamos como si fuera un día más del fin de semana. Aunque la mayoría de las veces

la vida adulta impedía que pudiéramos estar todos o que pudiera estar alguno siquiera, pero el día que lo conseguíamos, era increíble.

—Eftonfef… —dijo Bar con la boca llena de regaliz—, ¿te befó?

Acababa de contarles lo de Jack. Todos pusieron la misma cara de «me parece una mierda, pero quiero ser prudente porque eres mi amiga y te quiero».

Asentí.

—Dice que me echa de menos, que quizá fui muy ansiosa y que si hubiera tenido más paciencia… —expliqué.

Ivy puso cara de asco, Selina miró hacia un lado, Bar se metió otro regaliz en la boca y James puso los ojos en blanco.

—¿Creef que habla en ferio? —me planteó Bárbara.

—Supongo, no lo sé… No lo veo capaz de engañarme con eso, él no es así, ¿verdad? —pregunté en general, aunque mis ojos miraban a James.

Él era el punto de vista masculino, nuestra guía sobre el hombre heterosexual.

—No lo conozco. Y, por otro lado, lo justificas tanto…

Alcé las cejas.

—¿Lo hago? —En aquella ocasión, le preguntaba a Ivy.

Ella pareció meditarlo mientras asentía.

—A menudo, sí.

—Hablaf de él como fi fuera Oliver Twift —apostilló Bar.

—Eso es. —James la señaló con el dedo.

No era consciente de aquello. O, al menos, no lo había sido hasta entonces.

—Es que ha tenido una infancia muy dura —repuse.

La tos irónica de Carrie me tomó por sorpresa. Por unos segundos, había olvidado que mi hermana estaba allí, presente mientras mis amigos más íntimos opinaban sobre mi vida personal.

—¿Qué pasa? —la reté.

—¿Más dura que la tuya? —planteó.

Sabía que se refería a la conversación que acabábamos de mantener hacía apenas unos minutos, al episodio que mi mente había ocultado durante años para protegerme, pero seguía pensando que Jack lo había pasado mucho peor.

—Tu hermana tiene razón, Rob —convino James—. A estas alturas de la vida, todos hemos sufrido ya por algún motivo.

—¡Y lo que nof queda! —bromeó Bar.

Él sonrió.

—Exacto —dijo—. El caso es que no podemos escudarnos en eso para justificar que actuamos como gilipollas. ¿Acaso tú lo haces? Porque nunca te he visto decirle a un tío que acabas de conocer cómo de mal lo pasaste con lo de tu padre, por ejemplo.

Mis amigas me observaron en silencio, la tensión se palpaba en el ambiente. James solía ser muy franco a la hora de hablar, pero el tema de mi padre era un tabú y todos lo sabían. Creo que quería hacerme reaccionar, que me diera cuenta de la realidad de la situación, que mandara a Jack a la mierda…

—James, no hacía falta… —comenzó a decir Ivy.

—Déjalo, tiene razón —le interrumpí.

Ella me miró sorprendida y preocupada a la par.

—La gente que actúa así, a propósito o no, lo hace por un único motivo —continuó James—: justificar de antemano el daño que van a hacerte. Te están preparando, lo sepas o no, para que disculpes comportamientos que no debes permitir.

—Vaya, James —dijo Bar de repente—, de haber sabido que eras un experto te hubiera llevado de consejero a mis citas.

—Deberías llevártelo, pero como protagonista —bromeó Selina.

Bar le dio un codazo mientras las mejillas se le ponían coloradas.

Los demás nos reímos, excepto James, que también pareció sonrojarse.

—¿Hoy va de eso la cosa? ¿Nos soltamos puyitas de las que nunca se habla? —preguntó Ivy—. Lo digo en serio, no quiero que haya represalias después.

Me reí.

—Si queréis hablar de cosas de las que nunca se habla, os diré que tengo un cotilleo —comentó Selina.

Captó nuestra atención de inmediato. De fiesta, de ruta, jugando a juegos de mesa… daba igual el plan, la única constante era que nos comportábamos como marujas. Incluida mi hermana, porque

Carrie tampoco podía quitarle los ojos de encima a Sel mientras esperaba a que lo soltara.

—Esta mañana, de camino al trabajo, me he encontrado con Dinah.

—¿Quién es esa? —inquirió Bar, que supuraba decepción por todos sus poros, no conocer a la titular del cotilleo le restaba el setenta por ciento de importancia automáticamente.

—La ex de Harleen —explicó Ivy.

—Ah, ¿qué pasa con esa? —preguntó de nuevo Bar con algo más de interés.

Selina se encogió de hombros.

—¿Os acordáis de lo que decía Harleen sobre que iban a volver? Que Dinah quería volver con ella, ¿lo recordáis?

Ivy y yo asentimos.

—No —dijeron mi hermana y Bar a la vez.

Ambas se miraron.

—¿Conoces a Harleen? —preguntó Bar.

Mi hermana negó con la cabeza.

Bar comenzó a reírse.

—Es casi tan cotilla como tú —me dijo.

—Es incluso peor —le seguí la broma.

—Bueno, iban a volver, ¿y qué? —Ivy recondujo la conversación.

Selina se echó hacia delante para coger unas cuantas patatas.

—Era mentira —respondió—. Se enteró por no sé qué amiga de Harleen de lo que iba diciendo y se quedó alucinada. Dice que solo quería tener buena relación con ella y que lo había tergiversado todo.

Aquello no me gustó. Recordé mis conversaciones con Harleen, los ratos en los que habíamos hablado de Dinah, lo que pensaba de ella, lo que sentía. Recordé cuánto había llorado el día que Alexis le dijo que Dinah no quería volver con ella, que decía que era una mentirosa.

—Quizá no fuera mentira —planteé—. Puede que a Dinah se le fuera de las manos y le diera demasiadas ilusiones.

—O, a lo mejor, sí quería volver, pero cuando vio que Harleen iba en serio, se acobardó —repuso Carrie.

—De todas formas, eso ya lo sabíamos —le dijo Ivy a Sel—. ¿Cuál es el cotilleo, cariño?

Selina la miró de soslayo.

—Isi yi li sibiimis —empleó un tono burlón.

Nos reímos. Sobre todo Ivy.

—El cotilleo es que, cuando le he dicho que quizá Harleen había malinterpretado las cosas o que puede que le hubiera dado demasiadas esperanzas, me lo ha negado rotundamente. Se ha molestado incluso —continuó Sel—. Y entonces, me ha dicho que es una manipuladora. Ha dicho que, cuando estaban juntas, Harleen le puso los cuernos varias veces y se lo negó siempre, le hizo sentir que estaba loca, hasta acabó pidiéndole perdón por pensar algo así de ella.

—¿Y era cierto? —preguntó Carrie—. ¿Le puso los cuernos vuestra amiga?

—Amiga mía no es —se apresuró en decir Bar.

Selina se encogió de hombros.

—Esta es toda la información que tengo.

Bárbara resopló.

—Es una chorrada de cotilleo, Sel —se burló.

—Un drama al uso —comentó James con indiferencia mientras preparaba el tablero.

Selina se cruzó de brazos enfurruñada.

—¡La próxima vez que me entere de algo, os vais a quedar con las ganas de saberlo! —exclamó.

—Prefiero quedarme con las ganas que con la decepción —continuó mofándose Bárbara.

Selina le enseñó el dedo corazón.

—Vamos, no te enfades —ronroneó Bárbara—. Te dejo elegir, venga —dijo mostrándole una bolsita de piezas del juego—. ¿Verdes o rojas?

—¡Maldita sea, Bar! —se quejó James.

Ella se giró sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—Es la última vez que guardamos un juego en tu casa —respondió él—, ¿dónde está el maldito dado?

—¡Y a mí qué me cuentas! ¡Se te habrá caído por el camino! —se defendió ella.

Vi venir la bronca que se avecinaba, así que decidí pararlos antes de que nuestro lunes menos lunes se estropeara por completo.

—No discutáis. —Me levanté—. Estoy segura de que tengo dados en alguna parte, vuelvo enseguida.

Los dejé lanzándose cariñosas puyitas que no hacían más que delatar las ganas que se tenían y me fui a mi habitación. Si tenía dados, estarían en el lugar donde guardaba todas las tonterías que me encontraba por casa: mi cajón de las bragas.

Lo abrí, rebusqué y encontré mucho más que un par de dados. En los ojos de un viejo arlequín desgastado hallé la respuesta, el significado de aquella frase que había dicho Bruce.

«Ese tío es un payaso, ya te lo dije».

Sonó en mi cabeza con más fuerza. Con más sentido.

Su carta, su *joker*.

Me la dio el día que conocí a Jack y, por lo visto, no fue por casualidad.

28

Tant de bo no t'hagués conegut – Juls
Ahora

Era el día de Santa Ana. El día de Gotherdam. La ciudad se vestía de gala para honrar a la patrona, los más devotos acudían a misa en la catedral, algunos incluso se quedaban sin sitio dentro y pronunciaban sus plegarias desde la plaza sobre la que se erigía. Los demás —y también algunos devotos en cuanto terminaban de rezar — se dedicaban a emborracharse antes, durante y tras el desfile. Carrozas, bailarines, contorsionistas, equilibristas… La avenida principal era un carrusel de estímulos. ¿Mi favorito? Las torres humanas. Los grupos que se dedicaban a ello eran algo habitual en Gotherdam, algo antiguo, de raíces; cada año, uno de esos grupos era elegido para honrar a la ciudad en el gran desfile del día de Santa Ana.

Selina había formado parte de uno. De pequeña, ascendía a lo más alto con la agilidad de un gato. Ligera y flexible. No lo perdió con la edad. De adolescente, aunque pesaba demasiado para ocupar la cima de la torre, continuaba ascendiendo con gran facilidad sobre el resto de sus compañeros. Sus movimientos eran felinos e incluso llegaron a pensar que también debía de tener siete vidas, porque hasta cuando caía, lo hacía de pie. Salvo una vez. La última de todas.

Los primeros cinco años después de romperse la rodilla, ni siquiera quiso oír hablar de las torres o del desfile de Santa Ana.

Poco a poco, conseguimos que se reconciliara con el amor de su vida y, ahora, nos obligaba a esperar hasta el final del desfile para comentar desde el punto de vista más técnico la actuación del grupo de torres seleccionado.

Sin embargo, no era demasiado objetiva en sus apreciaciones. Alas Nocturnas, como se llamaba el grupo en el que se había criado, era siempre el mejor. Si fuera por Selina, desfilarían año tras año.

La verdad es que eran buenos. Mis favoritos, supongo. No era una gran experta, pero la formación más asombrosa que había visto en mi vida era de ellos: el Guardián. Una altísima torre humana coronada por dos mujeres que entrelazaban sus manos y extendían los brazos hacia el exterior expandiéndose como un abanico en honor al edificio más emblemático de nuestra ciudad. Selina llegó a ser una de las alas de aquella torre, no sé cuantísimas fotos le sacamos aquel año. El mes siguiente, su sueño terminó para siempre.

—Vamos, vamos, vamos —nos urgía como de costumbre.

Caminábamos a contracorriente, mares de gente ocupaban la avenida principal y nosotros estábamos empeñados —mejor dicho, Sel lo estaba— en cruzarla perpendicularmente para llegar a la escalera de incendios del hotel Fortz. Las vistas eran las mejores, eso era cierto, pero llegar hasta allí era lo más parecido a un suicidio que había cometido en mi vida.

Me llevé varios empujones y algún que otro pisotón, aunque hubiera sido peor si James no hubiera ido justo delante dispersando al personal. Cuando por fin cruzamos y alcanzamos el diminuto callejón en el que se encontraba la escalera de incendios, nos dimos cuenta de que ya estaba ocupada.

Había descartado la idea de llamar a Jack aquel día, pero una parte de mí sabía que no haría falta hacerlo para encontrarnos. Desde allí, apoyado en la barandilla de la escalera, con las mejores vistas del desfile, me observaba.

El *joker* de la baraja. Un comodín. Alguien dispuesto a jugar con y contra todo. Yo no era de las que jugaba con comodines, a mí me gustaba ir en serio. Desde un principio, no jugamos con las mismas reglas.

Jack me sonrió.

—Creo que llegáis tarde, Sel —bromeó Harleen desde lo alto.

Por lo menos, el sol que nos había sorprendido aquella mañana no nos alcanzaba en aquel callejón. Los amigos de Jack estaban disfrutando de la fiesta en nuestra escalera. La música del desfile se escuchaba aún mejor en aquella estrecha calle, habían traído su propio alcohol y demás «complementos», bailaban sin miedo a que aquella vieja estructura se viniera abajo y tenían pinta de llevar unas cuantas horas más de fiesta a las espaldas. No sé cuántas, pero más que nosotros seguro.

—¡Tendrás morro! —gritó Selina—. ¡Yo te enseñé este sitio!

Lo dijo de broma, pero creo que una parte de ella quería cogerla de los pelos y tirarla escaleras abajo. El desfile era algo demasiado importante para Selina.

—¡Hay sitio más arriba! —exclamó Jack.

No quería mirarlo, sabía que no me quitaba el ojo de encima, podía sentirlo. Justo igual que la primera vez.

Mis amigos deliberaron durante unos segundos.

—¿Subimos? —preguntó Ivy.

Todos miramos a Sel, si estábamos allí era, en gran parte, por ella. Ninguno de nosotros era fan de las aglomeraciones.

Selina miró hacia arriba, mis ojos la siguieron. Más allá de Harleen y Jack, estaban Ozzy, Alexis y un par de chicas más que no reconocí y, un poco más allá, otra plataforma de hierro oxidado con pinta de ser más inestable todavía.

—Por mí sí —determinó Selina, para ella las alturas nunca habían sido un problema.

Los demás lo hicimos por ella.

James subió el primero. Tras él, fueron Bar y Ivy. Íbamos de uno en uno por miedo a que la escalera no soportara el peso de demasiada gente. No tenía pinta de ser la estructura más resistente del mundo, la verdad.

Cuando le llegó el turno a Sel, se giró de repente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Ella me miró agobiada.

—Me meo.

—¿Qué? ¿Ahora?

Asintió varias veces.

—Sube tú, ahora vengo —dijo.

Sel pasó por mi lado, me preocupó que se metiera sola en medio de aquel barullo, así que decidí acompañarla.

Sin el corpulento de James, los empujones se multiplicaron. Selina y yo íbamos de la mano, formamos una especie de cadena de seguridad para llegar sanas y salvas hasta los baños portátiles que habían instalado frente a la pizzería Di Pazzo. La cola de los baños era tan larga que se fundía con el gentío y era imposible saber dónde acababa.

—No me jodas… —maldije.

Selina miraba hacia todas partes.

—No aguantaré mucho más —advirtió.

En aquel momento, la puerta de la pizzería se abrió golpeándome el hombro. Un grupo de gente salió de allí, entre ellos, una preciosa chica que reconocí enseguida. Me quedé mirándola embobada. Ella, por el contrario, ni siquiera reparó en mí.

—¿Os habéis perdido?

Bruce salió tras ella.

Los ojos de Selina se iluminaron.

—¿Hay baños ahí dentro? —preguntó.

Él sonrió haciéndose a un lado para dejarla pasar.

—Daos prisa, voy a cerrar.

Me detuve frente a él.

—¿Otro de tus lugares de trabajo?

Él asintió.

—Alfred me dijo que viniste a verme.

Como si fuera un acto reflejo, miré a la chica que esperaba a Bruce junto al resto de sus amigos.

—Estaba dando un paseo.

Él entrecerró los ojos.

—¿Por mi casa? —No me creyó—. Te he estado llamando desde lo de la otra noche…

Lo sabía, la notificación de llamadas perdidas era como un contador de veces en las que había ignorado a Bruce. Sus mensajes

por el contrario…

—Me has bloqueado —añadió cuando no contesté.

Mantuve la boca cerrada. ¿Qué podía decirle? ¿Soy una cobarde? ¿Tengo un trauma? ¿El chico al que consideras un payaso me besó unas horas después de que tú estuvieras a punto de hacerlo?

Bruce suspiró.

—¿No vas a entrar al baño? —preguntó al darse por vencido.

—Solo la he acompañado.

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Al menos, me hablas —comentó aliviado—. ¿Dónde estáis viendo el desfile?

—En la escalera de incendios del Fortz.

Él alzó la vista en dirección al hotel. Me giré, dudaba que pudiera verse algo desde ahí. Pero sí, el callejón favorito de Selina estaba abarrotado de gente a todas las alturas. Distinguí a Ivy hablando con Harleen, a James bailando con Bar, a Ozzy fumando lo-que-fuera y también a… Sí, también a Jack.

Seguía apoyado en la barandilla y no miraba el desfile, sino en nuestra dirección. Me di la vuelta rápidamente y descubrí a Bruce estudiando mi rostro. El suyo, sin embargo, era la viva imagen de la decepción.

—Ya veo…

—Nos hemos encon…

—Ya está —nos interrumpió Selina—. ¿No vas a mear? —me preguntó.

Suspiré.

—Estoy bien.

Se encogió de hombros, dio un abrazo a Bruce en agradecimiento y me tomó de la mano.

—¿Vamos? —Tiró de mí.

Miré una última vez a Bruce antes de volver a zambullirme en aquel mar de gente. Él apartó la vista y cerró la pizzería.

Me sentía mal. Me sentía mal por tantos motivos que todos parecían dar vueltas en mi cabeza, estaban en fase de centrifugado y era imposible saber con claridad qué era lo que realmente me afectaba. Bruce no se merecía que le ignorara, pero había sido él

quien había abierto la maldita caja de pandora en mi mente. Y luego estaba aquella chica, la chica que lo agarraba del brazo, la de la sonrisa perfecta y piel brillante. Una Carrie de manual. No sabía nada de ella ni de lo que pudiera tener que ver con Bruce, pero el miedo me obligaba a intuir demasiado. Y, por otro lado, estaba Jack. La simple idea de que Bruce pensara que había ido ahí con él me despertaba la necesidad de gritar que no era cierto, pero había dejado que Jack me besara. Había escuchado cómo me decía que me echaba de menos, que le atraía, que quería volver a intentar lo que fuera que hubiéramos intentado antes… Había escuchado su discurso y no lo había parado al hacerlo. Mis propios actos me hacían dudar de mis sentimientos. Bruce era… No lo sé. Pero no era Jack. Y lo único que tenía claro es que eso era algo bueno.

Cruzar la avenida era cada vez más y más complicado. Una mujer nos empujó pensando que estábamos intentando quitarle el sitio o algo así, otra lo hizo por proteger la integridad física de su niño, pero, al final, logramos llegar a nuestro pequeño refugio en el callejón.

Apenas pusimos un pie en la acera, nos topamos con Ivy.

—Me voy.

Tenía los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Selina.

James y Bárbara llegaron en aquel momento.

—Que me voy —insistió ella.

Ivy emprendió el paso sin dar más explicaciones ni esperar a ver qué decidíamos los demás.

—Se ha peleado con Harleen —explicó Bárbara.

Salí tras ella. Selina, Bar y James nos siguieron, pero yo alcancé a Ivy primero.

—¿Te ha vuelto a insultar?

—Es idiota —contestó tajante—. No me había dado cuenta de que Sel y tú os habíais ido y, cuando he preguntado por vosotras, me ha dicho: se han ido a liarse porque Selina no te aguanta. Luego Bar me ha dicho que habíais ido al baño.

Caminaba tan deprisa que me costaba seguirle el ritmo.

—Pero es igual, porque para entonces ya le había dicho a Harleen que sus bromas no me hacen gracia —continuó—. Ella se ha enfadado y ha empezado a decir que soy gilipollas, insoportable, una amargada…

—¡Esperad! —oí decir a Bárbara.

—Paso de estar con gente que piensa eso de mí —continuó Ivy.

—No creo que piense eso de ti, pero es verdad que a veces es demasiado ofensiva. Especialmente contigo. —Me faltaba el aliento.

—Pues me he hartado.

Vi un banco vacío en la calle que bajaba hacia la zona este.

—Sentémonos ahí, ¿vale? —le pedí—. Hay que esperar a los demás.

Ivy redujo la velocidad como si, de pronto, se hubiera percatado de que estábamos recorriendo la calle más larga de Gotherdam a ritmo de maratón.

Nos sentamos, su lenguaje corporal indicaba que la ira empezaba a disiparse. Le acaricié la espalda.

—Necesitaba irme de allí —dijo.

—Lo entiendo. A mí tampoco me ha venido mal.

Ella me miró.

—No lo sabes bien…

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres? —pregunté extrañada.

—No sé, esa gente estaba haciendo cosas raras —intentó explicar.

—Las drogas…

Ella negó con la cabeza. En ese momento, llegaron los demás.

—Creo que ni con drogas nos comportaríamos de ese modo, Rob.

—¿De qué hablas? ¿Del espectáculo que acabamos de presenciar? —ironizó Bar mientras trataba de recuperar el aliento.

Ivy asintió.

—¿Qué espectáculo? —preguntó Sel—. ¿La carrera que nos hemos marcado en pleno desfile de Santa Ana?

Ella y Ivy compartieron una mirada cómplice.

—No, el de las amigas de Jack haciendo esa especie de *striptease* al quitarse las bragas —especificó Bar.

—¿Qué dices? —preguntó Selina incrédula.

Me limité a alzar las cejas.

—Todo el mundo mirando… —añadió.

—Lo peor no es eso —dijo James—. Lo peor es que se lo han tomado como si la gente los mirara con admiración. —Se encogió de hombros—. Para mí, ha sido ridículo.

—Y para cualquiera con dos dedos de frente —apostilló Ivy.

—No sé cómo pudiste salir con ese tío —pensó James en voz alta.

—¿Y qué tendrá que ver él con lo que hagan sus amigas?

James miró a Bar, Bar miró a Ivy y ella me miró a mí.

—¿Qué? —pregunté nerviosa con tanto secretismo.

—Bueno —empezó a decir Ivy—, si no le gustara lo que hacen, no le hubiera dicho a Harleen que eso es lo que se pierde por no ir a las fiestas a las que la invita.

Todos me miraron. Estaban esperando alguna reacción por mi parte, pero yo solo pude recordar los ojos de aquel maldito arlequín escondido en mi cajón de las bragas.

—Payaso… —dije con rabia.

—¡Brava! —me felicitó Bárbara—. Por fin vas abriendo los ojos, querida.

—Debí haberlo hecho antes. —Miré a Ivy—. Cuando me dijo que no le caías demasiado bien tendrían que haber saltado las alarmas.

Creo que aquello no pudo importarle menos.

—¿Te dijo eso? —preguntó Selina.

—Al principio, en una de nuestras primeras… ¿citas? —me pregunté a mí misma—. No sé, en lo que quiera que fueran. —Volví a mirar a Ivy—. Pensé que sería algo de lo que nos reiríamos más tarde, en nuestra boda, por ejemplo. Cuando mi relación con él hubiera resultado un éxito y tú te hubieras convertido en su mejor amiga.

Sonreí autocompadeciéndome de mí misma.

—Esa es la típica película que yo me montaría en la cabeza —dijo Bar—. No te pega nada, Rob.

Volví a encogerme de hombros.

—No me he reconocido mucho últimamente, la verdad.

—¿Sabes lo que sí te pega? —continuó Bar.

Todos la miramos con expectación.

—Una cerveza.

—¡Oooh! —exclamamos al unísono.

—¿Sabes? Ahora mismo, creo que me pega más a mí —dijo Ivy.

—O a mí —añadió Selina.

—Opino que deberíamos casarnos con una cerveza —concluyó James.

—¿Una solo? —preguntó Bar.

—¿Desde cuándo te va la poligamia? —se interesó él.

—Rubia, negra, tostada… ¡Hay Bárbara para todas! —continuó divagando ella.

Y así, emprendiendo el camino hacia alguno de nuestros bares de confianza, mis amigos y yo zanjamos una nueva crisis entre el mundo exterior y nuestra pequeña e inquebrantable familia. Éramos pocos, sí, pero éramos los mejores.

29

Electricidad – Leiva
Ahora

A la mañana siguiente… Bueno, en realidad no era por la mañana cuando me levanté, sino más bien, mediodía. Un mediodía tirando a tarde. En fin, el caso es que a las cinco de la tarde tenía un mensaje de Ivy. Había tenido que levantarse temprano para ir a trabajar y había decidido escribirme a eso de las diez. Media hora después de que James, Bar y yo acordáramos dar por terminado el día de Santa Ana tras un atracón de churros con chocolate, como en nuestros tiempos mozos.

Sel y yo nos encontramos a Harleen anoche, de vuelta a casa.

Me costó un rato despegar los ojos para leerlo con claridad. Me dolía la cabeza y mi cerebro apenas empezaba a funcionar. El ensayo era a las siete, quizá fuera tarde para los mensajes de Ivy, pero confiaba en que me diera tiempo a despejarme lo suficiente como para recordar mis líneas.

¿Y qué pasó?

No entendía muy bien por qué me enviaba un mensaje para eso. Ivy no era fan de los mensajes, tenía que haber algo más. Y, como

no lo era, apenas vio que le había respondido, me llamó.

—¿Puedes hablar?

—Eso es algo que suele preguntarse antes de marcar, pero sí —respondí.

La oí suspirar al otro lado.

—Es demasiado largo como para escribir —replicó.

Me reí.

—No pasa nada, dime.

—En resumen —continuó—: nos invitó a seguir la fiesta con sus amigos, dijimos que no nos apetecía, me llamó exagerada y le dijo a Sel que yo le estaba comiendo la cabeza. —Contuve una expresión de asombro—. Espera, espera —aun así, me escuchó—. Empezamos a discutir y Sel le dijo que para qué íbamos a ir, si ni siquiera les caíamos bien a sus amigos. Y, entonces, Harleen preguntó…

—Oh, oh…

—Exacto: «Oh, oh…» —repitió ella—. Sel intentó desviar el tema, pero insistió tanto que acabó por decirle lo que me habías contado a mí.

Giré el cuerpo y me quedé boca arriba sobre la cama. Recuerdo que, al mirar el techo, pensé que no le vendría mal una manita de pintura.

—¿Se lo habrá dicho a Jack? —pregunté.

—Cuenta con ello.

—Supongo que le viene bien, es la excusa perfecta para echar balones fuera y no asumir que se comportó como una imbécil contigo —deduje.

—Ajá… Pero Jack te da igual, ¿no?

Volví a mirar el techo. De repente, me parecía tan amarillo…

—No lo sé.

Me aparté el móvil de la oreja movida por el instinto, tenía una corazonada, una duda que resolver. Entré en Instagram y busqué a Jack entre mis seguidores. La verdad es que no me resultó sorprendente descubrir que ya no estaba entre ellos.

Sabía cuál era el siguiente paso, pero, antes de darlo, pensé en una alternativa más madura. Así que busqué a Jack entre los contactos de mi teléfono.

—Debería dártelo —Ivy continuaba al otro lado.

Encontré nuestra conversación y escribí:

¿Has dejado de seguirme?

Era una obviedad que yo misma podía responder, pero no dejaba de resultarme surrealista que las cosas fueran a terminar así. Jack, una persona a la que había considerado lo bastante importante como para invitarla a entrar, alguien que presumía de ser lo suficientemente maduro como para hablar las cosas, alguien que se hartaba de ver vídeos sobre inteligencia emocional y se jactaba de intentar deconstruir aquellas partes de él que, inconscientemente, le convertían en todo lo contrario a lo que aspiraba a ser. Míster Mente Abierta había decidido que era mejor retirarme la palabra sin siquiera darme la oportunidad de explicarme.

Una de dos: o Jack era un farsante incluso para sí mismo, o yo nunca le había importado una mierda.

En el primer caso, él me daba pena. En el segundo, me la daba yo. Y en ninguno de ellos mis amigos se sorprenderían.

—¿Estás ahí? —oí decir a Ivy.

—Sí… —miré el cajón de mi mesita.

Pero había algo que Jack no sabía y era que yo nunca, absolutamente nunca, me quedaba con algo que decir.

—Luego te llamo.

—Pasa de él —dijo Ivy antes de que pulsara el botón rojo.

Y lo haría, lo haría a mi manera.

Me levanté, abrí el cajón, saqué la carta del *joker* que Bruce me había regalado y un viejo rotulador permanente que guardaba siempre para casos de emergencia. Casos como aquel.

El viaje a casa de Jack fue diferente a las otras veces. Antes llegaba movida por la ilusión de volver a encontrarme con él, ahora esperaba que fuera la última vez que su nombre se me pasara por la cabeza.

Esperé a que alguien saliera del portal, me colé, subí las escaleras y saqué el celo. La carta se quedó pegada en la puerta de casa de Jack.

El arlequín me miró una última vez, pero ya no importaba. Aparentemente, el deplorable estado del techo de mi habitación me había perturbado más que lo sucedido con Jack aquella tarde.

Mis propias palabras, grabadas con tinta, se quedaron atrás…

Esperaba demasiado de ti. Te di el valor de un as cuando no eras más que un simple joker*.*

Miré la carta antes de marcharme.

—Hasta nunca, payaso.

Ya solo me quedaba una cosa más por hacer.

30

Summer Wine – Nancy Sinatra
Ahora o nunca

No había nadie en casa de Bruce y tampoco me respondía a las llamadas. No sabía si de verdad no podía responder o, quizá, solo se estuviera vengando por mi falsa indiferencia. Pero tenía que hablar con él, así que llamé a Alfred.

Contactar con su compañero de piso fue mucho más sencillo. Sus indicaciones, por el contrario, me resultaron algo extrañas.

La azotea del Dark Knight.

¿Qué diablos estaría haciendo Bruce allí?

Pero, además, Alfred había sido muy específico: «Date prisa».

Había llamado a mis compañeros del teatro, sabía que achacarían mi «indisposición» al desfile de Santa Ana, pero era mucho más rápido dejar que lo pensaran a explicarles toda la historia.

Entrar en el edificio más emblemático de la ciudad sin Bruce fue una experiencia completamente distinta. La gente no reparó en mí, salvo una señora con la que me crucé en el vestíbulo, creo que mi chándal rosa no le pareció apropiado para el lugar.

El trayecto en ascensor fue algo menos mágico a las seis de la tarde y sin Bruce. Subía y subía más allá de Gotherdam, más allá de cualquier cosa que pudiera haberme hecho daño antes. El cielo estaba cada vez más cerca, tenía la sensación de que, una vez que hubiera llegado a la azotea, podría tocarlo con las manos.

La luz entraba por aquel cristal, el sol parecía estar desperezándose proyectando sus rayos con intensidad unas horas antes de ponerse y, de pronto, cuando se abrieron las puertas, la oscuridad me recibió al otro lado.

Tardé un rato en encontrar el interruptor, casi hubiera valido la pena que me concentrara en localizar la puerta que me abriría paso a la azotea porque, cuando encendí la luz, me di cuenta de que estaba a escasos dos pasos de ella. Una mala decisión del arquitecto o… Miré hacia atrás. Sí, había otro interruptor junto al ascensor.

La puerta chirrió cuando la abrí anunciando mi llegada a un sorprendido Bruce que podía esperar cualquier cosa menos a mí.

—¿Qué haces aquí?

De repente, me puse nerviosa. Él estaba tan serio… Era extraño tenerlo frente a mí y que no hubiera ni rastro de su sonrisa. Supongo que, en realidad, me lo merecía un poquito.

—Quería hablar contigo.

—¿Y tiene que ser ahora?

—Ahora o nunca —respondí decidida.

Él miró su reloj. Sus ojos azules volvieron a mí.

—Tienes treinta y cinco minutos.

—Qué exacto —comenté.

Bruce dio un par de golpecitos con el índice sobre la esfera del reloj.

—El tiempo corre —me recordó.

Caminé hacia él.

—Me sobran veinte —dije mirándolo a los ojos.

—Te escucho.

La situación resultó más tensa de lo que hubiera deseado, no sabía por dónde comenzar y Bruce no parecía estar demasiado receptivo, así que… Bueno, empecé por lo más necesario.

—Lo siento. —Sus ojos me analizaban—. Siento haberte ignorado, me he portado como una imbécil.

—Un poco, sí.

Suspiré.

—Después de aquella conversación, la que tuvimos la noche de la fiesta de Alfred… —me daba miedo mencionar el tema—. No tienes

que sentirte culpable por nada, Bruce. Lo que hizo tu familia, lo que hizo la mía… No es nada que hiciéramos nosotros. —Ladeó la cabeza sin dejar de mirarme—. Ni nada que hubiéramos hecho. Pero… —me di cuenta de que mis manos empezaban a delatar mis nervios, mis dedos jugueteaban unos con otros y me quedé observándolos durante unos segundos—. Llevaba mucho tiempo conteniendo lo que sentía, lo que pasó, no me ha resultado fácil revivirlo —mi voz temblaba—. Supongo que he necesitado un poco de tiempo extra.

Bruce se acercó a mí.

—Es normal que lo necesites —dijo comprensivo— y te lo hubiera dado.

—Lo sé —le interrumpí—. Lo siento.

Mis ojos lo miraron suplicantes.

—No quería estropearlo todo, quise parar para poder tomar perspectiva y, al final, las cosas me acabaron pasando por encima —expliqué.

Sus labios se curvaron ligeramente. Un atisbo de la sonrisa que continuaba enfadada conmigo, aunque quizá ya no tanto.

—Te juro que no pensaba con claridad —confesé.

—Eso está claro, ¿qué hacías…? —calló unos segundos como si dudara sobre si decirlo o no—. ¿Qué hacías con ese tío ayer en el desfile?

Su conato de sonrisa se desvaneció. Ahora, sus ojos me miraban brillantes, temblorosos, contenidos…, temerosos y airados a partes iguales por, quizá, una respuesta que, en realidad, no querían escuchar.

—Jack volvió a buscarme.

Bruce miró hacia el cielo y resopló.

Tomé su cara entre mis manos y lo obligué a mirarme a los ojos.

—Estaba ida, Bruce —dije—. Me dijo cosas que ni recuerdo y también me besó, pero no significó nada. —Él no sabía si creerme, lo veía en sus ojos—. Y ayer, cuando nos viste, nos habíamos encontrado por casualidad. Sel siempre quiere ver el desfile en esas escaleras y, cuando llegamos, ellos ya estaban allí…

Bruce negó con la cabeza.

—No debería haberte preguntado, no quiero hablar de él.

—Yo sí —le interrumpí—. Quiero hablar de él, quiero hablar de cómo me hacía sentir, de cómo me ha hecho sentir hasta hace muy poco…

Bruce cogió mis muñecas con suavidad para retirar mis manos, pero no podía dejar de mirarme, de escuchar lo que tuviera que decir.

—Con él me sentía como… Como un montoncito de purpurina. —Bruce entrecerró los ojos intentando entenderme—. Precioso y resplandeciente, pero si soplas, no hay nada.

Él soltó un bufido. Una especie de risa contenida que no comprendí.

—¿Cómo que no hay nada? —preguntó atónito, casi indignado—. La purpurina se esparce por todas partes, lo abarca todo y ya nunca te libras de ella.

Se acercó un poco más, sus manos todavía aferradas a mis muñecas, en aquel momento, eran lo único que se interponía entre nosotros.

—Si yo soplara ahora mismo, ¿sabes dónde se quedaría tu montoncito de purpurina? —susurró.

Sus ojos, de algún modo, me empezaban a sonreír.

—¿Dónde? —pregunté con un hilo de voz.

Él dejó caer mis manos y sopló. Su aliento acarició con suavidad la punta de mi nariz.

—Aquí. —Se señaló el corazón.

Miré su pecho, ascendía y descendía rápidamente. Casi tan rápido como el mío. Cuando volví a mirarlo a los ojos, su sonrisa me había perdonado.

Se inclinó hacia mí.

—Al final, te han sobrado veinticinco minutos.

Su boca rozaba la mía.

—Vaya…, ¿qué podemos hacer con ellos? —sonreí contra sus labios.

Bruce me rodeó con sus brazos, me apretó contra su cuerpo y me besó. Me besó en la cima del mundo. Al menos, del nuestro. El cielo era el único testigo, ni siquiera los rayos del sol lograban alcanzarnos del todo, sus manos recorrían mi espalda y yo le rodeé el cuello con

los brazos. No podía separarme de él. Tampoco es que quisiera hacerlo.

Su lengua jugaba con la mía, nuestras sonrisas se escapaban en medio de aquel juego y nuestras respiraciones, largo tiempo contenidas, se agitaban acompasadas por el irrefrenable ritmo al que latían nuestros corazones.

Las manos de Bruce descendieron por mis muslos, me levantó en el aire y me eché ligeramente hacia atrás para contemplarle.

No pude decir nada. Mi sonrisa era dueña de mi boca, solo desbancada por la monarquía absoluta de sus labios. Él me apretó con fuerza contra su cuerpo, sentí cada músculo, cada gota de deseo endureciéndose cada vez más a través de su piel. Me tumbó despacio sobre el suelo gris de aquella íntima azotea.

Estábamos tan lejos de la tierra, tan por encima, que ni siquiera me preocupé cuando comenzó a quitarme la ropa. Cuando yo se la quité a él. Los ojos del mundo no estaban ahí, solo nuestras miradas, nuestro deseo, nuestras ganas…

Mi necesidad de él.

Su necesidad de mí.

Bruce se tumbó sobre mí. Su cuerpo desnudo cayó como un manto sobre el mío, sentí su calidez, su fuerza, su dureza… Sus dedos acariciaron la piel de mis muslos y mis manos recorrieron cada músculo de su ancha espalda. Sus labios se deslizaron por mi cuello, su lengua aún se atrevió a ir más abajo. Mis pechos la esperaban hambrientos, duros y anhelantes de sentir su contacto.

Se me escapó un gemido.

Uno tímido. Uno que todavía no era consciente de que el mundo era nuestro y nadie más que nosotros, que pronto seríamos solo uno, nos oiría.

Bruce rio sobre la piel de mis costillas. Aquella sonrisa vibró en cada parte de mi ser, el vello de mi nuca se erizó y mis dedos se incrustaron en sus cabellos dorados cuando sentí los suyos adentrarse en la humedad de mi cuerpo.

Gemí más fuerte entonces.

Bruce volvió a reír y el eco de nuestras voces se expandió por el cielo.

Quería más. Necesitaba más.

Él me miraba con fuego en los ojos mientras los míos le suplicaban que no parara. Me conocía, me acariciaba allá donde yo todavía no sabía que lo deseaba, sus dedos se movían dentro de mí como si hubieran nacido para eso.

Me miraba con hambre y diversión a partes iguales. Hundió el rostro en el hueco de mi cuello y me mordió. Fuerte e intenso al principio, pero breve y suave al final.

Su mano, la que había demostrado conocerme tan bien, ascendió despacio por mi abdomen. Mi propia humedad recorrió mi piel mientras Bruce volvía a cubrirme por completo con su cuerpo. El mío, por su parte, estaba ansioso por recibirlo. Mis piernas ya temblaban. El aire, el frío, la helada brisa de aquella azotea no eran nada comparados con el fuego que desprendíamos.

Y allí, mientras el cielo nos abrazaba con su inmensidad, alcanzamos la gloria.

Sentí a Bruce dentro de mí cuando nuestros labios no se habían despegado aún y un grito que fui incapaz de contener atravesó mi garganta. Él volvió a besarme sin dejar de moverse en mi interior. Adaptados, encajados, conectados… Uno solo.

Era un sueño. El maldito paraíso. No había nada en lo que pudiera pensar, nada que mi mente pudiera idear para abstraerme de aquella sensación. Mi cuerpo se estremecía con el contacto. Quería a Bruce, más de él. Todo de él.

Rodamos sobre las alas de Gotherdam. Rodamos el uno sobre el otro hasta que logré coronar a Bruce. Sus manos ascendieron a través de mis muslos, deslizándose por la piel de mis caderas y aferrándose a mis pechos. Apoyé las mías en su torso desnudo, que ascendía y descendía a ritmos vertiginosos al tiempo que me movía sobre él. Clavé las uñas en su piel y, entonces, gritó.

Me dejé caer para tenerlo más cerca, para mirarlo a los ojos mientras el resto del mundo desaparecía a nuestro alrededor.

Sin parar.

Una máquina de perfecto engranaje. Creados para amarnos el uno al otro como si nos hubieran programado para ello.

La oscuridad se apoderó de todo y, pronto, un rayo de luz nos encontró a ambos rugiendo hacia el cielo.

De repente, el tiempo volvió a correr, aunque mucho más lento que de costumbre. La mirada de Bruce se perdía en la inmensidad azul que nos espiaba —el único techo que merecíamos— y yo, tumbada a su lado, lo contemplaba a él.

Soplé.

Bruce me miró y sus ojos descendieron hacia mi pecho. Mi índice tamborileaba sobre la piel que cubría mi corazón.

Sonrió. La inmensidad de su sonrisa concentrada en mí.

Se acercó despacio y volvió a besarme.

—Tenemos que darnos pisa —susurró.

—¿Por qué?

Mi único deseo en aquel momento era parar el tiempo. Vivir allá arriba lo que me quedara de vida y, quizá también, un poco de eternidad.

Se incorporó y me pasó la ropa.

—Te dije que volarías, ¿no? —dijo mientras se ponía la camiseta.

Me quedé mirándolo como se miraría a un loco.

Él volvió a sonreír.

—Venga —cogió mis brazos y tiró de mí para levantarme—, tienes que prepararte.

Comencé a vestirme todavía vacilante mientras él volvía hacia el interior del edificio y sacaba una… ¿mochila?

—¿Qué es eso? —pregunté mientras me ponía el pantalón.

—Luego te lo explico —dijo mientras se colocaba lo que quiera que fuera aquello alrededor del cuerpo.

—¿Por qué no ahora?

—¿Cuánto pesas? —me ignoró.

Me quedé mirándolo sin saber qué decir.

—¿Más de sesenta kilos? —me miró de arriba abajo con una sonrisa que devolvió el temblor a mis piernas—. Seguro que sí.

Alcé las cejas.

—¿Debería ofenderme?

Sonrió aún más.

—Solo me estoy asegurando de que puedes volar.

Fruncí el ceño.

—¿Te has vuelto loco? ¿Es la falta de oxígeno de aquí arriba? ¿Es eso?

Bruce comenzó a reírse, pero ya no pudo responder, porque cuando abrió la boca, un monstruoso sonido empezó a invadir el cielo. Vi su pícara mirada antes de darme la vuelta para descubrir aquel helicóptero volando hacia nosotros.

Volví a mirar a Bruce.

—¿En serio?

Él se llevó la mano a la oreja fingiendo no escucharme. Luego, me tomó de la mano e hizo que nos apartáramos de la… pista de aterrizaje, supongo.

Me abrazó por detrás mientras el helicóptero descendía.

—Ya me lo agradecerás —susurró a gritos en mi oído, si es que eso puede hacerse, antes de darme un beso en la mejilla.

Y debo decir que sí lo hice. Se lo agradecí muchas veces, tantas como me permitió el cuerpo y unas cuantas más.

Aquella tarde, después de sobrevolar Gotherdam, justo antes de que el sol lanzara sus últimos rayos por encima del horizonte, Bruce y yo volamos. Juntos.

El helicóptero de los Knight quedó suspendido en el aire, a no sé cuántos metros de la tierra, sobre las dunas de la playa. No miento si digo que me temblaban hasta las pestañas, mi cuerpo se estremeció ante la simple idea de lanzarme al vacío, pero Bruce estaba ahí. Mi espalda contra su pecho. Sujeta a él, con el corazón latiendo a mil por hora y la respiración secuestrada en la garganta.

Entrelazó sus dedos con los míos antes de saltar.

—A la de tres —dijo mientras mis ojos se perdían en la distancia —. Uno…

—Prométeme que va a salir bien —le pedí.

Él sonrió.

—Te lo prometo —forzó algo la garganta para que pudiera escucharle a pesar del ruido de las aspas—. Somos un equipo. Uno de los mejores, además. Yo barman y tú Robin, ¿recuerdas?

Me apretó la mano.

Sonreí.

—Dos… —continuó.

Volvió a soplarme en la nariz.

—¡Y tres! ¡A volar!

Y nos lanzamos. Caímos hacia la más profunda calma, el mundo era nuestro, la libertad se expandía ante nosotros mientras aquella burbuja que nos envolvía en la caída se preparaba para explotar.

Adrenalina. Felicidad. Éxtasis.

Nada podía alcanzarnos, estaríamos siempre un poco por encima.

El aire nuestro aliado, la tierra nuestra madre y el tiempo… El tiempo no era más que un insignificante detalle que dejaríamos para después.

Todo se extendía a nuestros pies, haciéndose cada vez más y más grande. Un pequeño tirón y la vida volvió a detenerse.

Fue entonces cuando me asusté; nunca tendría suficiente.

Mis mejillas estaban rojas —y mi trasero algo dolorido— cuando las dunas de la playa nos recibieron, el murmullo del mar acarició mis sentidos y mi corazón parecía haber descubierto, después de tantos años, de qué iba en realidad la vida.

Escuché la risa de Bruce a mi espalda.

Sí, el mundo era un lugar mejor desde hacía apenas una hora.

La arena se pegaba a nosotros mientras luchábamos por liberarnos de aquel confiable, aunque aparatoso, paracaídas. Bruce soltó el enganche que lo mantenía unido a mi arnés y yo me levanté al tiempo que mis pies se hundían en la arena. El paracaídas se extendía sobre la interminable playa de Altuan, pronto vendrían a recogernos; a él y a nosotros.

Cuando por fin pudimos volver a andar, tiré de Bruce hasta la orilla. Al principio, nuestro peso nos incrustaba en las dunas y ellas se adaptaban a nuestro paso creando nuevas ondas en aquel océano dorado. Pero, poco a poco, nuestras huellas se fueron quedando grabadas, impresas en la húmeda arena de la costa, dejando un rastro hacia lo que sería el final del mejor día de mi vida.

Nos sentamos en la orilla, el uno junto al otro, con el mar como única compañía.

—Gracias —dije, aunque aquella palabra no me parecía suficiente.

No, aquella palabra era tan poca cosa comparada con lo que sentía que busqué el modo de expresar algo más, algo que pudiera compararse. Quizá por eso, acabé llorando.

—Eh, Rob —susurró él pasándome el brazo por los hombros—. No tienes nada que agradecerme, ¿sabes? El día en que te conocí, y no me refiero a cuando Bar nos presentó borracha en el desfile de Santa Ana de hace diez años —me reí—, sino a la noche que tú no quieres recordar y yo soy incapaz de olvidar, me diste mucho más de lo que yo pueda estar dándote ahora.

Fruncí el ceño.

—Eso que dices no tiene ningún sentido.

Se encogió de hombros con despreocupación.

—Puede que no para ti, pero yo también perdí a mis padres aquella noche, ¿y sabes lo más triste de todo? —me mantuve callada —. Que no sentí que cambiara nada. Fui igual de huérfano antes y después de aquello. Sin embargo, tú… —su voz se quebró—. Siempre he pensado que la vida fue injusta contigo, creo que fuiste la única que de verdad perdió. Y…, bueno, no puedo evitar pensar que te lo arrebaté yo.

—¿Qué? Claro que no. Ni siquiera conducías, no eras más que un ni… —comencé a decir.

—Veníamos de una fiesta, una cena en honor a mi familia en la que mi padre tomó un par de copas más de la cuenta —me interrumpió—. Justo antes de que pasara… —dudó y me miró—. Justo antes de que pasara *eso*, yo le puse nervioso. Quería que viniera conmigo al cine o algo así, ya ni me acuerdo —negó con la cabeza desviando la mirada hacia el mar—. El caso es que se giró para gritarme que dejara de molestarle con estupideces y… En fin, ya sabes el resto.

Agachó la cabeza antes de romperse.

Pasé una mano por su espalda.

—Tú no tienes la culpa —me incliné hacia él.

Los hombros de Bruce ascendían y descendían con sus sollozos.

—Mira…

Me eché hacia delante, dejé caer el dedo sobre la arena bajo la atenta mirada de Bruce y dibujé un corazón que, después, partí por

la mitad.

—Este eres tú. Tú y todos —dije.

Él observaba la arena mojada frente a nosotros.

Al cabo de unos segundos, el mar la cubrió dejando el dibujo un poco menos claro. Un poco menos profundo.

—El mar es el tiempo y su agua la gente que nos hace bien —continué diciendo.

Otra ola volvió a tapar el corazón unos segundos antes de dejárnoslo ver. O, mejor dicho, intuirlo.

—Poco a poco, si dejamos que lo hagan, acaban sanándolo todo —dejé caer la cabeza sobre su hombro.

Una nueva ola, una más grande, rompió en la orilla y nos alcanzó los pies. El corazón no era más que un recuerdo en nuestra memoria.

—Al final, hay días que incluso olvidamos que una vez nos rompimos.

Bruce besó mis cabellos.

—Ahora mismo, no recuerdo nada de lo que he dicho —dijo.

Sonreí con los últimos rayos del sol acariciándome el rostro.

—Retén este atardecer en tu retina, barman —dije entrelazando mis dedos con los suyos—. Que sea el nuevo recuerdo que nos una.

Él estrechó mi mano con fuerza.

—A tus órdenes, Robin.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com


Ángela G. Sanjuán
Los nombres de Veva
elit
LGTBI

Los nombres de Veva

G. Sanjuán, Ángela
9788411057585
226 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando llegué no sabía nada, pero vi que ella podía enseñármelo todo.

Veva está huyendo. Huyendo de sí misma y de todo lo que su controladora familia le ha obligado a ser hasta ahora. Necesita encontrar una identidad que realmente la defina, necesita saber quién habría sido si su vida no hubiera estado dirigida desde el principio. Sin embargo, solo ha conseguido tiempo.

Un pacto, un contrato verbal de dos años por el que su padre le concede la oportunidad de conseguir un trabajo digno de su reconocimiento, sin que los hilos que él maneja puedan intervenir en su destino. Pero ella ahora es libre y no está dispuesta a dejar de serlo.

El reloj ya está corriendo cuando Ru se cruza en su camino. Una mujer segura, libre y valiente que pondrá patas arriba la vida de Veva con canciones, palomitas y destellos... Y es que con Ru todo parece más fácil, aunque resulte complicado darse cuenta.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Un Corazón
EN LA LINEA
de Fuego
Jennifer LaBrecque
elit

Un corazón en la línea de fuego

LaBrecque, Jennifer
9788410741454
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Colton creía firmemente en una cosa: el deber y el honor estaban por encima de todo. Por eso, lo dudó mucho cuando la dulce y sexy Andi le pidió que la ayudara a escaparse del novio que la esperaba en el altar. Pero sus ojos suplicantes resultaron ser muy convincentes…

Desgraciadamente, Andi era la hermana menor de su mejor amigo. Eso significaba que no podía tocarla, algo muy difícil de hacer. Esa mujer sexy y absolutamente cautivadora era la única a la que siempre había deseado. ¿Cómo iba a poder resistirse a ella cuando compartían la habitación del hotel?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


JAZMÍN
HARLEQUIN
3 NOVELAS inolvidables
CARA COLTER
LO QUE TODA MUJER DEBE SABER
LISSA MANLEY
CRÓNICAS DE SOCIEDAD
LIZ FIELDING
LA BODA DEL MILLONARIO

Lo que toda mujer debe saber - Crónicas de sociedad - La boda del millonario

Colter, Cara
9788410629592
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Lo que toda mujer debe saber

J.D. Turner no podía permitir que Tally eligiera un compañero sin antes saber todo lo que podía haber entre un hombre y una mujer. Sobre todo si aquella belleza iba a criar a su pequeño. Por eso había decidido enseñarle personalmente lo que era el verdadero amor. Tally Smith tenía un plan para encontrar al hombre perfecto, casarse y formar la familia ideal para el pequeño Jed... Al menos hasta que J.D. la secuestró con la excusa de enseñarle lo que realmente necesitaban el niño y ella. Bueno, pues Tally también podía decírselo: ¡el niño y ella lo necesitaban a él!

Crónicas de sociedad

¿Seguiría queriéndola cuando se enterara de quién era realmente?

Anna Sinclair era una joven de clase alta que trataba de convertirse en diseñadora de vestidos de novia, pero su vida amorosa era un

auténtico desastre. Por eso decidió disfrazarse y empezar de nuevo en otro sitio... eso sí, evitaría cualquier tipo de romance. Entonces apareció el guapísimo empresario Ryan Cavanaugh para hacerse pasar por su novio en una fotografía... y Anna no tardó en quedar rendida a sus pies. Ryan Cavanaugh no era de los que permitían que los engañaran, por eso cuando se quedó fascinado con aquella encantadora diseñadora, sólo deseó que fuera tan sincera como parecía. Llevaba mucho tiempo tratando de creer en el verdadero amor... y gracias a aquella mujer, estaba incluso considerando la posibilidad de casarse.

La boda del millonario

¿Podría aquel día hacer que pasaran juntos toda la vida?

El millonario Richard Mallory llevaba toda la vida rodeado de mujeres tan bellas como poco adecuadas. Y justo cuando había desechado la idea de conocer a la mujer perfecta, se la encontró… en su cama. Parecía alguien diferente; sincera, inocente… ¿Qué demonios hacía entonces en su dormitorio?

Ginny solo trataba de hacerle un favor a una amiga, pero eso no se lo podía decir a aquel tipo, ¿verdad? Se suponía que aquella mentirijilla la sacaría del apuro y, sin embargo, la metió en otro peor. Ahora tendría que pasar el día entero con el guapísimo empresario…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


HQÑ
PARÍS
PUEDE
ESPERAR
MARISA SICILIA

París puede esperar

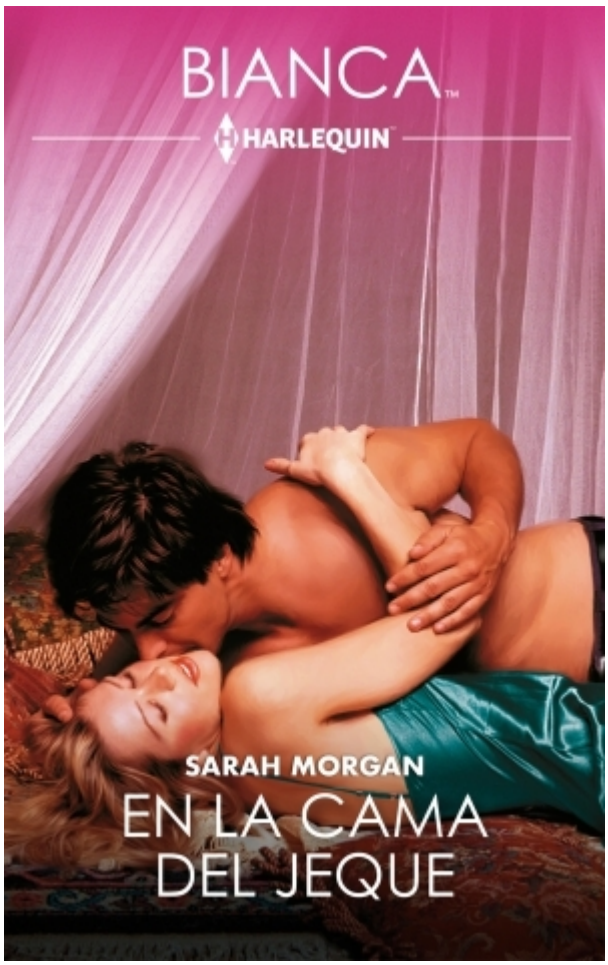
Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


BIANCA
HARLEQUIN
SARAH MORGAN
EN LA CAMA DEL JEQUE

En la cama del jeque

Morgan, Sarah
9788410742215
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Qué haría el jeque cuando descubriera que su futura esposa era virgen?

El reino de Kazban era el hogar del príncipe Zakour al-Farisi. El jeque controlaba todo lo que sucedía en el lugar y, en cuanto entrara en su palacio, Emily Kingston también tendría que hacer lo que él ordenase. Zakour creía que Emily había sido enviada para seducirlo, por eso decidió darle una lección a aquella cazafortunas. Emily tendría que pagar la ofensa convirtiéndose en su esposa...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)